

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO IV—V—TOMO XX

MARZO—ABRIL 1879



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

BUENOS-AIRES
Jacobsen et Saederstedt

HABANA
A. Chao y Compañía.

VENEZUELA
J. M. Larrazabal.

REVISTA

CONTEMPORANEA

D. JOSE DE PEREIRA

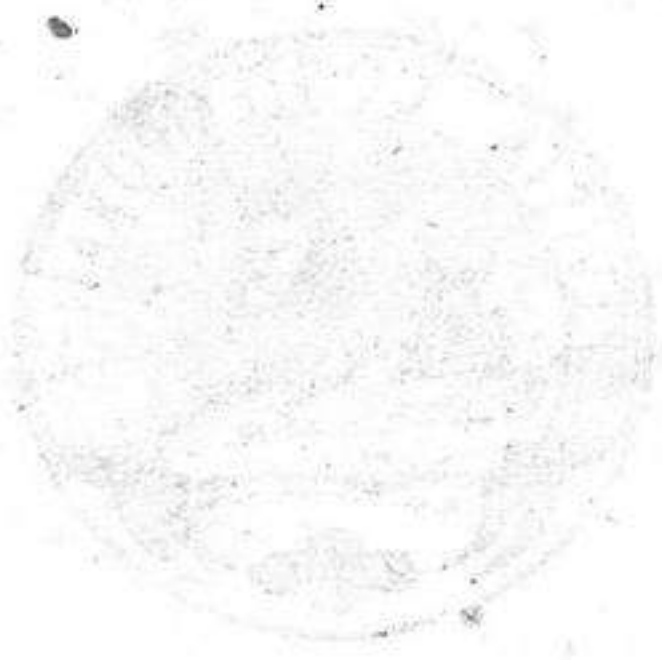
AÑO IV - TOMO X

MADRID

MADRID: 1879

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64





DOÑA LUZ.

XVIII.

GLORIOSO TRÁNSITO.



ON la ausencia de D. Jaime, que no debía prolongarse más de un mes, quedó doña Luz algo melancólica, si bien de dulce melancolía; pero con el espíritu más libre y sereno para volver á sus antiguos amigos, en los ratos en que á solas no se recreaba con el recuerdo del dueño ausente.

Doña Luz había vivido como en éxtasis, y ahora volvía en sí, y no sólo pensaba en su amor y saboreaba toda su ventura, retrotrayéndola reposadamente á la imaginación, sino que sentía, según suelen sentir las personas todas que se juzgan felices, la necesidad de expansión y el prurito de estar amable, como si quisiera hacerse perdonar el bien que poseía; bien, que, por ser tan poco y tan raro en la tierra, siempre parece que á costa de alguien se disfruta.

Ello es que la tertulia de casa de D. Acisclo volvió á renacer, trasladándose á casa de doña Luz.

Los íntimos asistían á ella todas las noches; á saber, don Acisclo, D. Anselmo, el cura, Pepe Güeto, su mujer y el P. Enrique.

La pasada animacion renació tambien con la tertulia. Don Anselmo, excitado, volvió á desenvolver sus doctrinas de positivismo, y el Padre, cediendo á las instancias de doña Luz y de su amiga, volvió á discutir con su acostumbrada dulzura, tranquilidad y sosiego.

El P. Enrique ni estaba más pálido, ni más flaco, ni más caído que ántes. En su voz no se notaba jamás la menor alteracion; nada de violento ni de atormentado en sus ademanes ni en su gesto.

Doña Luz solía mirarle, y aún examinarle, con inquietud y disimulo; y no descubriendo el menor síntoma de la passion que algunas veces había supuesto en él, se sosegaba y alegraba, desechando todo recelo, si bien con una sutilísima y apénas perceptible mortificacion de amor propio. Se diría que doña Luz procuraba taparse los oidos interiores del alma, y que, á pesar de esto, oia á veces una voz honda, delgada y penetrante, que la zahería, diciendo:

—¿Es posible que hayas sido tan vana que hayas imaginado que te amaba este bendito siervo de Dios? ¿No es ridículo que te hayas atormentado de puro presuntuosa, calculando los estragos de un mal involuntario que suponías haber hecho? ¿No temes que el diablo se ria de tí, y que Dios tambien se ria, si en Dios cabe risa, cuando miren en lo interior de tu conciencia y vean cuánto te halagaba, á la par que te asustaba, la fatua invencion de que ibas á matar de amor y de celos á este pobre fraile? Mira qué impasible está. Desengáñate: él piensa en sus devociones, en sus libros, en sus estudios, en las obras que escribe, y nada se le importa de que estés casada ó de que estés soltera. ¡Buen castillo de humo levantó tu orgullo! ¡Curiosa leyenda de amores románticos y desesperados forjaste allá en tus adentros!

Doña Luz, al oir esta malvada voz, que era sin duda voz del infierno, tenía miedo á que le pesara de que el amor del P. Enrique y sus celos y su desesperacion fuesen ilusorios.

Por dicha, doña Luz era buena, y era además enérgica y briosa de voluntad, y pronto imponía silencio á la voz y apaciguaba en su pecho la turbacion y alboroto que la voz causaba.

Lo más sano y lo más razonable era dar por seguro que el Padre no había pensado en ella jamás sino como se piensa en un prójimo predilecto, y que de esto debía ella alegrarse de corazon, y que de esto se alegraba.

Doña Luz, pues, quiso que en lo exterior, en sus relaciones con el Padre, en sus conversaciones y trato con él, no se introdujese novedad. Toda novedad le parecía acusadora de que ántes había habido un sentimiento ilícito que ella había extirpado de su alma, y que, si aún existía en la del Padre, era más ilícito y feo.

Pudo tanto en doña Luz esta idea, que casi extremó más que nunca sus muestras de cariño y predileccion hácia el Padre Enrique. Le tomaba la mano, le miraba con indecible ternura, le sonreía embelesada, le aplaudía como sentencias punto ménos que divinas todas sus frases, y buscaba su conversacion y se hechizaba con ella.

El Padre tenía el dón raro y funesto de ver en el fondo de los corazones, y veía en el de doña Luz, y ya, advertido por el desengaño, conocía el ningun valor amoroso que todas aquellas demostraciones tenían. Pero, así la dulzura de las demostraciones como el pensamiento de su pertinaz y mal pagado amor le destrozaban el pecho.

¿Qué sabemos si esto procedía de soberbia ó de virtud cristiana ó de ambas cosas á la vez, ya que en el espíritu del hombre se mezclan y combinan á veces los buenos y los malos instintos, y combaten ángeles buenos y malos, movidos por encontradas razones, y conspirando, no obstante, al mismo fin? Lo cierto es, que ni en una queja, ni en un suspiro, ni en una mirada, ni en una palabra, por sutilmente que quisiera interpretarse, reveló jamás el P. Enrique, ni dejó entrever á los curiosos y ávidos ojos de doña Luz la tempestad oculta en el centro de su alma.

No acudir á la tertulia como hasta allí había acudido, é irse del lugar ó á Filipinas ó á otro país cualquiera, apénas doña

Luz casada, parecíale al Padre mísera flaqueza y confesion pública de su pasión criminal. Imaginaba que, retrayéndose de todo ó fugándose, iba á dar escándalo, iba á hacer creer lo que hasta allí nadie tal vez había creído. El Padre tenía vergüenza de que nadie, vivo él, llegase á adivinar su profano amor; pero de nadie tenía más vergüenza que de doña Luz.

—Muera yo, Dios mio, muera yo, decía, ántes de que ella sepa que la he amado, que todavía la amo.

Para lograr esto, el Padre empeñó consigo mismo la lucha más atroz. Era menester más dominio sobre la natural condición para vencer en esta lucha que el del esparciata que sin verter una lágrima y sin lanzar un quejido se dejó desgarrar el cuerpo por las uñas de una fiera. Ni enojo, ni envidia, ni celos, ni amor se propuso mostrar el P. Enrique, sino amistad finísima é inalterable como siempre. Y lo consiguió de tal modo, que doña Luz acabó por desechar toda sospecha de que el Padre la hubiese amado nunca. Entónces le juzgó muerto para cuantos afectos vienen á nuestro sér por los sentidos; le creyó inaccesible á cuanto no pasa directamente de Dios al espíritu. Así explicaba mejor, dejando á salvo su vanidad, que el Padre no la hubiese amado.

Entendía también doña Luz que allá en su pensamiento había ofendido al Padre, imaginándosele enamorado. Y así por desagravio como por la superior admiración que su impasibilidad le causaba, como por el convencimiento más firme cada vez de que no habría de enamorarle, hiciera lo que hiciera, se dejó llevar de su afición á prodigarle finezas y á darle las pruebas más lisonjeras de amistad profundísima.

El espíritu es fuerte y lo sufre todo; pero nuestro cuerpo es débil, y el espíritu que encerrado en él acomete empresas inhumanas, superiores á las fuerzas del cuerpo, acaba por matarle.

Allá en su mocedad, cuando estaba sano y robusto, el Padre había hecho grandes penitencias y había sido duro y terrible con su pobre cuerpo. Más tarde, fatigado y quebrantadísimo por sus trabajos, cedió al consejo y mandato de médicos y confesores, y se cuidó y no abusó. La idea de que los excesos de la vida ascética eran como un lento y doloroso suicidio

y de que rayaba en perversión el deformar y destruir en nosotros la más hermosa obra del Todopoderoso, este ser y esta forma de que el alma se reviste en la tierra, y que las mismas Sagradas Escrituras llaman templo del Espíritu Santo, había acudido á la mente del Padre, moviéndole á desistir de materiales mortificaciones.

El Padre desde entónces cuidaba de su cuerpo como cuida el esclavo de una prenda, de una máquina que su señor le confía, á fin de que sirviéndose de ella haga que la hacienda prospere. Lo que este modo de pensar pudiese tener de orgulloso lo disipaba el Padre, concediendo en su mente que en absoluto Dios no necesitaba de él para nada; que su ser no valía más que el de otro hombre cualquiera; pero que Dios le había creado para algo y no para que se destruyese, ya que destruirse era infringir una ley divina, turbar ó querer turbar el armónico conjunto de las cosas, y distraer violentamente una fuerza viva del punto de acción que la naturaleza le ha marcado.

Cediendo á todas estas consideraciones, el P. Enrique miraba por su salud y por su vida, sujetándose á un régimen ordenado y bueno.

No se hería materialmente, no se atormentaba largo tiempo hacía con ayunos, con cilicios y con vigiliias forzadas; pero en este combate misterioso en que se aventuró, en este silencio y disimulo, en esta aparente impasibilidad que adoptó, en esta dominación tiránica con que su espíritu angustiado quiso imponer é impuso al cuerpo que no dejase traslucir su dolor ni en ayes, ni en llanto, ni en una contracción siquiera de los músculos del rostro, ideó el Padre, tal vez sin querer, el más espantoso de los martirios, verdadera venganza, rudo castigo de su culpa, si culpa hubo.

El atleta en la fuga de los más briosos ejercicios, el guerrero mientras riñe la más brava batalla, sostenidos por el entusiasmo y por la excitación nerviosa, no sienten su cansancio ni llegan á postrarse. La postración no sobreviene sino después del triunfo. El soldado de Maraton no cayó muerto hasta que dió á los atenienses la nueva de la victoria. No de otra suerte el P. Enrique sostenía maravillosamente su papel,

miéntras que estaba en presencia de doña Luz ó en presencia de otra persona cualquiera. Pero en el retiro de su cuarto, como si se aflojasen los resortes que tenían sus nervios en perpetua tension, solía caer desfallecido. Mal ahogados suspiros brotaban de su pecho, en el cual sentía opresion dolorosa; tenía vértigos, la vista se le nublabá, se le dormían los dedos ó notaba en ellos calambres é insólito frio; las imágenes y especies que guardaba su memoria se revolvían en confusion; le dolía la cabeza y hasta se le trababa la lengua y tartamudeaba cuando hablaba con Ramon, su criado.

Repetidos ataques de este género tuvo el P. Enrique, siempre en la soledad de su estancia. El Padre tenía algunos conocimientos médicos, y él mismo se curaba con auxilio de su criado. Ya se hacía poner sinapismos, ya dar fuertes fricciones, ya se aplicaba á la nariz cierta hierba, por cuya virtud provocaba una ligera emision de sangre, ya se cubría la cabeza con un lienzo mojado en agua fria.

Cuando se aliviaba de su mal no dejaba nunca de decir á Ramon:

—Esto no ha sido nada. Cállate y no digas á nadie que he estado enfermo.

—Bien está, mi amo; contestaba el criado.

Así las cosas, en una mañana, que era la del dia décimo despues de la partida de D. Jaime, el P. Enrique tuvo un ataque más fuerte que los anteriores.

Aquella noche, segun contó despues Ramon, el Padre no había podido dormir: había estado agitadísimo. Ramon le había sentido andar á grandes pasos por el cuarto. Había acudido de puntillas para que no se enojase de que le espicara, y le había visto escribir. Despues había vuelto á notar que andaba en el cuarto. El Padre se durmió, por último, pero con un sueño que asustó bastante á su fiel criado; sueño fatigoso, acompañado de un ronquido ó silbo á manera de estertor. Su rostro estaba demudado y más pálido y ojeroso que ordinariamente.

Ramon, con todo, tal respeto tenía á las órdenes que su amo le daba, que no se atrevió á llamar al médico. Tampoco se atrevió á despertar al Padre.

Este despertó por sí, pero su despertar fué tremendo. Tenía inmóviles los músculos de la cara; paralizada la lengua que no podía pronunciar palabra alguna: la mirada incierta, y las extremidades del cuerpo rígidas y frías como el mármol.

Ramon, desolado y lleno de terror, acudió en busca de don Anselmo y llamó á D. Acisclo para que acompañase á su sobrino.

Don Anselmo vino pronto, y apenas vió é inspeccionó al enfermo, mostró en su semblante consternado el cuidado que le inspiraba.

—Sea V. franco, D. Anselmo, dijo D. Acisclo: ¿qué tiene mi sobrino?

—Es un caso muy grave, contestó tristemente el doctor.

—¿Cómo es posible? ¿Quién lo creyera, replicó D. Acisclo, cuando ayer estaba tan bueno?

—Usted no lo creyó porque no veía el mal que interiormente le mataba. Su sobrino de V. es hartó sufrido y sabe disimular. ¡Ojalá no hubiera disimulado tanto y hubiéramos podido llegar á tiempo!

—¿Qué, entiende V. que no es tiempo ya?

—Señor D. Acisclo, V. quiere de corazón á su sobrino, pero V. es valeroso y entero de alma. ¿Para qué rodeos? Menester es que lo sepa V. todo. El Padre se halla en el mayor peligro.

—¿Qué enfermedad es la suya?

—Una enfermedad más rara que en los robustos y sanguíneos, en los flacos y entecos, y por lo mismo, en éstos mucho más peligrosa. Quizas asiduos trabajos intelectuales, acerbos disgustos, prolongadas vigiliás, la agitación del alma duramente refrenada y el fuego comprimido de las pasiones, obran misteriosamente en nuestro organismo y promueven esta explosión; el corazón se hincha, adquiere una fuerza enfermiza é irregular, y de repente innunda el cerebro de sangre.

—¿Qué quiere V. significar con todo eso?

—Quiero significar que su sobrino de V. tiene una apoplejía fulminante.

Don Acisclo, que amaba á su sobrino, que le consideraba como el complemento de la gloria de su familia, de la que él

era el otro complemento, tuvo un sincero y hondo dolor, y estimuló con súplicas y lamentos el celo del médico.

No necesitaba éste de estímulos. Deseaba volver la salud al Padre; pero conocía que su situación era desesperada, que sólo un milagro podía salvarle, y él no creía en milagros. Humanamente, entre tanto, hizo cuanto pudo y supo. No quiso sangrar al enfermo porque le encontraba débil en demasía, pero le dió los medicamentos más enérgicos y conocidos para estos casos.

A fin de evitar ó hacer que cediese la inflamacion de las membranas de la cabeza, le puso un cáustico en la espalda junto á la nuca, y se valió de revulsivos para llamar la sangre y el calor á las extremidades.

Todo, no obstante, fué en vano.

La noticia de la enfermedad del Padre corrió en seguida por el lugar y llegó á los oídos de doña Luz, quien vino al instante á verle.

¿Quién sabe los extraños y tristes pensamientos que atormentaban á doña Luz, cuando entró en el cuarto donde el Padre estaba en cama; en el cuarto mismo que ella había ocupado hasta que se casó y donde había dormido durante más de doce años?

Silenciosa y grave llegó doña Luz hasta la cabecera. Allí, con la cabeza levantada y sostenida por varias almohadas, estaba el Padre sin dar señal alguna de conocimiento. Los ojos como dormidos, entornados los párpados, muda la lengua. Tal vez sentía, veía y comprendía aún; pero no tenía medio de comunicar sus impresiones por carencia de fuerza muscular.

Largo rato le miró doña Luz sin pronunciar palabra. Al fin rompió en amargo lloro. Se sentó luégo en una silla en el más oscuro rincon de la alcoba, y permaneció callada y llorando, y procuró que olvidasen su presencia allí.

Con la agitacion de los tres asistentes del enfermo, hubo un momento en que dejaron sola con él á doña Luz.

Ella se alzó entónces de su asiento, y volvió á mirarle con fijeza, con obstinacion, con atraccion invencible, como el viajero cuando va por el borde de un precipicio mira el abismo

que le atrae, y ansía ver lo que hay en lo más hondo y tenebroso de su seno.

Las lágrimas de doña Luz brotaron con mayor abundancia entónces. Creyó, como nunca, con más vehemencia que nunca, que aquel hombre y su Cristo muerto se parecían. Imaginó, ó vió en efecto, que el Padre, inmóvil, sentía y comprendía allá en su interior, y que la miraba haciendo un esfuerzo para dominar aún, con el brío de la voluntad, los nervios y músculos inertes que ya no le obedecían. Entendió, por último, que la mirada del enfermo era suplicante, amorosa, tristemente dulce. Por un impulso irresistible, hondamente conmovida, casi sin darse cuenta, sin reflexionar y sin vacilar también, como no vacila ni reflexiona lo que se mueve impulsado por una fuerza fatal, doña Luz acercó suavemente el rostro al del Padre, y puso los labios en su frente macilenta, y luégo en sus dormidos párpados, y luégo en su boca, ya contraída, y los besó con devoción fervorosa, como quien besa reliquias.

No pudo más doña Luz. Exhaló un ¡ay! agudo y cayó desmayada en el suelo. El Padre siguió inmóvil como estaba ántes.

Don Anselmo, D. Acisclo y Ramon acudieron en seguida.

—¡Qué disparate! dijo D. Anselmo. ¿Cómo hemos dejado aquí sola á esta señora? Esta señora es muy vehemente, y no conviene que esté aquí. Además, el enfermo necesita soledad.

Doña Luz se recobró á poco, y sin resistirse á las últimas palabras de D. Anselmo, que pudo oír y entendió bien, salió del cuarto del Padre.

Tres horas despues el P. Enrique había dejado de existir.

Raro es el sér humano cuya memoria sobrevive largos años á la muerte. El tiempo acaba con el duelo, la tierra consume el cadáver y el olvido devora los recuerdos. Pero siempre ó casi siempre, á poco de morir, sobreviene para todo hombre el momento de mayor indulgencia, afecto y estimación que le concede el mundo. Los que no se percataban del vivo por insignificante, piensan en él cuando muerto, pues con morir hace lo más digno de conmemoracion de su vida; *realiza su esencia*, como dicen los filósofos á la moda: los que le envidiaban deponen la envidia; los que le odiaban el

odio; los que estaban hartos de verle se alegran interiormente con que ya no le verán, y para desagraviarle de esta alegría, y evitar que venga por la noche, en pena, á tirarles de los piés, hacen de él los mayores encomios; todos sus defectos desaparecen por lo pronto, como si se hundiesen en el sepulcro, y sólo se ven sus perfecciones; en resolución, el muerto se reconcilia muriéndose con casi todo el género humano, por lo mismo que se va y deja siempre algo que heredar: cuando no quintas y palacios, un puesto al sol para pedir limosna.

Sea como sea, con la muerte del Padre, de quien, salvo la tertulia, nadie hacía ya caso en Villafría, hubo en todo el lugar una recrudescencia de cariño y de entusiasmo hácia él. Se dieron á admirarle y á celebrarle mil veces más que en el día de su llegada. Por lo mismo que apénas le habían tratado, la imaginacion vulgar pudo inventar y fantasear á su antojo. Se ponderaron sus virtudes. Se sacaron á relucir muchas obras de misericordia que en efecto había hecho. Se bordó la sencilla historia de su muerte con mil pormenores que tocaban en lo maravilloso. Hubo beatas que supusieron que el mismo Padre había anunciado con exactitud el día y la hora de su glorioso tránsito, y no pocas acreditaron que había muerto en olor de santidad y que D. Acisclo debía tratar de canonizarle, enviando á Roma con este fin un expediente bien claveteado.

Algunas personas incrédulas del lugar querían dar á entender que todo esto se decía para adular á D. Acisclo, el cual lamentó de verdad la muerte del sobrino y le elogió en todos los tonos que él podía emplear.

Por lo demas, incrédulos y crédulos, ora por hacer coro á D. Acisclo, ora porque así lo sintiesen, todos convenían en que el muerto había sido lo que se llama un bello sujeto, lleno de discrecion y de bondad, y hasta santo, entendiendo cada cual la santidad á su manera.

Nadie, sin embargo, lloró con más ternura, tuvo más honda pena por la muerte del P. Enrique que la persona que tenía ó creía tener indicios de que él no había sido santo del todo. Doña Luz durante los primeros días estuvo desolada.

Acrecentaban su pena singulares cavilaciones. Por una

parte cierto orgullo, cuando volvía á creer que ella le había infundido una pasión homicida, y luego el horror que le causaba dicho orgullo; por otra parte la confusa sospecha y el vago remordimiento de que ella por instinto abominable, aunque sin reflexión, había provocado y hecho nacer aquel extravío en alma ántes tan tranquila y dichosa; y por último la duda de que todo fuese sueño de su vanidad. ¿No podía doña Luz haberse forjado una novela? ¿Qué le había dicho el Padre para que le creyese enamorado? ¿Se había muerto de amor ó de apoplejía? La romántica, la sentimental era ella, que le había besado locamente cuando espiraba.

—¿Si habré sido yo la liviana, la sándia y la extravagante? ¿Si habré estado enamorada del fraile, que no pensaba en mí sino con inocente y sencillo afecto paternal?

Al cavilar así doña Luz se llenaba de vergüenza y temblaba como una azogada y se enojaba contra sí misma, juzgándose delincuente, loca y hasta infiel.

Mientras pasaba esto en el ánimo de doña Luz, D. Acisclo repartió entre sus hijos ó guardó para sí los pocos y pobres objetos que el Padre había dejado, y que más habían de conservar como sagrada memoria, que por el escaso valer que tuviesen.

En esta particion reservó D. Acisclo para doña Luz los pocos libros que el fraile poseía.

No ignoraba D. Acisclo que el Padre estaba escribiendo una obra y hasta pensó en que podría él darla á la estampa, aunque hubiese quedado incompleta. Buscó, pues, el manuscrito, le halló, y considerando que las dos únicas personas capaces de entender en el lugar aquello que él llamaba una *monserga* eran D. Anselmo y doña Luz, y que D. Anselmo por ser impío no apreciaría tan bien la *monserga* como doña Luz, que era creyente, no titubeó en llevar el manuscrito á doña Luz, sin abrir siquiera sus páginas, porque le estorbaba lo negro, como no fuesen cuentas en que él saliera ganando y con alcances á su favor.

Doña Luz recibió con veneracion el manuscrito del Padre, y no bien D. Acisclo la dejó sola, le abrió con ansiosa curiosidad y se puso á leerle. En su impaciencia hojeaba y recorría

todas las páginas, devorando al vuelo su contenido, procurando comprender el conjunto, y dejando para después el leerlo todo con detenimiento.

A poco de hojear, dió doña Luz con las hojas sueltas. Su vista se fijó en ellas. El corazón le dijo que algo de muy interesante encerraban.

Entonces las leyó con pausa, con interrupciones, con muy frecuentes interrupciones, porque el llanto se agolpaba en sus ojos y la cegaba y no le consentía que leyese.

En cada una de estas inevitables interrupciones, en voz baja como si temiera ser oída, con las palabras entrecortadas por los sollozos, exclamaba doña Luz:

—Era cierto. Era cierto. ¡Me amaba, Dios mío! ¡Cuánto, cuánto me amaba!

A lo último, más allá y después de lo que conocemos, la víspera de su muerte, el P. Enrique había escrito lo que sigue, que también leyó doña Luz:

«Estas páginas, si no las rasgo ó las quemo, irán indefectiblemente, después de morir yo, á las hermosas manos de ella. Ya entonces no me avergonzaré de que ella sepa mi amor. Perdona, Dios mío, mi nueva culpa. Quiero que ella le sepa. ¿En qué el saberlo podrá turbar la dicha y la paz de su noble vida? Ella me ha amado, ella me ama como un ángel ama á un santo, y yo la he amado como un hombre ama á una mujer. Sería yo hipócrita si no le revelase que no merezco su amor angelical; que yo la amaba como ama un pecador. Es menester para mi eterno reposo que ella me perdone por haber convertido en veneno el bálsamo y su afecto inocente en incentivo vicioso; por haber alimentado con la purísima luz de sus ojos este fuego del infierno que me abrasa y que mancha lo limpio de su imagen que llevo grabada en el alma. A pesar tuyo, Dios mío, á pesar tuyo y en contra tuya, la llevo grabada con rasgos indelebles. Todo el brío de mi voluntad, toda la fuerza del cielo, todas las penas del infierno no podrán arrancarla de allí. Doña Luz y el amor de doña Luz viven vida inmortal en mi espíritu.»

Al terminar la lectura, el dolor de doña Luz se hizo más agudo; las lágrimas acudieron más abundantes á sus ojos; los

sollozos parecía que iban á ahogarla; pero, como luce el iris entre las nubes negras, una dulce sonrisa de triunfo y de gratitud por aquel amor, que sólo perdon solicitaba, brilló en los rojos y frescos labios de la gentil señora.

XIX.

LA EMBAJADA DE D. GREGORIO.

La tristeza de doña Luz, pasados algunos dias, tuvo más de dulce que de amarga: aunque no dejaba de ser tristeza, estaba mitigada por la satisfaccion que sentía doña Luz de haber inspirado tan viva simpatía; por la declaracion, hecha por el mismo Padre, de que ella no había sido coqueta, y por la absolucion, que ella misma se daba, despues de hacer un exámen de conciencia muy riguroso.

Doña Luz no tenía la culpa de aquel amor que agradecía, ni de aquella muerte que lamentaba.

Su amistad, admiracion y veneracion al Padre no podían haber sido mayores.

Si el Padre le hubiera inspirado otra más vivo sentimiento, ella hubiera pecado contra Dios, contra el mundo, contra su honra y contra su decoro.

En cambio, su amor á D. Jaime era legítimo, correcto, conforme á la clase y posicion de ella, y fundado, por último, en causas no ménos poéticas que el amor que por el P. Enrique, si hubiese sido lícito, hubiera ella podido sentir.

A fin de fortalecer y magnificar las causas poéticas del amor que tenía á D. Jaime, doña Luz estimó muy alto el de don Jaime hácia ella. Su desinterés era evidente. El hubiera hallado á cientos los partidos mejores en Madrid. Hubiera tenido con facilidad mujer con título y con rentas, á poco que la hubiera buscado. Don Jaime había sin duda desdeñado por ella las más brillantes bodas. Luego la adoraba D. Jaime. Y D. Jaime, elegantísimo, de noble familia, lleno de porvenir,

honrado y respetado ya como hábil capitán y soldado valeroso, podía enorgullecer á cualquiera mujer á quien diese su nombre y su mano. Don Jaime, además, era jóven aún, gallardo y arrogante de figura, discreto y ameno. Las cartas que escribía á doña Luz desde Madrid mostraban bien su amor por lo tiernas y cariñosas, y su ingenio y su chiste, por lo bien escritas y por las gracias y lances que contenían.

Doña Luz, pues, en vista de todo lo expuesto, convino consigo misma en que estaba enamoradísima de su marido, en que tenía razón para estarlo y para haberse casado con él, y en que su amistosa ternura por el Padre y las lágrimas que vertía por su muerte, y hasta los besos que le había dado, eran de orden tan distinto, que en nada se oponían ni alteraban, ni modificaban en un ápice, ni aflojaban en un solo punto el lazo amoroso y matrimonial que á D. Jaime la ligaba.

Pocos días faltaban ya para que D. Jaime volviese por ella. Ya había él tomado casa á propósito, y casi la tenía amueblada. Ya había sacado el título. Ya podían ambos esposos llamarse los marqueses de Villafría. Don Jaime iba á llegar dentro de aquella misma semana, y era ya miércoles.

Doña Luz estaba en su cuarto, acababa de volver de misa, y había rezado con fervor por el alma del P. Enrique, en quien de continuo y tierna y melancólicamente pensaba, cuando entró Juana, la doncella, y dijo:

—Señora, un forastero quiere hablar con usía.

—¿Su nombre?

—Don Gregorio Salinas.

—No le conozco. ¿Qué facha tiene?

—Más bien buena que mala. Viene muy decentemente vestido, aunque de viaje. Se conoce que acaba de llegar. Es chiquitín, regordete, colorado como una remolacha, y se sonríe como si estuviese contento. Está, sin embargo, de luto.

—Mira, Juana, yo no tengo gana de recibir visitas. Dile que me duele la cabeza, que vuelva otra vez si tiene algo importante que decirme, que hoy no recibo.

Juana salió á dar el recado, y volvió en seguida con una carta que puso en manos de doña Luz.

—Don Gregorio Salinas, dijo Juana, me acaba de entregar esta carta, asegurando que será admitido en cuanto usía la lea. Dice que la carta es su credencial.

Doña Luz, no bien tomó la carta y miró el sobrescrito, se quedó maravillada. Reconoció la letra de su padre.

La abrió precipitadamente, y miró la firma. Era de su padre también.

Leyó en seguida la fecha y vió que la carta estaba escrita hacía más de quince años.

La carta era lacónica. No contenía más que estas palabras:

«Querida hija: El portador de esta carta será D. Gregorio Salinas, escribano de Madrid, persona de toda mi confianza. Da entero crédito á cuanto te diga; óyele y atiéndele; y acepta y recibe sin el menor escrúpulo lo que te ofrezca y entregue.»

—Que pase adelante ese caballero, dijo doña Luz.

Juana fué á buscarle, y D. Gregorio entró en la salita en que doña Luz estaba.

Después de los cumplimientos de costumbre, sentados doña Luz y su hasta entónces desconocido huésped en cómodas butacas, habló éste, con reposo y como quien tiene mucho que decir, de la manera siguiente:

—Ya sabe usía que me llamo Gregorio Salinas. Ahora soy escribano y no estoy mal de bienes de fortuna. Hace ventiocho años era yo un pobre estudiante, sin una peseta en el bolsillo; pero, en cambio, ni estaba gordo, ni tenía canas, ni calva, ni arrugas, y las gentes afirmaban, perdone usía la inmodestia con que lo recuerdo, que era yo un bonito muchacho, listo y gracioso. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que se enamorase de mí una mujer del sobresaliente mérito de mi Joaquina. Esta Joaquina es mi esposa, para servir á usía. Quiere mucho á usía y le manda conmigo mil respetuosas y cariñosas expresiones.

—Mil gracias, dijo doña Luz, interrumpiendo á D. Gregorio. Deje V. el tratamiento y llámeme de V., y perdóneme además si le digo con franqueza que aligere su cuento porque me muero de curiosidad.

—Tenga V. calma, señora marquesa; tenga V. calma. Yo le prometo no ser prolijo ni enojoso. Iré al grano. No crea

usted que nada de lo que digo es á humo de pajas. Todo se necesita para que V. se entere.

—Vamos, siga V., y le repito que perdone mi interrupcion.

—Pues, como iba diciendo, prosiguió D. Gregorio, mi esposa es ahora una matronaza fresca y guapetona todavía, si bien los años no pasan en balde. Cinco hijos me ha dado como cinco soles. Todos están á las órdenes de V., señora marquesa. En aquel entónces, cuando el noviazgo, era mi Joaquina una moza de lo más selecto que se paseaba por Madrid, y servía de doncella á cierta dama de las más encopetadas, cuya privanza tenía por completo y todos cuyos secretos más íntimos poseía.

—¿Y cómo se llamaba esa dama?

—La Exma. Sra. Condesa de Fajalauza.

Doña Luz, como quien oye un nombre que por vez primera suena en sus oídos, se encogió de hombros y se calló. D. Gregorio siguió hablando:

—Mucho debemos mi esposa y yo á esta señora. Ella nos casó, ella nos protegió, y ella nos dió los medios conducentes para llegar al punto de bienestar y prosperidad á que hemos llegado. Dios se lo pague y se lo aumente de gloria. Bien se lo merece, porque, al fin, si alguna falta cometió, tuvo en este pícaro mundo su purgatorio. La Condesa estaba casada con el señor más terrible que se ha conocido en nuestros días. Todos le temblaban, empezando por su mujer. Había tenido varios lances de los que llaman de honor, y pesaban tres muertes y varias heridas sobre su conciencia. Tenía fama de tan diestro, que se le creía capaz de matar de un pistoletazo un mosquito que pasase volando á cincuenta varas de distancia, y de atravesar de una estocada al propio diablo que se pusiese á reñir con él. Añádase á esto que el Conde era celoso como un turco, y no porque amase mucho á la Condesa, sino por otros motivos. La pobrecita Condesa no le había dado ninguno durante ocho años de matrimonio. Aquella señora era una santa; muy sufrida, muy prudente y muy buena cristiana.

Doña Luz empezó á dar visibles muestras de interesarse en la narracion. Don Gregorio siguió diciendo:

—La Condesa aportó al matrimonio cuantiosos bienes. Malas lenguas han dado en propalar que el Conde, al casarse con ella, no tuvo en cuenta sino su negocio. Nada de amor. La Condesa se casó casi niña, excitada á ello por su madre, y sin comprender toda la transcendencia de aquel paso. A poco murió su madre, y la huérfana, sin hermanos ni parientes próximos, se vió sola en el mundo, frente á frente de aquel tirano, que más debiera llamarse tal que no esposo y compañero.

No tenía la Condesa razon alguna para amar ni respetar á su marido; pero amaba la limpieza de su fama, y temía á Dios y veneraba los preceptos morales y religiosos. Nada, como he dicho, hubo que censurar en ella en los primeros ocho años de matrimonio. Vivió resignada como una mártir. Ni siquiera tuvo el consuelo y el refugio que tienen otras mujeres, consagrando su corazon al amor maternal. El maldito enlace fué estéril. Los condes de Fajalauza no tuvieron hijos.

Un asunto de grande interes reclamó por aquel tiempo la presencia del Conde en Lima. No convenía confiar á nadie el asunto que allí tenía y que importaba una suma archi-respectable. La Condesa se hallaba muy delicada de salud y no podía acompañar á su marido en tan larga navegacion. El Conde, despues de muchas vacilaciones, resolvió ir solo. Fué, pues, y estuvo en el Perú cerca de año y medio.

Durante la ausencia del Conde no se presentó la Condesa en reuniones ni en teatros; vivió bastante retirada, pero no faltaron galanes y pretendientes que procurasen hacerse amar de ella. La Condesa los desdeñó á todos. Hubo uno, sin embargo, dotado de prendas tan raras y brillantes, tan enamorado ó fingiendo con tanto arte que lo estaba, tan discreto, buen mozo y seductor, que acertó á cautivar el alma de la desdichada Condesa. Contribuyó mucho á este resultado, como sucede siempre, la fama de conquistador que ya tenía el galan. Nada puede tanto con las mujeres como el considerar que aquel que las pretende desdeña por su amor el de otras mujeres á la moda, jóvenes, hermosas, ricas y distinguidas.

En suma, y como quiera que ello sea, la Condesa amó al galan, y fué tal su pasion que se dejó vencer á pesar de sus severos principios.

Estas relaciones estuvieron envueltas en el misterio más impenetrable. Sólo mi Joaquina tuvo noticia de ellas. La Condesa era una mujer singular. Arrastrada por la violencia irresistible de su afecto, veía á solas á su amigo, y luégo lloraba como la Magdalena, rezaba, abominaba de sí misma como si se creyese el sér más abyecto y vil, y desesperaba hasta de que Dios la perdonase.

En esta refriega espiritual, entre la culpa y el arrepentimiento, estuvo ella hasta que volvió su marido.

El secreto había sido tal, que nadie había dicho ni sospechado lo más mínimo.

El Conde, á pesar de todo, era suspicaz y receloso, y sospechó algo desde el dia de su vuelta. Tal vez la agitacion de su mujer; la repugnancia en que ella trocó la frialdad con que ántes le recibía; algunas palabras, algunos suspiros, algun ¡ay! delator que le oyó en sueños, bastaron á ponerle sobre la pista.

Una noche, miéntras dormía la Condesa, su marido se apoderó de la llave del escritorio de su mujer y registró detenidamente cuanto en él encerraba. La Condesa había cometido la imprudencia de conservar las primeras cartas que le escribió su amante y el Conde pudo leerlas. Por dicha, estas cartas no probaban la completa complicidad de la Condesa. Hasta podía ella haberlas conservado, no por amor á quien las escribió, sino por vanidad y como testimonio de haber sido tan amada. Las cartas bastaron, no obstante, para que el Conde tuviera escenas espantosas con su mujer. Si las cartas le hubiesen probado su culpa, el Conde la hubiera asesinado. Como las cartas no eran más que un indicio, el Conde se limitó á atormentar á su mujer y á desconfiar de ella y á vigilarla. Con un pretexto plausible se trajo á vivir en su casa á una hermana solterona que tenía, la cual era una furia del infierno. Esta mujer fué desde entónces la espía, la acompañante, la dueña, la negra sombra de la Condesa.

En cuanto al galan, cuyo nombre descubrió el Conde por las cartas, tambien las cartas le costaron caras. El Conde, á fin de que nadie se enterase y procurase inquirir el motivo, buscó al galan y le obligó á reñir con él á la espada, sin ninguno de los trámites y formalidades del duelo. El galan quedó mor-

talmente herido en su propia casa, y sólo por un milagro de la cirugía pudo salvar la existencia.

—Sabía ese lance de mi padre, dijo doña Luz, pero ignoraba quién fué su adversario y la causa del lance. Prosiga V., Sr. D. Gregorio.

—Ya que sabe V. que el galán era el señor Marqués, su padre de V., seguiré este relato designándole con su nombre. Si alguna frase se me escapa que pueda lastimar, aunque sea levemente, la memoria del señor Marqués, doy á V. desde luego un millon de excusas.

Doña Luz hizo un gesto y movió la cabeza como si quisiera indicar que las excusas estaban aceptadas de antemano.

D. Gregorio continuó:

—El terror que le inspiraba su marido, la vigilancia del argos con faldas que tenía en su cuñada y su propio arrepentimiento, hicieron que la Condesa no volviese á ver en secreto al Marqués. Este desechó de su alma, con el andar del tiempo, amor tan peligroso y ya imposible ó casi imposible de satisfacer, y se distrajo con más fáciles amores.

Todo lazo se hubiera roto, toda relacion y comunicacion entre el Marqués y la Condesa hubieran dejado de ser para siempre, si el cielo no hubiera dispuesto que quedase un recuerdo vivo del amor y de la culpa de ambos; un sér que los unía y por cuyo destino y porvenir ambos debían velar igualmente.

—Y mi madre, exclamó entónces doña Luz, ¿no pudo nunca volver á verme desde que volvió de Lima su marido?

—Pudo volver á ver á V. de léjos, pero nunca abrazarla ni besarla ni hablarla. Su pensamiento, sin embargo, estaba siempre con V.

—¡Infeliz madre mia!

—La Condesa sabía de V. por mi Joaquina. Por mi Joaquina se entendía tambien con el Conde en todo aquello que á V. importaba, único asunto que ya se trataba entre el Marqués y la Condesa.

Usted, señora Marquesa, vivió primero en mi casa, cuidada por mi Joaquina. Nuestra costurera, una tal Antonia Gutierrez, que había tenido un desliz y cuyo hijo había muerto,

fué nodriza de V. Despues murió tambien la costurera, y yo arreglé de modo, con la vénia de los parientes de la chica, que V. pasase por su hija, á fin de hacer la legitimacion. En todo esto, por conducto de mi Joaquina, intervenía la señora Condesa, que estaba hasta cierto punto contenta al considerar que V. iba á llevar el nombre y el título del Marqués y á heredar sus bienes.

A poco de volver el Conde á Madrid y despues del duelo, nos entró á todos mucho terror de que el Conde llegase á entender que existía V. y quién V. era; y el Marqués, no bien se restableció de la herida, la sacó á V. de mi casa con harto dolor nuestro y mayor aún de la Condesa, y puso á V. en casa de una señora de situacion algo equívoca. Miétras estuvo V. en aquella casa, la Condesa estuvo muy incomodada. Sólo sosegó cuando á puras súplicas suyas, interpuestas por Joaquina, el Marqués se la llevó á V. á su casa, primero bajo el cuidado de una buena mujer, y más tarde con un aya inglesa, la cual vino porque la Condesa se empeñó en que viniese.

El Marqués, entre tanto, léjos de sentar con los años, no hacía el menor caso de aquellos sabios refranes que dicen:— *quien quisiere ser mucho tiempo viejo, comiéndelo presto, y el viejo que se cura cien años dura*. Léjos de rezar con él estos refranes, más bien podía aplicársele aquel otro, y perdone V. señora marquesa que se le aplique, pero casi lo pide á voces la narracion: *mientras más viejo más pellejo*. Pretendo significar con esto que el señor Marqués, en vez de enmendarse con la edad, se hizo más cortejante, jugador y amigo de jaleos de toda laya, lo cual mortificaba mucho á la señora Condesa. El amor, por el cual ella había sacrificado tanto, honra, reposo y bienestar, sólo había sido para el Marqués un episodio, una aventura, un lance más ó ménos agradable ó divertido, entre los muchos de su vida. Esto dolía en extremo y atormentaba á la Condesa. Pero había otra consideracion que le dolía más, que la tenía llena de sobresalto, y que, agravándose cada día, llegó á ser para la Condesa un tormento continuo.

El Marqués caminaba precipitadamente á su total ruina: estaba empeñado hasta los ojos; la usura consumía ya lo mejor de sus rentas. Era seguro que el Marqués acabaría su vida en

la miseria. ¿Qué sería entonces de su hija doña Luz, huérfana, sin amparo y sin recursos?

Lo peor era que la Condesa no podía socorrer á su hija mientras su marido viviese. Antes de que el Conde hubiese tenido el más leve indicio de su culpa, la Condesa había gozado de un asomo de independencia y libertad. Después la Condesa, más que esposa, vino á ser esclava. Un grito, una palabra dura, un gesto amenazador de su marido bastaban á aterrarla.

El Conde, á más de ser celoso, era avaro, y la Condesa no podía disponer de un real sin dar estrecha cuenta de todo, justificando la inversion hasta de la más pequeña suma.

La viveza cruel de su imaginacion le representaba del modo más exagerado el infortunio que presentía. Soñaba que su hija estaba en la desnudez, sin hogar, humillada y empleada en los más viles menesteres, y ella nadando en la opulencia y sin poder acudir en su auxilio.

¿Cómo darle algo sin que lo supiese el Conde? Y con saberlo el Conde, sabría su delito y su oprobio, y se presentaría como juez severo é irritado, y con una sola palabra de desprecio la mataría.

La Condesa, atormentada por su conciencia á par que anonadada por el miedo que tenía al Conde, deseaba la muerte para descansar, y sin embargo, ansiaba vivir, y singularmente sobrevivir á su marido.

Mientras él viviese, la Condesa conocía que no tendría valor para hacer nada en favor de su hija. Ni por donacion, ni por testamento, en la hora de su muerte, hallaba medio para compartir con la que era su propia sangre ó para legarle al ménos bienes que eran suyos y no del tirano que la atormentaba.

La Condesa, pues, se sometió á la voluntad del Altísimo y esperó tranquila, y esforzándose por no desecharla, la muerte de su marido, ántes que la suya llegase. Para el caso de que así sucediera, formó la firme resolucion de dejar por testamento á los parientes de su marido, en fincas y alhajas, todo aquello en cuya adquisicion y dominio pudiera suponer la conciencia más escrupulosa que el Conde había sido parte; dejar algunas mandas importantes á personas que la hubiesen

servido bien, como, por ejemplo, á mi Joaquina; y el remanente de sus bienes, en fondos públicos todos, cuyos títulos estaban y están aún en varios Bancos y casas de comercio, dejárselo por entero á su hija.

El Marqués supo por Joaquina esta resolución de la Condesa; y, cuando acosado por los acreedores, embargado y vendido cuanto poseía á fin de pagar sus deudas, tuvo que retirarse á este lugar, me dejó escrita la carta que he hecho entregar á V. para que me sirviera de introducción. La carta, hasta que ocurriese el caso hipotético que se preveía, había de estar en mi poder sin que nadie lo supiese. Y así ha estado la carta.

Muerto el Marqués, no existían en el mundo sino tres personas sabedoras del propósito de la Condesa de dejar á V. por heredera.

—¿Y quiénes eran esas tres personas? preguntó doña Luz con el mayor interés.

—La misma Condesa, mi mujer, que es sigilosa hasta lo sumo, y un servidor de V., señora Marquesa.

—¿Y nadie más?

—Nadie más.

—¿Está V. seguro?

—Lo estoy.

Don Gregorio continuó luego su narración en estos términos:

—El cielo quiso que se cumplieran, no diré los deseos, los planes de nuestra bienhechora. El Conde murió hace poco más de mes y medio. Cosa de milagro parece el que la Condesa, tan padecida y acabada como se hallaba, pudiese sobrevivirle. La fuerza de voluntad vale mucho. La Condesa sobrevivió, se diría que expresamente para cumplir su resolución y morir también luego.

—¿Ha muerto mi madre? exclamó doña Luz con lágrimas en los ojos.

—Ha muerto.

—¡Y sin llamarme á sí, sin verme, sin darme un abrazo!...

—La Condesa lo ansiaba, pero al propio tiempo lo temía. Se avergonzaba de llamar á sí á quien al presentarse como

madre tenía que declarar su culpa, y, ella lo decía, su deshonra. Dudaba de que una hija, á quien, fuese por lo que fuese, ni había criado, ni visto, ni acariciado nunca, la pudiese querer. Recelaba hallar frialdad, tibieza al ménos, en su hija. No creía en la misteriosa fuerza de la sangre. En ella sí, porque sabía que su Luz vivía, porque la había estado amando durante tantos años; pero en su Luz, á quien se le revelase de repente que tenía madre en Madrid, ¿qué cariño súbito, qué ternura podía esperar? Esto, al ménos, pensaba la señora Condesa. Y sobre todo, por lo mismo que amaba á su hija, tenía vergüenza, le causaba sonrojo la idea sólo de presentarse á ella. El qué dirán, el temor de que la gente se enterase, era también rémora de su deseo. Por último, la Condesa, á poco de muerto su esposo, cayó en cama con una grave enfermedad, y apenas tuvo tiempo para tomar sus disposiciones y cumplir lo prometido. Después vivió algunas semanas, pero trastornada, sin pleno conocimiento ni memoria de las cosas y de las personas. Luégo murió.

Doña Luz dió muestras de verdadero dolor y de emoción profunda. Don Gregorio permaneció algunos minutos en silencio religioso, respetando aquel tributo de pena dado por una hija á la memoria de una mujer, á la cual (si bien no la había conocido) debía la vida.

Después dijo D. Gregorio, tomando ya la entonación fría del hombre de negocios.

—Señora Marquesa, yo soy albacea de la difunta y fideicomisario con expreso fideicomiso en favor de V. Todo está ya en regla, porque yo no me duermo. Todo se va ordenando del modo más á propósito para que se hable, se comente y se murmure lo ménos posible. Las mandas están repartidas; mi mujer ha tomado una linda suma: los parientes del Marqués han recibido joyas, dinero y fincas. Queda aún por entregar lo mejor de la herencia. Tengo en mi poder los papeles y documentos que acreditarán á V. como propietaria de los fondos públicos que tenía la Condesa en diferentes casas de banco de Paris, Lóndres y Francfort. Todo ello importa no recuerdo cuánto en valor nominal, pero en valor efectivo asciende á la friolera de diez y siete millones de reales vellon y un pi-

quillo. Cuando la señora Marquesa guste, le haré la entrega y se enterará de todo por menudo.

—Señor D. Gregorio, ya V. sabrá que estoy casada. Aguardaremos á que venga mi marido para aceptar la herencia. Él se entregará de todo como dueño y señor. Dentro de tres ó cuatro dias vendrá de Madrid. Entre tanto, esta casa es bastante grande para que V. se hospede en ella.

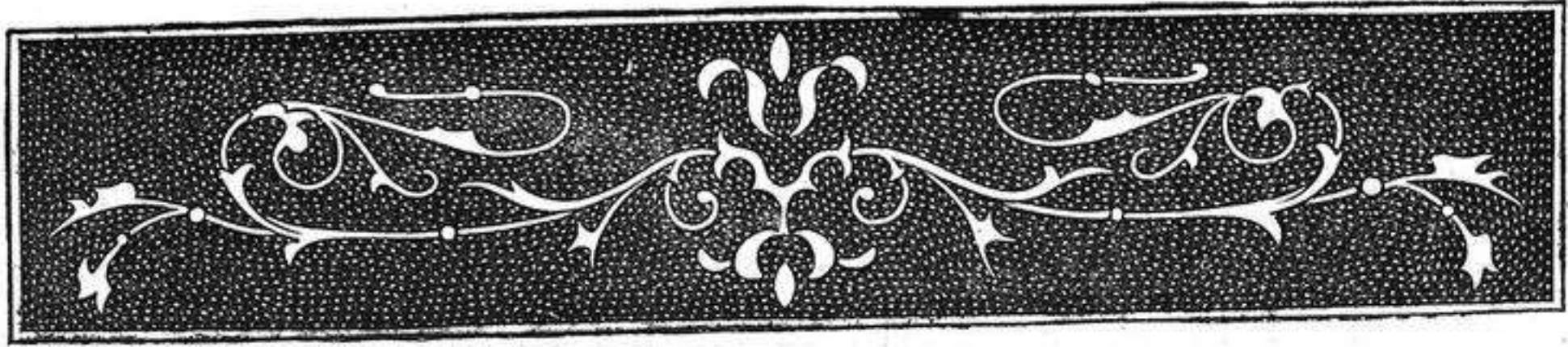
El Sr. D. Gregorio Salinas aceptó la invitacion, juzgándose muy honrado, y trasladó á un cuarto, que le prepararon en el caseron de doña Luz, la maleta que había dejado en la detestable posada del lugar.

—Doña Luz, en tanto, aunque triste por la muerte de su madre y por la historia melancólica que había oido contar, cedía á la flaca condicion humana, y se alegraba de verse tan rica. Y lo que más le complacía era pensar en todos aquellos millones como en un espléndido presente, poco menos que llovido del cielo, que ella iba á hacer á su D. Jaime, cual merecido premio del amor desinteresadísimo con que él le había dado su mano y su nombre.

JUAN VALERA.

(Se concluirá en el próximo número.)





ENSAYO CRÍTICO

SOBRE EL IMPERIO DE CARLOMAGNO.

PRELIMINARES.—Entre las mil diversas figuras que pueblan los anales de los primeros siglos de la Edad Media, destácase precisa y definida la personalidad de Carlomagno. Once siglos van transcurridos desde que el cadáver del gran emperador, vestido de monje, adornado con las imperiales y regias insignias, fué sepultado en la tumba vieja de la catedral de Aix-la-Chapelle, y el recuerdo de aquel monarca vive todavía, si no con el mismo entusiasmo, con la propia fuerza con que inspiró los romances castellanos, las canciones de gesta francesas y las venerables crónicas alemanas é italianas.

En este siglo de renovacion histórica preciadas plumas han escrito sobre Carlomagno y su época. Guizot, Ozanam, Ampère, Gaston Paris, el italiano Manzoni, los alemanes Vyss y Hergervisch, los ingleses Phillips, Bœh y Bass Mallinger, han dedicado al gran emperador obras inmortales que modificaron notablemente el concepto que de la mision de Carlo-

magno formaron nuestros predecesores. Preciso es confesar que en este punto no han sido vanos los esfuerzos que nuestra época emplea en la obtención de la verdad histórica, ideal quizás irrealizable, al que ha de aspirar todo historiador digno de tal nombre.

El primer autor concienzudo que historió á Carlomagno fué Enghinardo. Su *Vita Karoli Magni* se ocupa del emperador desde el momento en que nace hasta el instante en que muere. En las páginas de aquel libro se refiere cómo Carlomagno, hijo de Pepino *el Breve*, rey de los francos, y de la reina Berta, vió la luz en el fuerte castillo de Salzburgo (Alta Baviera), allá por los años 742. Enghinardo describe detalladamente la infantil robustez del príncipe franco, sus primeras armas y la esplendidez de sus bodas con la princesa Himiltruda.

A la muerte de Pepino el Breve, ocurrida en la abadía de San Dionisio, su primogénito Carlomagno heredó la Austrasia y la Neustria y su segundogénito Carloman la Borgoña y la Aquitania. Casó este último con Gerberga, princesa franca; Carlomagno, disgustado ya de Himiltruda y cediendo á las instancias de su madre Berta, deseosa de hacerse con alianzas poderosas, repudió á su esposa y contrajo segundas nupcias con la princesa Ermengarda, hija de Desiderio, rey de los lombardos. Distinta suerte hubieron estos matrimonios: Gerberga, franca robusta, dióle á Carloman en dos años dos hijos. Carlomagno no logró fecundar á la enfermiza Ermengarda.

Murió el rey Carloman en 771. Carlomagno acudió presuroso á la Asamblea que los barones aquitanos y borgoñeses celebraban en Carbonac, para elegir un nuevo rey. Obtuvo el sufragio de los electores, que le elevaron sobre el escudo de Meroveo, aclamándole por monarca de los francos. Gerberga con sus inocentes hijos y algunos servidores, admitió la hospitalidad que le fué ofrecida por el rey de los lombardos.

Carlomagno, único señor de la monarquía, acometió á los revoltosos barones francos, entre otros á Hunaldo ex-duque de Aquitania, que algunos años ántes había renunciado sus Estados en favor de Pepino *el Breve*; trocando á la muerte de este rey la cogulla por la lanza, sublevóse contra Carlomagno,

quien en una corta campaña le venció y le redujo á prisión (1).

Terminada esta escaramuza, á más alta empresa encaminóse Carlomagno. Al frente de su ejército atravesó el Rhin y penetró en la Sajonia.

CAMPAÑAS EN LA SAJONIA. — En la baja Germania residía por aquellos tiempos el pueblo sajón, cuyo nombre, según la etimología generalmente admitida, viene de *Shas*, cuchillo largo, por ser ésta arma predilecta de aquellos naturales (2). Ptolomeo, al hacerse eco de las relaciones de los navegantes primitivos, dice que los sajones, habitantes del Quersoneso Címbrico, ó sea del territorio conocido hoy con el nombre de Scheleswig-Holstein, dábanse á la piratería, navegando en barcos de madera cubiertos de pieles (3). Las tradiciones nacionales de la Sajonia aseveran la opinion del sabio geógrafo griego, cuando refieren que los piratas scandinavos, abordando en la costa de Haldeln, junto á la desembocadura del Elba, arrojaron, de las comarcas que se extienden entre el Elba y el Issel, á los thuringios que las habitaban, estableciéronse en ellas y ocuparon el Ostfal (país del Este), el Westfal (país del Oeste) y el Engern (país intermedio) (4).

Dividíanse los sajones en tres distintas castas, á saber: *Ethilings* ó nobles, *Frilings* ó libres, *Lassen* ó libertos. Estos últimos, servidos por esclavos, cultivaban la tierra.

Cada año, las tres castas elegían en cada canton doce diputados, que se reunían á orillas del Wesser, en sitio llamado Marklo, para tratar de los negocios públicos. En tiempos de paz, sometíanse á la jurisdiccion de un juez elegido por las tres castas en cada canton. En tiempos de guerra, tres jefes de la casta noble convocaban en armas, y si la lucha se generalizaba, las tres castas elegían por suerte un caudillo comun. Obedeciendo á sus órdenes los soldados, vestidos de pieles,

(1) Enghinardo, Vita Karoli Magni. Annales regium francorum ad anno 772.

(2) Fuerunt autem et qui oc facinore nomen illis iuditum tradunt: cultelli enim nostra lingua Shas dicuntur.—Crónica de Wittikind, 4-7.

(3) Ptolomeo, Georg. II, 2. Σάξονες ἐπι τόν αὐχένα.

(4) Reichard, *Germanien*, 47.

armados con una larga lanza, el grueso cuchillo al cinto y un pequeño escudo en el antebrazo izquierdo, marchaban contra el enemigo, guiados por el sacro estandarte, entre cuyos ondeantes pliegues veíanse pintados un leon, un dragon y una águila (1).

Era aquél un pueblo de costumbres sencillas, que descansaba en las dos sólidas bases de la propiedad y de la familia, amparada aquélla en la vinculacion de las tierras, defendida ésta por la pureza y severidad de costumbres. Si la doncella sajona deshonoraba el hogar paterno, si la esposa faltaba á la fe prometida, las mujeres de su tribu, armadas con garrotes, la herían á golpes (2).

Sentían los sajones grande apego á las tradiciones nacionales y, á diferencia de los germanos de la Franconia, del Hesse y de la Thuringia convertidos al Cristianismo por San Bonifacio, repugnaban la civilizacion romana, ya se les impusiese por los armas, ya por la religion. El paganismo enseñoreaba sus corazones, y los objetos que les rodeaban mantenían vivo el fuego de sus creencias. Su dios Odin recibía culto en templos suntuosos, bajo cuyas bóvedas resonaban los cantos de los sacerdotes celebrando los misterios de Woden, de Dunas y de Saxnot, divinidades de la complicada mitología sajona. Junto al Wesser y á cielo descubierto elevábase un pedrusco, á manera de columna, llamado *Inmirsul* (Columna del mundo), en cuya base existían depositados objetos de oro y plata, primicias del botin. Ante el monumento los sacerdotes sacrificadores inmolaban á los prisioneros. Celebraban los sajones banquetes en honor de los dioses, y con solemnes ceremonias colocaban en la pira á sus muertos (3).

(1) Vestiti erant ragis et armatis longis lanceis et subnixi stabant parvis scutis, habentes et renibus cultellos magnos. Signum... leonis atque draconis et desuper aquilæ volantis. Cronic. Wittikind, 13.

(2) In antiqua Saxonía, si virgo paternam domum cum adulterium maculaverit, vel si mulier maritata perditum foedere matrimonii adulterium perpetraverit... congregato exercitu femineo, flagellatam eam mulieres per pagos circumquoque ducunt, virgis cædentes... usque dum eam mortuam aut vix vivam derelinquat. Tácito, *Germaniá*, 19.

(3) Grimm, *Deutsche Mythologie*.

Servíanles de defensa y de habitacion los sitios que habían presenciado la derrota de las legiones romanas acaudilladas por Varus; designábanlos los sajones con nombres alusivos á las vicisitudes de aquella heroica lucha, mostrando con orgullo *Feldrom* (El Campo de los Romanos); *Herminsberg* (La Montaña de Arminio); *Witfeld* (La Llanura de la Victoria); *Knochembak* (El Arroyo de los Huesos); *Rodenbeck* (El Arroyo de la Sangre) (1).

Las creencias y los sentimientos del pueblo sajón personificábanse en Wittikind, hijo de Werneking, jefe de casta noble. Aliado de Siegfred, rey de los daneses, con cuya hermana había contraído matrimonio, y de Ratbod, príncipe de los frisonos, contaba, no sólo con tan valiosos aliados, sino tambien con la situacion geográfica de la Sajonia, lindante con la Frisia por el Oeste, y por Norte y Este con la Dinamarca, la Suecia y la Noruega (2).

Los habitantes de estos países, de origen comun, profesaban la religion pagana, al igual de los sajones, cuya causa fué, por ello, la causa del paganismo.

En la Sajonia, empero, estaba sembrada la semilla del Cristianismo, como lo prueba el siguiente episodio que narran las crónicas de aquella época. Por los años 771 Liafwin, monje que predicaba el Evangelio en las riberas del Issel, deseoso de anunciar la fe á los sajones, presentóse ante la Asamblea de Morklo proclamando la falsedad de los ídolos y prediciendo que el Rey de los Cielos enviaría á la Sajonia un príncipe prudente, fuerte, infatigable, que reinaría en ella despues de haber destruido los falsos dioses. Al oír tales nuevas la Asamblea prorumpió en gritos de furor, y algunos de sus miembros se abalanzaron contra el misionero con intento de herirle; mas hé ahí que de pronto se oyó la voz de Buto, venerable anciano de casta noble, quien subido en elevado sitio impuso general silencio con estas palabras: «Oid ¡oh los más sabios de entre vosotros! Recordad que nuestros vecinos los normandos, los slavos, los frisonos nos mandaron repetidas veces

(1) Reichard, *ut supra*.

(2) Crónic. Witt., 12-30.

embajadores á quienes colmamos de presentes. Considerad que éste que hoy ha venido—añadió señalando á Liafwin,—es embajador de Dios. Y siendo tal, ¿vuestra cólera trata de darle la muerte? Liafwin salió ileso del furor de los sajones (1).

Miéntas tanto, Carlomagno adelantaba en sus preparativos para la próxima campaña. En 772 celebró un Campo de Mayo en Worms. Al solicitar el consejo de los condes y preladados, expuso que emprendía la guerra contra la Sajonia, por ser tal empresa como un legado de su abuelo Cárlos Martel, gran enemigo de los sajones, y para cumplir la mision que el Papa Estéban III le confiara de civilizar á los germanos con la espada, completando así la obra de San Bonifacio, que lo había civilizado con la palabra. ¡De esta suerte se aplicaban en aquella edad los principios del derecho internacional!

El rey de los francos, al frente de un aguerrido ejército y acompañado de los obispos, abades, sacerdotes, predicadores y defensores de la fe, quienes anhelaban por someter la Sajonia al *dulce* yugo de Cristo, partió para la Germania, y entrando por el país de Westfalia llegó hasta el Wesser. Apoderóse de Eresburgo y ordenó el derribo de la columna de Inmirsul, símbolo de la independendencia sajona, repartiendo luégo entre sus soldados los tesoros que en piadosa ofrenda se hallaban depositados en el interior del sacro monumento.

Los sajones, aterrados ante tal sacrilegio, se sometieron á Carlomagno, entregándole doce rehenes y admitiendo á los misioneros que debían instruirles en la fe.

El rey detúvose durante tres dias acampado con su ejército en los alrededores de Inmirsul; tomó luégo el camino de Francia, é inverró en su solariega morada de Heristal, descansando de las fatigas que tan fácil victoria le acarreará (2).

773-775. El infatigable Carlomagno no permaneció mu-

(1). *Vita Liafwini* insertada en la coleccion de Pertz *Monumentis germanorum*.

(2) Erghinardo. *Annales* ad anno 772.—Cronicon rimado, obra de un poeta sajón anónimo, que fué testigo presencial de los hechos que refiere. Id.

cho tiempo ocioso; su naturaleza le impelía constantemente á experimentar los ardores de la lucha. Cediendo á sus impulsos, descendió con su ejército por los Alpes, llevado del intento de mover guerra al rey de los lombardos. Noticiosos de ello los sajones, se sublevaron. Con la antorcha en la mano siniestra, y el cuchillo sajante en la diestra, recorrieron el país de Hesse, sembrando á su paso el incendio y la muerte, asesinaron á los misioneros, y pegaron fuego á la abadía de Fritzlar, primera fundacion de San Bonifacio.

En 775 Carlomagno celebró un Campo de Mayo en Duren, y como en él se decretase la guerra, tres ejércitos francos se extendieron por ambas orillas del Rhin, y Carlomagno en persona, despues de haber tomado por asalto el castillo de Ligeburgo y de fortificar el de Friburgo, atravesó el Wesser, y en las inmediaciones del Brunenberg libró batalla á los sajones, derrotándolos por completo. Penetró, igualmente, hasta Ocker, y merced al prestigio de su última victoria, logró que los jefes del país de Ostfal le entregasen rehenes y que los habitantes de Engern se le sometiesen; empero, la vigorosa casta de Westfal, que se había señalado en la guerra contra los romanos, le opuso la más tenaz resistencia. Cierta noche los westfalienses penetraron calladamenté en el campamento de las avanzadas francas, cuyas tiendas se hallaban desparramadas á orillas del Wesser (1). Sorprendidos los francos en medio del sueño, sostuvieron, no obstante, el inesperado choque de los enemigos, y resistiéronles hasta que, llegado el grueso del ejército al sitio del combate, sufrieron los sajones la más completa derrota. El país entero de Westfalia solicitó la paz, y la obtuvo. Poco tiempo despues el estruendo de la batalla resonó de nuevo por los frondosos bosques de la Germania (2).

777. Carlomagno no se preocupaba únicamente de los sa-

(1) Pars subvectat onus viridus simul utraqæ feni.
Sic introgressi francorum castra dolosi.

Quod vi non poterunt, egerunt arte.

Cronicon rimado, *ut supra* ad anno 775.

(2) Enghinardo. *Ut supra* ad anno 775-776.

jones. Al igual de otros conquistadores, su mirada abarcaba el mundo entero, su ávido corazón sentía á cada momento la necesidad de realizar nuevas conquistas. En los primeros meses de 777 repasó los Alpes para sofocar la insurrección de los lombardos. Tal ocasión no fué ciertamente desaprovechada por los vigilantes sajones que espiaban los movimientos todos de Carlomagno, como las hienas suelen espiar los saltos del tigre. Levantados en armas, prevaleciendo de una estrategia, recobraron á Eresburgo, cuyas fortificaciones demolieron. Como sitiaban luego á Sigeburgo, impulsados por temores supersticiosos, levantaron el sitio.

Al tener noticia Carlomagno de la nueva sublevación sajona, abandonando la Italia, revolvió sus fuerzas contra la Sajonia. Sometió á los habitantes del país de Lippe, que imploraron su perdón, y después de haber construido la fortaleza de Lippstadt, regresó á Heristal.

778. Llegada la primavera, el rey de los francos convocó á los jefes sajones en Panderbon, magnífico palacio rodeado de jardines regados por límpidas y abundosas aguas (1). Desplegaron allí, con tal ocasión, las pompas guerreras de los Campos de Mayo, y ante Carlomagno, rodeado de sus condes y barones, comparecieron los walíes árabes del Norte de España solicitando la protección y la alianza de la Francia, para conducir á buen término la sublevación que proyectaban contra el califa de Córdoba Abderrahman I, el Omeya. Impresionados los sajones por el poder y la grandeza del rey de los francos, le juraron obediencia, y en su mayor número recibieron el bautismo (2).

Wittikind fué el único jefe sajón que no se sometió á Carlomagno. Permanecía en Dinamarca al lado de su cuñado

(1) Tanto concilio locus est electos agenda
 Quem Pathalbrunnon uxitant quæ non habet ipsa
 Gens alium naturale plus nobilitate
 Insignium qui præcipue redimitus abundat
 Fontibus et nitidis et pluribus et trahit inde
 Barbaræ nomen linguæ sermone vetustum.
 Cronicon rimado, *ut supra* ad anno 778.

(2) Cronicon Maissaccense.

Siegrefred, esperando ocasion oportuna para tremolar de nuevo la bandera de la independencia sajona. Procurósele la falsa nueva que corrió por Europa de haber sido Carlomagno vencido y muerto en Roncesvalles; al frente de sus partidarios y contando con el apoyo de sus aliados el rey de Dinamarca y el príncipe de Frisia, atravesó el Hesse y la Turingia, talando los campos y arrasando cuantos castillos é iglesias halló al paso (1). Ante el peligro que les amenazaba, los monjes de Fulda, llevándose consigo la preciosa caja que contenía las reliquias de San Bonifacio, abandonaron su convento y huyeron hácia el Sud. La invasion de los sajones se extendió por la orilla izquierda del Rhin desde Deutz hasta Coblentza.

779. En los primeros dias del mes de Junio, Carlomagno apareció en la Sajonia al frente de un numeroso ejército, reforzado por los francos orientales, que voluntariamente se alistaron bajo su bandera, y sometió á los habitantes del país de Ostfal y á los del Engern, cuyo vencimiento decidió la suerte de los demas cantones de Sajonia, que se rindieron al poder de Carlomagno (2).

Multitud de sajones recibieron el bautismo en las aguas del Horhein, miéntras el monarca franco, acampado junto al Elba, tomaba las disposiciones conducentes á mantener su autoridad en el territorio conquistado, que fué dividido en varios distritos gobernados por obispos y abades, á quienes el rey donó fértiles tierras. *¡Dios sólo podía darles los corazones de sus feligreses!* ha dicho Ozanam (3).

Wittikind huyó hácia Dinamarca, perseguido tenazmente por las avanzadas francas; empero, gracias á la agilidad de su caballo, logró arribar á la frontera (4).

(1) Cunctos quos poterunt villas
Invadera flaminis.

Cronicon rimado: *ut supra*, ad anno 778.

(2) Enghinardo Ann. ad an. 779.—Cronicon rimado, id.—Crónica de Maissac, *ut supra*, folio 34.

(3) Ozanam, *Etudes germaniques*, tomo II.

(4) Este suceso fué poetizado por la balada popular siguiente:

La balada de Wittikind.

Wittikind y su caballo negro atraviesan el bosque.—Wittikind excl-

782. Los slavos surabios invadieron la Germania por diversos puntos. A favor del desorden que esta invasión produjo, Wittikind sublevó á los sajones, quienes bajo sus órdenes batieron á los francos en la batalla de Suntal (*Valle del Sol*), donde perecieron dos *Missi Domini* (enviados del Rey), cuatro condes y veinte barones con la mitad del ejército franco. Los misioneros fueron muertos (1).

No tardó Carlomagno en tomar la revancha del desastre de Suntal. Convocó un Campo de Mayo en Werden, orillas del Aller, para proceder á la averiguación de las causas á que obedeciera la última insurrección.

Los jefes sajones que en Panderbon habían prestado vasallaje, se presentaron ante la Asamblea acusando á Wittikind de traición y contumacia y entregando sus cómplices en poder del vencedor. Cuatro mil quinientos sajones fueron juzgados á tenor de lo que prescribían las leyes germánicas, por sus jefes constituidos en tribunal, condenados á muerte y decapitados en un solo día (2).

Esta matanza causó desconsoladora y terrible impresión en las tribus sajonas del Norte que, á las órdenes de Wittikind, emprendieron nueva guerra contra los francos. Arrasaron las

ma:—¡Oh caballo mio! Corre, corre como el viento.—Arráncame al poder del feroz Cárlos.—Condúceme á las tierras do gobierna mi hermano el Pacificador Victorioso (a).

Wittikind y su caballo negro se deslizan, como flecha lanzada del arco,—á través del umbroso bosque.—Al galopeo del caballo negro—los árboles crugén y las aves huyen azoradas.

Wittikind y su caballo arriban á orillas del río.—El río muge; la luna riela en las ondas reflejos fosforescentes.—En el cercano bosque los Elfos comienzan su misteriosa nocturna danza.

Wittikind propone á su caballo negro el pacto siguiente:—Caballo mio, si de un salto salvas el río, te daré tres libras de avena,—si no lo salvas, te desgarraré el corazón.

El caballo negro, asistido por Odin, dió el salto y salvó el río (b).

(1) Enghinardo. *Annales ad anno 782*.—Vita Karoli Magni, p. 130, folio 2.—Cronicon de Moissac, fol 3.

(2) Grimm, *ut supra*. Tomo II.—Enghinardo, *ut supra*.—Cronicon rimado, *ut supra*.

(a) Tal es la significación literal del nombre Siegfred.

(b) Esta balada nos ha sido recitada por nuestro distinguido amigo H. Wyncken, natural de Sajonia.

iglesias, mataron á los misioneros y á nadie concedieron tregua ni cuartel.

Carlomagno en persona marchó contra los sublevados y ganóles, si bien con grandes pérdidas, la batalla de Delmod; reforzando luego el ejército franco con tropas que arribaron de la Galia, les venció en las riberas de la Hesse.

Durante dos años recorrió con su ejército la Sajonia, y en su furor, pegó fuego á los trigos, arrasó las aldeas y alquerías, y esparciendo doquiera la desolacion y el espanto, emprendió la ruta del Norte, llegando hasta las orillas del Ebro. Retrocedió y fué á encerrarse en Eresburgo para pasar el invierno con seguridad tras sus fuertes murallas (1).

Desde el referido castillo dirigió proposiciones de paz á Wittikind, quien, como requisito indispensable de su sumision, exigió rehenes. Obtúvolos fácilmente, y acompañado de su hermano en armas Alban, fué á Atthiñi á recibir las aguas del bautismo, acto que decidió la conversion al Cristianismo de los jefes sajones y frisios.

La nueva de estos sucesos, notificada por Carlomagno á Offa, rey de los anglo-sajones, y al Papa Adriano, llenó de alegría á la Europa occidental, y la imaginacion popular engalanólos con ficciones poéticas, que transformadas en leyendas, corrieron de boca en boca. Refirióse á este propósito que para solemnizar la Pascua de Resurreccion celebráronse los divinos oficios en la tienda real. Y que habiendo Wittikind entrado en el campamento entre la multitud de gentes que á él acudieron, asistió devoto á la religiosa ceremonia; terminada que hubo, Carlomagno recorrió el campamento repartiendo limosnas á los pobres, y como sus ojos se fijasen en Wittikind, reconocióle y dispuso que á su presencia fuese admitido. El jefe sajon refirió que durante la misa, en el acto de la elevacion, vió en la hostia á un niño de angelical hermosura que le tendía los brazos, y que creyendo que tal milagro era aviso del cielo, solicitó ser admitido en la comunion cristiana. Imitá-

(1) Enghinardo, *ut supra* ad anno 783-785.—Cronicon rimado, id. ibid.—Grimm, *Deutsche Sagen*, tomo II.

ronle gran número de sajones, quienes, en su buena fe, vieron en este acontecimiento la intervencion de Odin (1).

Wittikind recibió de manos de Carlomagno un diploma confiriéndole el título de duque, á condicion de que trocase por un caballo blanco el negro que alardeaba en su escudo. Su popularidad fué tal en la Edad Media, que los juglares franceses cantaban, por doquiera, la *Cancion de Guedichint*, afrancesando de esta manera el nombre sajón; los legendarios de los monasterios le colocaban en el número de los santos, y los genealogistas afirmaban gravemente que Wittikind había sido el tronco de la tercera raza de reyes de Francia, como abuelo que fué de Roberto *el Fuerte*, conde de Paris (2).

De la fortuna de Wittikind no participó, en verdad, su desventurada patria que, durante mucho tiempo, sufrió las consecuencias de las pasadas luchas. Distinta conducta observaron los habitantes de los diversos cantones, ya que mientras los sajones del Oeste guardaban la fe jurada, los del canton de Wesser se sublevaron en 779 y los del de Elba lucharon durante cuatro años (795-798), ferozmente, y con buena suerte, contra los obotritas, aliados del rey de los francos. Distinguióse este período de la lucha por su carácter de represalia y de venganza.

El único resultado que obtuvo esta lucha fué el de agravar más y más la triste suerte de los sajones. Persuadido Carlomagno de que, con la fuerza de las armas, no le era posible extinguir el espíritu independiente de la Sajonia, dispuso que la tercera parte de los naturales fuesen deportados. Los habitantes de ambas orillas del Elba, arrojados de su patria, disemináronse por la Germania, por la Italia y por la Galia, mientras los slavos surabios ocupaban el territorio que los deportados habitaran. Para guarda de la Germania construyéronse á lo largo de la orilla izquierda del Elba los fuertes castillos de Hall, de Magdeburgo y de Hamburgo, y echó-

(1) Grimm, *ut supra*, tomo II. Ozanam, id. ibid.

(2) Cancion de los Saines, por Juan Bodel, trovador de Arras (siglo XIII).—*Origines de la Maison de France*, por Barthelemy.—*Revue des questions historiques*, número de 1.º de Enero de 1873.

se sobre el río un puente guarnecido de torres, para defensa del vado. El curso del Eyden, en la frontera de Dinamarca, marcó el límite del imperio germánico (1).

La lucha desesperada que Carlomagno hubo de sostener para obtener la victoria extravió su criterio: dueño absoluto de la Sajonia, creyó que podía dominar igualmente las conciencias de los sajones. Después de haber destruido por completo la organización política de los vencidos, atentó á sus creencias promulgando la Capitular del año 785, por la cual se regularon los derechos de la Iglesia Católica, sometiendo los sajones al pago de los diezmos y primicias. Once de sus artículos imponen la pena de muerte para castigo de grandes crímenes, como lo son el incendio, el asesinato, los sacrificios humanos, la traición y la felonía. En la misma Capitular, empero, se castiga con la propia pena á los autores de crímenes imaginarios, como lo son los que queman los cadáveres en vez de enterrarlos, los que se resisten á recibir el bautismo y los que infringen el precepto del ayuno cuaresmal (2).

Malísimo efecto produjeron estas disposiciones: el Papa Adriano, al tratar en una de sus cartas de la penitencia que debía inferirse á los sajones relapsos, censuró tácitamente la Capitular expresada, y Alcuino, el maestro, el consejero de Carlomagno, el sabio monje cuyo nombre resonaba en Europa, desaprobó el injusto rigor con que eran tratados los sajones (3).

Ante reprensiones tan autorizadas, Carlomagno cedió al fin. En el año 797 publicó otra Capitular para organizar la administración de justicia en la Sajonia. Confirmando las leyes sajonas y las costumbres antiguas, dispuso que los pleiteantes quedasen sujetos á la jurisdicción de los jueces nacionales, con la facultad, empero, de apelar ante el tribunal del rey, quien se reservó el derecho de gracia (4).

En el año 803 tuvo lugar la asamblea de Salz, en la cual

(1) Enghinardo, ad anno 799.—Cronicon rimado, id.

(2) Capitul. de partibus Saxoniae, 785. Art. 32.

(3) Epist. XXV. Adriani p. p. Alcuino. Epist. ad Megenfridum.

(4) Capitulare Saxonicum, 797.

Carlomagno, coronado emperador y César por el Papa Leon III, celebró su solemne reconciliación con los sajones. Los jefes inconversos, renunciando á los ídolos, aceptaron la enseñanza episcopal y el impuesto de diezmos y primicias. Carlomagno exentóles de pagar otros tributos y confirmó las costumbres y leyes sajonas, reservando empero á sus *Missi Domini* la facultad de inspección. Iguales pactos celebró con el príncipe de Frisia (1).

Rematóse entónces la organización teocrática de la Germania, que subsistió hasta el siglo xvi, en cuya época Lutero, hijo de un minero de Eisleben y descendiente quizás, como sospecha Ozanam (2), de una de las víctimas de Werden, destruyó con su potente palabra aquella organización que tanta sangre costara.

EXPEDICION Á ESPAÑA.—LA ROTA DE RONCESVALLES.—Corría el año 777, vigésimoprimeró del reinado de Abderrahman el Omeya, fundador del califato de Córdoba. Tras cinco años de aventuras y de peligros, alcanzó la corona que ambicionara, y desde entónces su poder fué creciendo y el renombre de sus hazañas cundió por Europa. En la época que historiamos Abderrahman había vencido á los príncipes cristianos del Norte de España, y dominaba sobre las diversas razas musulmanas esparcidas por la Península.

A pesar de sus relevantes calidades y del prestigio que le rodeaba, el califa habíase granjeado temibles enemigos. Las divergencias y odios que separaban unas de otras las diferentes razas musulmanas y los opuestos intereses que los dividían traducíanse frecuentemente en luchas á mano armada, que Abderrahman, á pesar de su poder y de su genio, no podía evitar sin mengua de su popularidad (3).

En el expresado año 777 los walíes del Nordeste de España, ensoberbecidos con su poder, trataron emanciparse del del

(1) Augustus Pius ad sedem Salz nomine dictam Venerat: huc omni saxonum nobilitate. Colecta simul hac pacis leges imerunt. Cronicon rimado, *ut supra*.

(2) Ozanam, *ut supra*.

(3) Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*, tomo I.

califato de Córdoba, incitándoles á tal intento Al-Arab, walí de Barcelona y Abderrahman-ibn-Halib, denominado el *Slavo*, por su talle esbelto, sus ojos azules y sus rubios cabellos, rasgos fisonómicos de la raza slava que en esclavitud vivía entre los árabes. Estaba casado el *Slavo* con la hija de Iussuf, competidor del califa en los albores de su califato. Temeroso del recuerdo del padre, Abderrahman guardaba en dura prision al primogénito de Iussuf, Abou-al-Aswad, quien logró escaparse de ella y fué á reunirse con su cuñado que andaba en tratos con Al-Arab (1). Entre los tres acordaron implorar el auxilio de Carlomagno. Presentáronse en Panderbon y propusieron al rey de los francos estrecha alianza contra el califa de Córdoba. Comprendiendo Carlomagno que el poder de los árabes españoles ponía en grave peligro á la Europa occidental, aceptó la propuesta con tanto mayor motivo en cuanto los sajones parecían estar dispuestos á sometersele. Al-Arab prometió coadyuvar á los movimientos del ejército franco con sus fuerzas y las de sus aliados los walíes de la derecha del Ebro; el *Slavo* manifestó que con un ejército de berberiscos africanos, enganchados á sueldo, desembarcaría en Todmir (Murcia), proclamando al califa Abbasida de Bagdad, aliado del rey de los francos, mientras Abou-al-Aswad sublevaría á los walíes de Castilla.

Abderrahman estaba perdido; su buena estrella, empero, le salvó.

Antes de que Carlomagno descendiese á España, el *Slavo*, arribó á las playas de Todmir con un ejército de berberiscos. Como solicitase el auxilio de Al-Arab, éste le contestó que, según lo convenido en Panderbon, debía permanecer en el Norte para secundar á Carlomagno. El *Slavo*, que era yemenita, sentía profunda aversion por los frihitas, y como Al-Arab pertenecía á esta raza, creyendo que le engañaba, desafióle y fué batido por él. Refugióse á Todmir, donde, al querer reprimir la insurreccion de sus tropas, fué asesinado por un berberisco de Oretun, en quien había de-

(1) Relacion de Ibn-al-Abbar, 56.

positado su confianza sin sospechar que fuese, como en efecto lo era, un sicario del califa Abderrahman (1).

En aquella sazón Carlomagno, acompañado de su esposa Ildegarda y de los grandes dignatarios de la corona, atravesando el Loire en Orleans, arribó á Aquitania y hospedóse en el palacio de Cassineuil, situado en la confluencia del Lot y del Garona. En esta antigua morada de los duques aquitanos celebró las pascuas de Navidad; á sus viejos muros confió su esposa, cuyo estado de preñez no le permitía acompañarle á España. Dividió su numeroso ejército en dos cuerpos, y dispuso que uno de ellos se dirigiese á Narbona para tomar desde esta ciudad el camino de los Pirineos Orientales; acaudilló el otro, y al emprender la ruta de los Pirineos Bajos, cruzó por la Vasconia gala, cuyo duque, Lupo II, le prestó vasallaje. Entrando en España por San Juan de Pié de Puerto, y por el estrecho paso de Ibañeta, dirigióse á Pamplona, que se le rindió por capitulación.

Ignoraba Carlomagno la muerte del Slavo y la desaparición de Abou-al-Aswad, de quien, á partir de esta época, nada dicen las crónicas francas ni las arábicas, y estaba lejos de sospechar que de sus tres aliados sólo podía ayudarle Al-Arab, que en verdad no permanecía ocioso, ántes bien granjeábase la alianza de Abou-Thaur, walí de Huesca, y la de Galindo, conde de Cérdaña. Entró, asimismo, en tratos con Hossain-ibn-Yahya, walí de Zaragoza, musulman de ilustre estirpe, descendiente de Sad-ibn-Oboda, que al morir el Profeta había aspirado al califato. En nombre del rey de los francos, Al-Arab, propúsole, con grandes promesas, la entrega de Zaragoza; el walí, empero, negóse á cometer una acción vergonzosa de la cual Alá le pediría cuenta. Desesperanzado Al-Arab por tal negativa, salió al encuentro de Carlomagno, que con su ejército acudía á Zaragoza, y refirióle lo acontecido; mas sus palabras no hicieron mella en el esforzado corazón del monarca (2).

Pocos días después, el ejército franco cercaba los muros de

(1) Dozy, *ut supra*.—Conde, *Historia de los árabes*.

(2) Dozy, *ut supra*.

Zaragoza. Varias veces intentó darles asalto, mas los sitiados opusieronle la más tenaz resistencia.

Llegó de pronto al campamento un mensajero de Ildergarda, que anunció la sublevación de los sajones al mando de Wit-kind. Carlomagno, creyendo conveniente acudir á la Germania, levantó el sitio y dirigióse á Pamplona, cuyos muros desmanteló (1). Recorrió la ribera del Ebro exigiendo á los wazires y walíes de castillos y ciudades pequeñas, rehenes y tributos. Retrocediendo, emprendió, para volver á la Galia, el mismo camino que le había dado entrada en España.

El día 15 de Agosto de 778,⁽²⁾ se hundieron los francos en el estrecho de Roncesvalles, que serpenteaba por un valle profundo, atravesado por torrentes rápidos, y ceñido de enormes, de altísimas, de tenebrosas montañas (X)⁽²⁾

Divididas en dos cuerpos marchaban las tropas francas á gran distancia unas de otras. El rey mandaba la vanguardia, que atravesó sin obstáculo las altas cimas de los Pirineos. En la retaguardia iban algunos condes y barones con los bagajes y los tesoros, botín de la expedición. Los vascos apostados en las laderas de Altabiscas y de Ibañeta, tan pronto como atravesaron la hondonada las tropas de retaguardia aplastáronlas bajo los enormes peñascos que sobre ellas lanzaron. Descendiendo luégo de las laderas, robaron los bagajes y se dispersaron rápidamente (3).

LA CONQUISTA DE LA LOMBARDÍA.—A mediados del siglo v de la era cristiana (568) los lombardos, guiados por su jefe Albuino, abandonando á los avaros la Panonia donde residían, se dirigieron á Italia; al atravesar la baja Germania, veinte mil sajones se les agregaron. Esta avalancha humana cayó sobre las regiones del Norte de la Península, estableciéndose en ellas, sin que los naturales del país opusiesen la menor

(1) Esta fecha fué descubierta por Dummier, en un pergamino que existe recóndito en la Biblioteca Nacional de Francia. En él se expresa que Eggiardo, senescal de Francia, murió en Roncesvalles *die 28 kalendis septembris*.

(2) Palabras textuales de la *Cancion de Rolando*.

(3) Dozy, *ut supra*.—Ghebart, *Historia de España*, tomo II.—Enghinar-do, Ann. ad anno 777-778.—Id. *Vit. Kar. Mag.*

resistencia. Para organizar feudalmente su conquista, Albuino tomó el título de rey y fijó su residencia en Pavía. Era tal la vitalidad de las instituciones políticas en la Edad Media, tan propicia á su desarrollo la atmósfera que la envolvía, que, en muy poco tiempo, alcanzó el nuevo reino el apogeo de la grandeza. Enriquecieron los lombardos con el comercio y la industria, y extendieron las fronteras de su reino por el Sud de Italia, de tal manera, que á mediados del siglo VI¹ sujetábase á su dominio toda la Península, á excepcion de tres ó cuatro puertos de mar de la Magna Grecia y del Exarcado de Rávena, guardado á la vez por las llaves de San Pedro y por el cetro de los emperadores de Oriente (1).

En el siglo siguiente surgieron graves disensiones entre Leon el *Isaurico*, emperador de Oriente, y el Papa Estéban II. A favor de ellas, Astolfo, rey de los lombardos, invadió el territorio de Rávena. El Papa Estéban, en su aislamiento y ante el peligro que le amenazaba, volviendo los ojos á Pepino el *Breve*, se fué á Paris á implorar la proteccion del expresado monarca que se la concedió generosamente. Ungido como á rey de los francos por el Papa, Pepino descendió con su ejército á Italia, y tras una corta campaña sitió á Pavía, en donde Astolfo se había encerrado. Estéban, carácter tímido y misericordioso, intervino entre los combatientes, firmando un convenio con Astolfo, por el cual éste se obligó á restituir á la Iglesia de Roma las fortalezas de que se había apoderado; mas apénas Pepino, á consecuencia de estos tratos, hubo levantado el sitio, Astolfo, olvidando sus promesas, taló los campos del Exarcado y puso sitio á Roma. Estéban imploró nuevamente el auxilio de los francos, y por segunda vez Pepino descendió á Italia. Como Astolfo le saliese al encuentro, derrotóle y despues de haber libertado al Papa sitió á Pavía, ante cuyos muros recibió á los embajadores de Constantino Cropanico, emperador de Oriente, quienes en nombre de su señor le mandaron que les entregase las fortalezas del Exarcado, reconquistadas por los francos. A tan ridícula demanda Pepino con-

(1) Pablo Diácono, *De gestis longobardorum*, tomo II.—Muratori, *Antigüedades italianas*. Disertacion 2.^a

testó que había tomado las armas por amor y veneracion á San Pedro, cuya Iglesia, por donacion que él le hiciera, era único dueño del Exarcado. El ejército franco entró en Pavía por capitulacion. Pepino, al regresar á Francia, remitió á Estéban el documento auténtico de donacion del Exarcado, origen del poder temporal de los Papas, cuya legitimidad ha sido, es y será probablemente, durante mucho tiempo objeto de vivos debates (1).

Murió Astolfo en 756, sin dejar hijos ni más pariente que su hermano Ratchis, monje de Monte-Cassino. Los nobles lombardos eligieron por rey á Desiderio, duque de Brescia, quien despues de haber aceptado la corona, hubo de sostener una larga lucha contra Ratchis, que abandonando su convento, se sublevó con sus numerosos partidarios, quienes combatieron denodadamente hasta que Estéban, cediendo á las súplicas de Desiderio, ordenó á Ratchis que se encerrase de nuevo en el convento de Monte-Cassino. Desiderio fué proclamado rey y, en cumplimiento de cierto voto que hizo cuando pretendía la corona, fundó, junto con su esposa Ausa, el monasterio de monjas de Santa Julia en Brescia, y nombró abadesa de él á Ausberga, su hija. Alcanzó Desiderio gran renombre por su buen gobierno; la antigua nobleza empero, acaudillada por los duques Albuino de Espoleto y Luitprando de Benavente, en 778, se levantó en armas, solicitando, sin que la obtuviese, la alianza de *Pepino el Breve*. Fácilmente venció Desiderio esta insurreccion, y consolidóse con ello su poder. A imitacion de su antecesor Astolfo, lanzó sus gentes sobre el Exarcado, de cuyas fortalezas se apoderó, regresando luégo á Pavía para celebrar solemnemente la ceremonia de investir con el poder real á su único hijo Adelchis, príncipe valiente en las lides, avisado en el consejo, en quien su padre idolatraba.

Gozó la Lombardía entónces un corto período de esplendor; frecuentados sus mercados, sus ejércitos numerosos, bien abastecidos los castillos que garantizaban su independenciam y respetado el nombre de su rey en el Occidente entero. Cir-

(1) Anastasio, *Bibliotheca*, tomo III.

cunstancias fueron éstas á las que atendió Berta al proponer á Desiderio una doble alianza, celebrando el casamiento de su hija Guisla con Adelchis y el de Carlomagno con Ermengarda, hija, como sabemos, del rey de los lombardos, que aceptó gozoso tal propuesta. Berta en persona fué á Pavía, llevóse á Ermengarda para conducirla, como la condujo, á Francia, donde con solemne ceremonia y grandes festejos celebróse el proyectado enlace. El de Adelchis con Guisla no se consumó por impedirlo la corta edad de la novia, que apénas rayaba en los trece años. Estos sucesos ocurrieron en el año 770 (1).

Entre Desiderio y la corte de Roma la aversion iba en aumento de cada día, y continuamente recibía la cancillería de los reyes francos cartas y más cartas, que eran otras tantas acusaciones contra el rey lombardo. En este sentido y en tono lastimero, escribieron Pablo I, sucesor de Estéban II, y Estéban III, que ceñía la tiara al acontecer los sucesos que vamos narrando. Apénas supo las tratadas bodas entre las familias reales de Francia y de Lombardía, escribió á Carlomagno una vehemente epístola censurándole porque contraía matrimonio con la hija del mortal enemigo de la Iglesia.

En 771 Carlomagno, á pesar de las lágrimas y de las súplicas de su madre, repudió á Ermengarda, y poco despues contrajo terceras nupcias con Ildegarda, de nobilísima estirpe sueva. La infeliz Ermengarda se encerró en el convento de Santa Julia, fundacion de su padre (2).

(1) Berta duxit filiam Desiderii regis longobardorum in Franciam. *Anales Nazarienses*, tomo V, p. 11 —Nativitas Guislanæ 757. Enghinardo, Ann.

(2) Hé aquí la version de Enghinardo sobre el repudio de Ermengarda: Cum matris hortatu filiam Desiderii regis longobardorum duxisset uxorem; incertum qua de causa, post annum, repudiavit, et Hildergardem de gente suevorum præcipuæ nobilitatis feminam, in matrimonium accepit. Vit. Kar. Mag., 18. El monje anónimo de San Gall afirma que Ermen-garda fué repudiada por estéril: «Quia esse clinica et ad propagandam prolem inhabilis; iudicii sanctissimorum sacerdotum relicta velut mortua. Rebus et gestis Caroli Magni p. 82.» Muratori niega tal aserto, y para probar la desaprobacion que mereció el injusto repudio de Ermengarda, refiere cómo el duque Adelardo, primo de Carlomagno, al ver que éste repudiaba á su legítima esposa para contraer ilícitas bodas con otra mujer, se metió monje, rompiendo toda relacion con la familia real. Muratori, *Anales de Italia*, año 771.

El Papa Adriano I^o sucedió en 772 á Estéban III. Desiderio trató de captarse la alianza del nuevo Pontífice, escribiéndole una afectuosa carta, en la cual solicitaba su amistad. Adriano contestóle que solía tenerla con todos los príncipes cristianos, pero no con un monarca que había faltado á las más solemnes promesas. A tal razon contestó Desiderio con la tala de los campos del Exarcado; empero, no cejando en su intento de aliarse con el Papa, propúsole á cambio de las fortalezas del Exarcado, ungiese como á reyes á los hijos de Carloman, que con su madre Gerberga residían en Pavía bajo la proteccion de la real familia lombarda. Preciso es confesar que por venir de un bárbaro, cual lo era Desiderio, la propuesta no dejaba de ser hábil. Rechazóla, no obstante, la habitual astucia de la corte de Roma, ya que Adriano, en vez de prestar oídos al rey de los lombardos, envió una embajada á Carlomagno, que en aquella sazón guerreaba con los sajones, denunciando los proyectos de su suegro, quien en su despecho reunió su ejército y pasó á sangre y fuego algunas ciudades del Exarcado.

Carlomagno desde Eresburgo, donde se encontraba, delegó en Albino, conde, en Jorge, obispo, y en Wulfardo, monje, el encargo de averiguar lo que ocurría en Italia. Los delegados, apénas hubieron llegado á la península, se enteraron de que las fortalezas del Exarcado no habían sido restituidas á la Iglesia. Requirieron en consecuencia á Desiderio para que cumpliera las promesas de su antecesor, á lo cual él se negó rotundamente. Los delegados, en compañía de Pedro, legado pontificio, fuéronse á Thionville, en donde invernaba Carlomagno, que por boca de ellos supo lo ocurrido! (1).

Entre tanto, los nobles lombardos andaban vacilantes entre distintas opiniones sobre la conducta que deberían adoptar si el rey de los francos declaraba la guerra á Desiderio; empero los más ilustres de entre ellos escribieron á Carlomagno, prometiéndole que si descendía á Italia con un fuerte ejército, harían traicion á su rey (2). Confiando en estas promesas,

(1) Anastasio, *Bibliot.* 181, 182 y 183.

(2) Sed dum iniqua cupiditate longobardi inter se consurgerent, qui-

Carlomagno celebró un Campo de Mayo en Ginebra, y en cumplimiento de los acuerdos tomados en él, declaró la guerra al rey de los lombardos, penetrando en Italia con un numeroso ejército.

En el Norte de la península, en mitad de la garganta del valle de Suza, alzábase un lugar fuerte llamado la *Cerca*, que consistía en una línea de castillos unidos entre sí por altos y fuertes murallones. Al tener Desiderio noticia de que su yerno descendía por los Alpes, corrió á encerrarse en la *Cerca* con su hijo y su ejército, llevado del intento de cerrar al enemigo el paso (1).

Carlomagno sitió el fuerte reducto, y durante muchos días intentó darle el asalto; mas sus esfuerzos se estrellaron contra la energía, la decision, la prudencia de Adelchis, que, paladin robustísimo, salíase diferentes veces extramuros con una maza de hierro en la mano, acompañado de algunos soldados escogidos para acechar á los sitiadores. Al mirarlos descuidados, caía sobre ellos con la rapidez del rayo, y machacándoles á diestra y siniestra, causaba en sus filas rapidísimos y sangrientos estragos (2). Ante semejante valor Carlomagno trató de levantar el sitio. Arribó, empero, á sus reales el diácono Martino, enviado de Leon, arzobispo de Rávena. Asombrado el rey, preguntóle cómo había podido llegar sin obstáculo hasta los reales francos; mas como Martino le explicase que sabía un camino ignorado, el cual franqueaba la entrada de Italia, abandonó el sitio y con lo más selecto de sus tropas púsose en marcha, guiado por Martino. Antes de partir embistió la *Cerca*, cuyos defensores hicieron una salida, siendo

dam ex proceribus longobardis talem legationem mittin Caroli Francorum regi, quantenus venerit cum valido exercitu, et regnum Italiæ sub sua ditione obtineret, asserentes, quia istum Desiderium tyrannum sub potestate ejus traderent victum. Crónica del monje anónimo de Salerno, que vivió en el siglo x. Tomo II, pág. 180.

(1) Anastasio, *ut supra*, pág. 184.

(2) Erat enim Desiderio filius nomine Algisus à juventute suis fortis viribus. Hic baculum ferreum equitando solitus erat ferre tempore hostili... Cum autem hic juvenis dies et noctes observaret, et francos quiescere cerneret, subito super ipsos irruens, percutiebat cum suis à dextris et à sinistris et maxima cœde prosternebat. Cronicon Novaliense. L. J. c. 10.

dispersados por el enemigo vencedor que penetró en el reducto abandonado (1). Desiderio encerróse en Pavía y el caballeresco Adelchis, protegiendo á Gerberga y á sus hijos, les condujo á Verona. Los nobles lombardos, ó se desbandaron formando con sus gentes partidas de bandoleros, ó se sometieron á Carlomagno; de entre ellos, los mejores acudieron á la defensa de sus ciudades y castillos. De este número fué Baudo, duque de Brescia, sobrino de Desiderio y hermano de Aswaldo, obispo de la propia ciudad. Desde sus muros, rechazó, valiente, las embestidas del conde Ismeno, general de Carlomagno; mas el pueblo de Brescia, no queriendo sufrir los horrores del sitio, y quejoso por otra parte de la tiranía de Desiderio, puso en manos del general franco al duque y al obispo (2).

Miéntas los ejércitos francos acampaban frente á frente de los muros de Pavía, la reina Ildegarda llegaba á los reales con gran séquito de damas, y su esposo emprendió un viaje á Roma, donde Adriano le recibió como á su libertador. Sólo dos dias permaneció el rey en la Ciudad Eterna, ya que le retardaba regresar á sus reales. Llegado que hubo á ellos, comenzó el asedio de Pavía, que duró desde mediados del año 773 á mediados del 774 (3).

Segun la leyenda, residía por aquel entónces en la capital lombarda Otjer denominado el *Danés*, por ser hijo de un rey de Dinamarca, cuyos embajadores insultaran á Carlomagno. Arrebatado de su país por los francos, fué conducido á la Galla en calidad de rehen, y como halló acceso en la córte, distinguióse entre todos por su valor y gallardía. El rey agradóse de él y le colmó de distinciones, entre las cuales no fué la menor la de nombrarle caudillo de la vanguardia franca que emprendió la expedición á España.

Añade la leyenda que cierto dia el hijo de Otjer y el primo-

(1) Hic (Leon), primus Francis Italiae iter ostendit per Martinum diaconum suum... et ab eo Karolus rex invitatus, Italiam venit. Angello, Pontifici Ravennae. Tomo II, pág. 177 (Escritor del siglo ix).

(2) Biemmi, *Historia de Brescia*, tomo II.

(3) Enghinardo, Ann. Reg. Franc., *ut supra* ad anno 773 y 774.

génito de Carlomagno estábanse en la gran sala de palacio jugando al ajedrez. Como á propósito del juego sobreviniesen disputas entre ambos, el príncipe franco mató á tablerazos al hijo de Otjer, quien para satisfacer su venganza allegó sus vasallos contra el rey. Fué vencido, y seguro que sería bien acogido por los lombardos, refugióse en Pavía (1).

El monje de San Gall refiere que durante el sitio de la expresada ciudad, Desiderio y el Danés estaban de observacion en la más alta torre del palacio real. Entre ellos entablóse el siguiente diálogo:

El rey lombardo, percibiendo en el campamento franco máquinas de guerra tan fuertes como las de Darío y de César, preguntóle á Otjer:

—¿Carlomagno está junto á estas máquinas?

—No, contestó el Danés.

—Veo cómo se adelantan compañías numerosísimas de soldados nacidos en las distintas regiones del imperio. ¿Es Carlomagno quien avanza triunfante entre esta multitud?

—No, contestó el Danés.

—¿Qué resolución tomaremos, pues, si llega con mayor número de soldados?

—Cuando se nos presente Carlomagno, le vereis tal cual es, repuso el Danés.

Miéntras pronunciaba estas últimas palabras, apareció el infatigable cuerpo de guardias. Desiderio, lleno de miedo, exclamó:

—¡Ay! Carlomagno llega.

—No, contestó el Danés.

—Despues de los guardias van llegando los condes, los obispos, los sacerdotes de la capilla real. Desiderio, que cree ver llegar la muerte, llorando, dice:

—Abandonemos este sitio; escondámonos en las entrañas de la tierra, léjos de las miradas de furor de tan terrible enemigo.

Otjer contesta:

—¡Oh rey! Cuando veais los trigos agitarse á impulsos de

(1) Otjer de Dinamarca, poema del siglo XII atribuido á Riambert apud.—Leon Gauthier, *Las epopeyas francesas*.

un viento tempestuoso, cuando contempleis el Po y el Tesino salidos de madre bañar el basamento de esta torre, y en sus ondas reflejarse el color del hierro, entónces Carlomagno aparecerá.

Apénas acabó Otjer de hablar, sopló el viento de Nordeste; el azul purísimo del cielo italiano cubrióse de sombras, entre las cuales se divisó el resplandor del hierro. Se adelanta Carlomagno, el hombre de hierro, las manos cubiertas con guanteletes de hierro, su potente pecho y sus anchas espaldas guardadas por una coraza de hierro, empuñando con su mano derecha una lanza de hierro. Debajo de su persona todo es hierro. El caballo que monta tiene el color y la fuerza férrea. Los que le preceden, los que le acompañan, los que le siguen van armados de hierro. El hierro cubre los campos, el hierro cubre los caminos, y es llevado por hombres cuyo corazón está tan endurecido como el metal. El resplandor del hierro, herido por el sol, aterra á los habitantes de Pavía, que corren por las calles gritando ¡Ah cuánto hierro, cuánto hierro! Así dice el monje de San Gall (1).

¡Magnífico retrato de Carlomagno! ¡Magnífica pintura de la Edad Media, cuyo hierro marcó con tal fuerza la Europa cristiana, que áun hoy se ven impresas en ella las huellas de la marca!

Los muros de Pavía cayeron derribados ante Carlomagno, ya que los ricos habitantes de la capital lombarda, temerosos de las fatales consecuencias que traería consigo la larga duración del sitio, presentáronse al vencedor, entregándole las llaves de la ciudad. Desiderio, cargado de cadenas, fué conducido al monasterio de Corbeil en Francia. Los nobles lombardos sometieron sin tardanza al rey, que al presentarse ante las murallas de Verona, fué recibido por Gerberga y por los hijos de Carloman, que imploraron su perdón; Adelchis, á favor de la oscuridad de la noche, pudo escapar de Pavía, ganó la costa, y se hizo á la mar en una nave griega que le condujo á Constantinopla, en donde permaneció cuatro años,

(1) Monje de San Gall, *ut supra*.

solicitando, en vano, del emperador de Oriente, naves y hombres con que conquistar la Lombardía; logró al fin ser atendido, y como con los griegos desembarcase en la península, en el primer combate que libró á los francos, fué vencido y muerto (1).

La rendición de la Lombardía debióse, no sólo al orgullo de Desiderio y á la tenacidad de la corte de Roma, apoyada y defendida por Carlomagno, sino tambien á las circunstancias políticas por las cuales entónces atravesaba la Italia, cuyos naturales, viviendo sujetos á la dominacion extranjera, confundían la causa de la Iglesia con la de su libertad. Los nobles y el pueblo lombardo coadyuvaron, por su parte, á la obra de Carlomagno, compitiendo entre sí en ser traidores. Adelchis sólo combatió por su padre. Si bien de sangre bárbara, asimilóse el temperamento que á los naturales de Italia caracteriza. Ardiente como ellos y apasionado, su existencia transcurrió entre perpetuas luchas, para concluir miserablemente, á diferencia de Wittikind, que supo doblar su cabeza al yugo para obtener el favor de Carlomagno. Durante la Edad Media el jefe sajón fué celebrado á porfía por juglares y trovadores; ninguno de ellos cantó á Adelchis, ya que el prestigio que obtuvo Carlomagno sumió en el olvido á su mortal enemigo. En nuestra época, en que la historia es justiciera, el inmortal Manzoni ha dedicado á Adelchis la más bella de sus composiciones dramáticas (2).

LAS ESCUELAS CARLOVINGIAS.—La figura de Carlomagno aparece ante la historia no sólo como caudillo victorioso, sino tambien como activo propagador del movimiento intelectual de su época. Aun mayor influencia que la que le cupo en la política alcanzó sobre la literatura de su época, pues al paso que admiraba el tesoro literario, legado del paganismo, apreciaba los beneficios inherentes á la cultura intelectual. Para hacerlo germinar en su patria hubo de luchar con obstáculos insuperables para otro que no hubiese sido él. En efecto, du-

(1) Cronicon de Moissac, folios 70 y 71.

(2) Manzoni, *Discurso sobre algunos hechos de la historia lombarda en Italia.*—Id., *Adelchi*, tragedia.

rante los desastrosos reinados de los últimos merovingios desapareció en la Galia toda cultura intelectual, puesto que apenas Cárlos *Martel* se hubo encargado del gobierno, los sarracenos invadieron los condados del Mediodía y los sajones salvaron la frontera del Norte. Cárlos *Martel*, personificación del valor bárbaro, venció á tan terribles enemigos, adquiriendo así el prestigio que allanó á su hijo Pepino el *Breve* el camino del trono; ignoraba, empero, completamente el arte de gobernar. La atención que tal tarea exige fatigaba su inteligencia que, por otra parte, no pudo nunca doblegarse al más leve cultivo. De ahí el desorden de su gobierno, durante el cual los sacerdotes concubinarios y simoniacos que poblaban la corte repartíanse entre sí los despojos de la Iglesia, arrumbados por los bárbaros, mientras un soldado oscuro, cubierto el vestido con el polvo de los combates y manchado con la sangre de innumerables víctimas, ocupaba la silla arzobispal de Mayenza. Los bienes de la rica abadía de Fontanella se invirtieron en el equipo de los hombres de armas que, en la frontera del Norte, combatían contra los sajones, y en los claustros de otros grandes monasterios, cuyos ecos sólo habían repetido hasta entonces el murmullo estudioso de los monjes, resonaron en aquella sazón con el piafar de los caballos de guerra, con el ladrido de los perros de caza y con los silbidos de escuderos adiestradores de halcones (1).

No es extraño en verdad, dadas estas circunstancias, que fuese extrema la ignorancia del clero. Los sacerdotes bautizaban á los niños: *In nomina Patria, Filia et Spirita Santa*, en vez de bautizarlos: *In nomine Patris, Filii et Spiritus sanctus* y en las letanías invocaban á los santos Oriquel, Roguel y Fobiquel, en vez de Rafael, Miguel y Gabriel (2). Deseosos muchos ladrones de comulgar, temiendo que, según uso y costumbre, se les obligase á entregar á los confesores, á cambio de la absolución, los objetos robados, confesábanse con sacerdotes errantes, que no comprendiendo el latín ni el francés, sólo hablaban el dialecto del pueblo donde habían nacido, y

(1) Ozanam, *ut supra*, p. 529.

(2) Potter, *Historia del Unitarismo*.

que recorrieron las comarcas vendiendo á vil precio la absolución de los pecados. Para atajar tamaños abusos reunióse una asamblea de prelados, en virtud de cuyos acuerdos se obligó á los sacerdotes á probar que comprendían el latín (1).

En esta triste época empero una agrupacion de hombres estudiosos salvaron las letras de la ruina que les amenazaba.

Tales fueron los monjes de San Aiman de Lobes, los de Murbach, los de San Emeran, quienes componiendo, con notas sueltas y apuntaciones descosidas, la historia de sus conventos, escribieron la de las comarcas en donde asentaban. En otras esferas de la erudicion brillaron tres escritores renombrados entónces, á saber: Crodegang, autor de un tratado sobre *Reglas para los canónigos*; Angelram, compilador de una coleccion de Decretales, y Ambrosio Aupert, que estudió el griego para poder interpretar las Sagradas Escrituras (2).

Pepino *el Breve* comunicó favorable impulso al renacimiento intelectual, admitiendo en sus Estados las colonias de monjes anglo-sajones organizadas por San Bonifacio, con cuyo auxilio reformó las costumbres del clero. Gregorio III, noticioso del celo que Pepino manifestaba, mandóle de Roma obras de gramática, de geometría y de liturgia, y al propio tiempo dispuso que los más distinguidos chantres de la capilla pontificia se trasladasen á la Austrasia, para instruir á los francos en el canto.

La mano violenta de Cárlos *Martel* no había cerrado por fortuna las escuelas de palacio, instituidas por los merovingios, que en el reinado de Pepino *el Breve* adquirieron gran incremento.

Las nobles familias galo-romanas de la Aquitania, cuya cultura era muy superior á la de los francos, solicitaban la merced de educar á sus hijos en las escuelas de palacio, en donde recibían enseñanza los vástagos de la nobleza franca.

Al igual de sus contemporáneos, Carlomagno estudió en

(1) Mabillon, *Vetera analecta*, tomo I, p. 682, *apud* Clerko.—*Epistolas* de San Bonifacio. Epist. XII.

(2) *Historia literaria de los Benedictinos*.

ellas, adquiriendo así la afición á la ciencia, que constituyó otro de sus rasgos característicos. Aun cuando su pericia militar fuese mayor que su erudición, es innegable que aprendió, en su ardor estudioso, los textos clásicos en la cátedra de Pedro Pisa y, con la ayuda de Alcuino, las artes liberales, principalmente la aritmética, la gramática y la astronomía. Llegó á hablar el latín con la propia elocuencia con que hablaba su lengua materna, y entendió el griego lo bastante á corregir, como corrigió, con acuerdo de los prelados congregados en el concilio de Francfort, la versión latina de los Evangelios. Durante su comida, un monje de extraordinaria elocuencia le leía fragmentos de la *Ciudad de Dios*. Hasta altas horas de la noche permanecía despierto en su habitación, ejercitando la pluma en el trazo de las letras caligráficas usadas en aquellos tiempos (1).

A su corte atrajo á Pedro de Pisa, al poeta irlandés Clemente, al teólogo Paulino de Aquilea, al bibliógrafo Leidrade, canónigo de Lion, á Alcuino, que fué, como veremos luégo, el iniciador de Carlomagno en las elevadas esferas de especulación científica. Su ambición literaria, empero, no se satisfizo jamás, como lo prueba una anécdota que trae Enghinardo: «Cierta tarde en que nuestro poderoso emperador se estaba paseando por las praderas de Heristal, rodeado de los sabios italianos, de los elocuentes monjes irlandeses y de los eruditos profesores anglo-sajones que pululaban por palacio, interrumpiendo por un momento su paseo, en un arranque de franqueza bárbara exclamó: «¡Qué sacrificio no haría yo para poseer en mi casa doce escritores que cada cual igualase en mérito á San Agustín ó á San Jerónimo (2).» Reprendióle por tan ambicioso deseo Alcuino, cuya virtud era pasmo de la corte. Nacido en Inglaterra, recibió educación literaria y religiosa en la escuela anglo-sajona de York, y al ordenarse de sacerdote llamó, por sus extensos conocimientos, la atención de los

(1) ...Scribere tentabat...sed parum prospere successit labor prox-postero ac sero inchoatus. Enghinardo, *Vit. Kar. Mag.*—Monje de San Gall, *ut supra*.

(2) Enghinardo, *Vit. Kar. Mag.*

prelados examinadores, quienes le mandaron á Roma para que perfeccionase sus estudios. En 781 regresó á Inglaterra y fué admitido ante la presencia de Offa, rey de los anglo-sajones, que le ordenó volviese á Roma á solicitar el *pallium* para el arzobispo Eanbal. Al volver á la Ciudad Eterna recorrió las principales ciudades de Italia, deteniéndose en Parma, donde accidentalmente residía Carlomagno. A la fama de su gloria acudió Alcuino, y presentósele, siendo recibido con suma consideración. La profunda mirada de Carlomagno, que así preveía las vicisitudes de una batalla como escudriñaba los más íntimos pensamientos de los que le rodeaban, vió que en Alcuino había hallado el instrumento de que necesitaba para realizar sus designios. Propúsole que le acompañase á Heristal, y Alcuino, acordándose de que en su juventud el sabio Egberto de York le predijo que en la Galia cumpliría una misión gloriosa, aceptó sin vacilar tal propuesta. En 789 fué á Inglaterra, portador de un mensaje para Offa, y cuando hubo desempeñado su cometido dirigióse á la Galia, preso el espíritu de incertidumbre y dudas, ya que ni sabía resolverse á abandonar para siempre su país, renunciando á la esperanza de envejecer en su querida celda de York entre sus pájaros y sus libros, ni tampoco se atrevía á desairar á Carlomagno, quien con persuasivas razones decidió al fin en su favor el combate trabado en el corazón de Alcuino, que vencido, establecióse definitivamente en la Galia, á condición de que se le permitiese residir en un monasterio en compañía de sus libros. El rey, accediendo á tal deseo, establecióle en la abadía de San Martín de Tours, donándole extensas tierras, cuya renta invirtió Alcuino en la fundación de escuelas y en cuantiosas limosnas.

Pobló la abadía de Tours de anglo-sajones, que ganosos de instruirse, acudieron en gran número á su invitación, fatigando la hospitalidad de los monjes francos que en la abadía moraban. El monje anónimo autor de la vida de Alcuino (1) refiere que cierta mañana, Aigulf, sabio anglo-sajon, fué á visitar á Alcuino. Como fuese visto por cuatro monjes francos

(1) Vita Alcuini apud Wright. Biografía anglo-sajona.

que estaban á la puerta de la abadía, uno de ellos exclamó: ¡Santo Dios! ¿Hasta dónde llegará nuestra paciencia? ¡Librad ¡oh Dios mio! nuestra casa de estos bretones que acuden, como las abejas al panal, á revolotear en torno del viejo Alcuino. Aigulf, instruido en todas las lenguas, comprendió el sentido de aquellas palabras y refirió lo acontecido á Alcuino, que para castigar á los cuatro monjes por tal desacato, les obligó á beber en honor de Aigulf sendos vasos rebosantes del vino colectado en los viñedos de la Galia meridional. El monje narrador añade que los monjes obedecieron las órdenes de Alcuino con presteza y contentamiento.

No poseía Alcuino la extensa erudicion de Beda, ni era tan profundo como Pablo Orosio; su estilo empero, perfeccionado con el estudio de los clásicos romanos, abundaba en riqueza y elegancia, como San Paulino de Nola sentía el clasicismo, ya que así lo prueban los siguientes apelativos que da á las ciencias en una de sus cartas á Carlomagno: «Procuró á mis discípulos la miel de las Escrituras, el vino de la ciencia antigua, los frutos de la gramática, la antorcha de la filosofía (1).»

Apasionado por las bellas formas literarias, corregía los manuscritos y restablecía los textos alterados, uniendo á la par la erudicion del gramático y el sentimiento del artista. Muestra sobrada dan de su erudicion y talento la Biblia corregida que regaló á Carlomagno en la fiesta de su coronacion, y la obra titulada: *Las siete artes liberales*, imitacion de *Las Etimologías* de San Isidoro, cuyo libro fué, como es sabido, el ideal de cuantos eruditos florecieron en la Edad Media.

No sólo perfeccionó Alcuino la educacion de Carlomagno, cooperó además á la reforma de las escuelas de palacio, coadyuvado por Pedro de Pisa y Pablo Diácono, gran gramático aquél, célebre helenista éste, que enseñó el griego á la princesa Radegunda, prima de Carlomagno y prometida esposa de Constantino VII, emperador de Oriente. Estos tres autores difundieron el conocimiento de las artes liberales, esto es: la gramática ó las lenguas clásicas, la aritmética, la geometría ó

(1) Alcuino, Epistola, edicion Froben.

la geografía, la astronomía, la música ó el ritmo; no sólo musical sino prosódico (1).

El monje de San Gall cuenta cómo Carlomagno, al regresar de sus cacerías entrando en las escuelas de palacio, escuchaba atentamente á los chantres y distribuía á cada cual la reprobación ó el elogio debido á sus merecimientos. Alcuino nos le presenta estudioso en biblioteca, inspeccionador en las escuelas y lleno de mesura y dignidad al presidir la Academia constituida por los poetas y eruditos de palacio (2).

Aun cuando la afectación y el pedantismo informasen las obras de estos autores bárbaros, henchidas de enigmas y sutilezas, es indudable que conservando las tradiciones literarias de la antigüedad clásica, originaron las literaturas francesa, italiana y alemana.

EL IMPERIO DE CARLOMAGNO.—Las victoriosas campañas de Sajonia, la conquista de la Lombardía, no sólo fueron debidas á la pericia militar de Carlomagno, sino también á su genio político, inspirado en la convicción de que su poder no se consolidaría si preferentemente no dedicase su espada á defender los intereses de la Iglesia, originada de los lazos amistosos que de antiguo existían entre el papado y los reyes francos.

Ante la estolidez, ante la impericia de los emperadores de Oriente que abandonaban la Italia á los bárbaros, los Pontífices que en aquellas difíciles circunstancias ocuparon la silla de San Pedro, viéronse obligados á buscar un protector donde le encontrasen. Llevado de tal mira, Gregorio VII confirmó á Carlos *Martel* el título de patricio, romanizando al rudo franco para interesarle en los asuntos de Roma; igual conducta siguió Estéban II al ungir á Pepino el *Breve* por rey de los francos, sin que aquél ni éste obtuviesen de los príncipes de Heristal el apoyo decidido del cual necesitaban. Carlomagno, ambicioso y activo, aceptó resueltamente la misión que sus predecesores desdeñaran. Sus expediciones guerreras

(1) In discenda gramatica Petrum Pisanum gramaticum senem audivit. Enghinardo, *ut supra*. Tiraboschi, *Storia*, 85, lib. 3, c. 3.

(2) Alcuino, *id.*

demuestran con cuánta habilidad llenó su cometido, luchando á la vez con los sajones, enemigos de las doctrinas cristianas, y contra los lombardos, expoliadores del poder temporal de los Papas. Condújose en ambas guerras con el ardor de un cruzado, anticipándose al siglo xi en la manifestacion del más exaltado sentimiento religioso que experimentó la humanidad en la Edad Media. Afirmó además el catolicismo en sus propios Estados, como lo prueban las capitulares promulgadas en los cuarenta Campos de Mayo que presidió, conformes en un todo á las doctrinas de Roma. Su respeto por los Santos Padres pónese de relieve en la Capitular 804, donde dirigiéndose á los prelados, dice: «Solicitamos vuestra subiduría ¡oh pastores del ganado de Cristo! ¡oh esplendentes luminaires del mundo! Por esto hemos unido á las presentes leyes artículos sacados de los cánones de los Santos Padres.» Y á renglon seguido cita cincuenta y cinco pasajes copiados textualmente de las actas de diversos concilios (1).

La Iglesia franca poseía inmenso poder en el órden religioso; en el temporal, empero, su influencia estaba limitada por la enérgica mano de Carlomagno que colocó, al lado del *Missi Domini* obispo, el *Missi Domini* conde, cuyo modo de ver era, en los más de los casos, adoptado por el rey (2).

La mision de Carlomagno fué proclamada en el dia solemne de su coronacion como emperador de Occidente. Para comprender tan grande acontecimiento es preciso recordar los antecedentes que lo explican, cuyo origen se remonta al siglo iv de la era cristiana.

A 17 de Enero del año 395 falleció en Milan el emperador Teodosio. Sus hijos Honorio y Arcadio tomaron posesion, por mitad, de la herencia de su padre, correspondiendo el Occidente al primero y el Oriente al segundo, que estableció su residencia en la reina del Bósforo, en la perfumada Bizancio, fundacion de Constantino *el Grande*, rodeándose de la pompa que en la antigüedad distinguió á los monarcas orientales. «En la corte de Constantinopla los títulos de Eminencia,

(1) *Capitulares*, edicion Balure.

(2) Guizot, *Historia de la civilizacion en Francia*.

de Alteza, de Reverencia, prodigábanse á los más bajos y viles de entre los cortesanos, y el Imperio, cual si fuese un dominio privado, fué legado, sustituido, donado á las mujeres, á los hijos, á los yernos de los emperadores. Para contribuir al enriquecimiento de la familia imperial, el Oriente se extenuaba bajo el peso de una tributacion inmensa, de la cual sólo estaba exenta Constantinopla como á premio de la degradacion en que sus hijos se hallaban sumidos... (1).

Arcadio fué el tronco de una raza de príncipes débiles y presuntuosos, que mataban las horas de fastidio entregándose á excesos sensuales y á disputas sobre cuestiones teológicas con los corrompidos prelados de la corte. En menosprecio del imperio de Occidente, creíanse dueños del mundo romano, asolado entónces por las hordas bárbaras del Norte; su arrogancia subió de punto despues que Alarico con sus visogodos hubo tomado por asalto á Roma, rematando al imperio de Occidente. A consecuencia de este acontecimiento, los sucesores de Arcadio tituláronse únicos señores del imperio romano, y durante dos ó tres siglos dispusieron, á su sabor, de los Estados occidentales, tratando como á súbditos á sus príncipes (2), lo cual no parece extraño si se recuerda que los bárbaros, en su admiracion inconsciente por la grandeza del imperio romano, creyeron que Constantinopla era la genuina representacion de la antigua Roma.

Para manifestar su superioridad, los emperadores de Oriente enviaron á los reyes merovingios el manto de púrpura, la clá-

(1) Agustin Thierry, *Diez años de estudios históricos*.

(2) El monje de San Gall refiere á este propósito la siguiente anécdota: En el año 785, Carlomagno envió embajadores á Constantinopla para que anunciaran la sumision de la Sajonia. Al ser admitidos ante la presencia del emperador, éste dirigió al jefe de la embajada la siguiente pregunta:

—El reino de mi hijo Carlomagno, ¿está en paz?

—Señor, repuso el embajador, mi poderoso amo ha sostenido una encarnizada guerra contra los rebeldes sajones.

—¿Y por qué razon mi hijo malgasta sus fuerzas en combatir á enemigos débiles? Oye, te regalo la Sajonia con cuanto ella contiene.

Cuando supo esta ocurrencia Carlomagno, riendo dijo al embajador: Te hubiera hecho mucho más rico si te hubiera regalado unos calcetines de viaje.

mide y la diadema, confiriéndoles la dignidad de patricios, que fué ratificada en la persona de Cárlos *Martel* por el Papa Gregorio III quien al saludarle con el título de Augusto, no sólo trató de granjearse el apoyo de los francos, sino también de conceder á la familia de Heristal cierta supremacía sobre los demás príncipes occidentales. Lo mismo que este Pontífice, sus inmediatos sucesores acariciaron la idea de restablecer con el apoyo de los reyes francos el imperio de Occidente, cuya caída, al causar dolorosa impresion en la Europa cristiana, había inspirado á San Agustín las más selectas páginas de la *Ciudad de Dios*.

A la realizacion de tal plan contribuyó sin sospecharlo Leon el *Isaurico*, soldado brutal que en el año 717 se apoderó por sorpresa del trono de Oriente. Protector decidido de los herejes iconoclastas, en vez de atender á los ruegos de Gregorio II defendiendo la Italia de las excursiones de los lombardos, dirigió á Italia una armada para apoderarse de los puertos de mar del Exarcado. En vano Gregorio le escribió una carta condenando su conducta; Leon amenazóle con enviar emisarios á Roma para que destruyesen las imágenes de San Pedro y de San Pablo, objetos de devocion á los ojos de los romanos, y sin cejar en su intento, puso su armada á vista de las costas de Italia.

Los romanos emperero, despues que el Papa hubo invocado inútilmente el auxilio de Cárlos Martel, se sublevaron contra el emperador, obligando á la armada imperial á ahuyentarse de las costas de Italia (1). Roto entónces el flojo lazo que ataba la Iglesia romana con el imperio de Oriente, los sucesores de Gregorio II no contaron con más apoyo que el de los reyes francos. Pepino prestólo desinteresado al Papa Estéban II, y Adriano II pagó á Carlomagno, no sólo la deuda de agradecimiento por su antecesor contraída, sino también la suya propia.

Durante la Semana Santa del año 774, Carlomagno, dejando su ejército ante los muros de Pavía, encaminóse á Roma

(1) Conde de Segur, *Historia del Bajo Imperio*. — Pablo Diácono, *ut supra*, lib. VI.

acompañado de su guardia de honor. Sabedores los patricios de su llegada, salieron á recibirle con el ceremonial con que eran recibidos los emperadores. El pueblo agolpóse en las puertas de la Ciudad Eterna entonando himnos en loor de Carlomagno, que descendiendo de su caballo de guerra dirigióse al Vaticano, y subió de rodillas la inmensa escalera de San Pedro. Adriano, rodeado de cardenales y obispos, le esperaba en el postrer peldaño y le recibió en sus brazos, mientras los chantres de la Capilla Pontificia, al són de melodiosos instrumentos, entonaban el versículo: *Benedicti qui venit in nomine Domini*. El numeroso séquito del rey, los obispos, los abades, los condes, los barones, despues de saludar al pontífice, besaron la estatua de San Pedro. A la mañana siguiente, Carlomagno, revestido de las insignias patriciales, falló las causas de los ciudadanos á tenor de las constituciones de los emperadores romanos. Llegada la noche, regresó al campamento de Pavía (1).

Dado este su primer paso hácia la realizacion del plan que abrigaba, mantuvo activa correspondencia con Adriano, quien le prodigó los más grandes elogios, como lo demuestra entre otros, la carta en verso en la cual dióle los títulos de defensor de la Iglesia, vencedor de los lombardos y de los hérulos, destinado á hollar los pueblos enemigos de la fe. En otro pasaje el Papa consignó sus predicciones: « El obispo de Cristo os predice prolongados triunfos, la diestra de Dios os asiste y Pedro y Pablo combaten á vuestro lado » (2).

A tan exaltadas y lisonjeras frases, Carlomagno respondía en términos precisos que manifestaban claramente el objeto de la mision que se proponía realizar; esto es, junto al Papa, que es el derecho, ser el Emperador, que es la fuerza; ser la espada que corta lo que la palabra ha desatado; dominar apoyado, á la vez, en los principios del derecho romano y en las doctrinas de los Santos Padres, sobre las conciencias individuales y sobre la organizacion política y social, y establecer,

(1) Annales Metenses, ad anno 741.

(2) Anastasio, *ut supra*, in Adriano.

por último, con estas bases el imperio universal, el Sacro, Cesáreo, Católico imperio germánico, como lo denominó la Edad Media (1). Adriano contestóle ofreciéndole el título de emperador, y con él la consagración del poder que ambicionaba. Cinco años después Roma fué teatro de una escena tan extraordinaria como significativa.

Amanecía la aurora de la Pascua de Navidad del año 800, cuando en la ancha plaza que sirve de peristilo á la basílica de San Pedro juntóse gran multitud de pueblo á esperar la hora en que se abrirían las puertas del templo. Cuando, tras largo esperar, pudo penetrar en él, vió á Carlomagno y á sus nobles arrodillados ante el altar. El pueblo fué llenando la inmensa nave de la basílica, mientras bajo preeminente solio, colocado en el presbiterio, tomaba asiento el Papa Leon III, sucesor de Adriano II. Empezaron los divinos oficios, y terminado el Evangelio, el Papa, descendiendo de su trono acompañado de la corte pontificia, llegóse á Carlomagno, que aún permanecía arrodillado, y elevando entre sus manos la corona imperial que cuatro diáconos le presentaron, ciñó con ella las sienes del rey de los francos. Los prelados, los condes, los magistrados, el pueblo, exclamaron al punto: ¡Salve, oh Carlos Augusto, coronado por Dios grande y pacífico emperador! ¡Salve! ¡Que Dios te conceda largos años de vida y victorias sin cuento! El eco de estas exclamaciones, que celebraban la alianza entre la Iglesia y el Estado, resonó por los ámbitos de la Europa occidental (2).

En la Capitular promulgada en Aix-la-Chapelle durante el mes de Marzo de 802, usó Carlomagno, por primera vez, los títulos de emperador romano, defensor de los Santos Cánones, rey de los francos y de los lombardos. Estos títulos entrañan, en verdad, la expresión de los elementos morales que constituyeron su personalidad, esto es, el elemento romano, en virtud del cual su corazón codicioso latía por ejercer el poder absoluto sin traba ni restricción; el elemento católico,

(1) *Caroli ad Hadrianum* p. p. ad anno 775. *Epístolas de Carlomagno* coleccionadas por dom. Bouquet.

(2) Enghinardo, *Vit. Kar. Mag.*

engendrador de la creencia que en su poder debía necesariamente apoyarse en el de la Iglesia católica, apostólica, romana, y el elemento bárbaro, que al paso que impulsó su valor militar, inspiróle respeto á las tradiciones germánicas. A estos tres elementos, dirigidos por su enérgica voluntad, deben atribuirse su grandeza y el prestigio que alcanzó. La extensión de su imperio fué inmensa: la Galia, la Germania, la Italia acataron su poder; el rey de Astúrias, los *clans* de Irlanda, los duques de la Vasconia Gala, los condes de la Galia Gótica, le prestaron vasallaje, y mientras Irene, emperatriz de Oriente, le ofrecía su mano para juntar bajo un mismo cetro los imperios oriental y occidental, el califa abbasida de Bagdad, Haroum-al-Raschid, le mandaba en prenda de alianza las llaves del Santo Sepulcro. Asombrosa fué su actividad: adalid valiente, político consumado, legislador incansable, atendió tanto al progreso intelectual de sus súbditos como á la prosperidad material de su imperio. Restauró los principales puertos de la Galia, aumentó su marina y concibió el gigantesco proyecto de unir por medio de un canal el Rhin con el Danubio.

Murió Carlomagno en Aix-la-Chapelle á 28 de Enero de 814, pocos días después de haber cumplido la edad de setenta y un años. En su testamento nombró á su hijo único, Ludovico, asociado anteriormente al imperio, heredero universal de sus dominios, excepción hecha de la Lombardía, que legó á Bernardo, su hermano natural.

Vestido de monje, ceñida la cabeza con la imperial corona romana, la real diadema franca y la férrea corona lombarda, fué sepultado en la tumba vieja de la catedral de Aix-la-Chapelle, en cuya tumba se grabó el siguiente epitafio (1):

Aquí yace Cárlos, grande y ortodoxo emperador. Reinó gloriosamente. Extendió el imperio de los francos por los ámbitos de la tierra (2).

(1) Id.

(2) Petrarca, en la tercera epístola de su primer libro, describe la tumba de Carlomagno en los siguientes términos: Vide Aquensem Caroli sedem et in templo marmoreo verendum barbaris gentis sepulcrum.

La obra realizada por él á costa de tantos afanes no le sobrevivió. Su momia embalsamada se conserva intacta todavía: apénas él hubo cerrado los ojos, las naciones reunidas bajo su cetro comenzaron á disgregarse unas de otras, separándose por completo al ocurrir en 846 la muerte de su sucesor Ludovico *Pio*. Los pueblos occidentales emprendieron entónces la prolija tarea que tuvo por objeto la elaboracion del feudalismo. La Iglesia, salvando las justas vallas que Carlomagno le impuso, estableció en Europa el régimen teocrático, atribuyendo á su jefe el poder absoluto que, durante los siglos medios, ejerció, no sólo sobre los príncipes, sino tambien sobre las conciencias.

Esta es la suerte de los imperios fundados con la fuerza: constitúyense laboriosamente; existen grandes y respetados durante un período de tiempo más ó ménos largo; húndense rápidos en la eternidad.

PEDRO NANOT RENART.





LAS CAPITULACIONES

DE

FRANCIA Y TURQUÍA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

EL imperio de los turcos en Oriente se fundó y se ha conservado hasta nuestros días por la mala política de las naciones cristianas. Ahora mismo, ni siquiera se cumplen escrupulosa y lealmente las cláusulas del tratado de Berlín, porque Inglaterra protege á la Sublime Puerta, porque Francia y Alemania no pueden caminar estrechamente unidas, porque Rusia no atiende los legítimos intereses y las justas reclamaciones de Grecia. Hace algunos siglos el César Carlos I no pudo contener los progresos de las armas otomanas, porque el rey cristianísimo estaba ligado al sultán con pactos de alianza ofensiva y defensiva, porque desde París se lanzaban los ejércitos turcos contra Hungría y se alentaba á los piratas berberiscos contra España. La diplomacia y los príncipes del viejo mundo en este asunto de las relaciones con Oriente, han pospuesto siempre á los intereses exclusivos de un pueblo ó de una dinastía, los intereses generales de la civilización y del derecho. El resultado de ese gravísimo yerro pesa todavía sobre nosotros. La con-

servacion del imperio otomano en la península greco-eslava, es al presente una causa viva de perturbaciones y discordias para Europa. De allí han surgido hace muy poco tiempo temores fundados de una conflagracion general, de una guerra que bien pudiera renovar los horrores que no hemos visto reproducidos desde comienzos del siglo, y que tanto han contribuido á retrasar la prosperidad de los pueblos y el imperio de la libertad.

El origen de tantos males ó el más importante de todos los hechos que han contribuido á engendrarlos por lo ménos, está en las famosas capitulaciones del siglo xvi. Trabajos recientes de La Guerronnière y de Pradier-Foderé que examinaremos, han traído de nuevo ese tema al debate, que no es inoportuno, porque la cuestion oriental ha vuelto á plantearse en términos que permiten esperar dentro de un plazo relativamente corto soluciones definitivas. Conviene, pues, que recordemos lo que fueron aquellos tratados y el influjo que han tenido en la historia de la Edad moderna. Para nuestro país tiene esta polémica un interes señalado y particularísimo. Las capitulaciones son un episodio de la legendaria querrela de un rey español y un rey frances. Se pactaron contra la cristiandad y contra los intereses de Europa en último término, pero ante todo por dañar nuestra prosperidad y nuestra grandeza tan envidiadas en aquellos dias. Las capitulaciones, son pues, una de las causas de la decadencia de España. De su estudio, como de otras consideraciones se deduce, y nuestro actual interes lo confirma, que la política histórica, tradicional y conveniente, que debemos seguir siempre que intervengamos en estos complicados problemas, no es, segun piensan muchos ahora, la política de Inglaterra empeñada en conservar los últimos restos del imperio de Mahomet en la península de los Balcanes, sino la política que trata de borrar definitivamente de Europa esa mancha horrible y de extirpar de las relaciones internacionales de los pueblos cristianos esa causa de desunion y de discordia.

Los partidarios de las capitulaciones, teniendo en cuenta que reportaron ventajas notorias al comercio y á los intereses religiosos de los cristianos que habitaban en la península de

los Balcanes, como súbditos del sultan ó como nacionales de otras potencias europeas, han tratado de justificarlas. No hemos de negarnos á considerar que bajo este punto de vista merecen menor censura, ni aún que produjeron algunos bienes; pero esos bienes ¿compensan los males que debe Europa á su sentido y á su alcance político? Esos bienes ¿no habrían podido obtenerse á costa de males menores? Del relato sucinto de los hechos resultará la respuesta á estas preguntas que encierran y compendian toda la cuestión en cuyo exámen vamos á ocuparnos.

I.

Las primeras capitulaciones entre la Puerta y la corte de Francia se pactaron en la época floreciente del imperio otomano, en el reinado de Soliman el *Magnífico*. Heredero de Selim en 1520, tocóle gobernar los vastos dominios que su padre le legara en una época perturbada para Europa, como no lo habían sido muchas ántes de ese período, en el siglo de Carlos V, de Francisco I, de Leon X, de Enrique VIII, en una época en que comenzaban las guerras que iban á fundar el equilibrio internacional de la Edad Moderna; en una época señalada por altos hechos, por el esplendor del Renacimiento, por la Reforma, por el descubrimiento de América, por la fundacion del vasto imperio colonial, por la muerte del feudalismo, por la concentracion del poder político en la Monarquía, en una época de guerras sin término, verdadera crisis de la humanidad y de la historia. Triste es declararlo; pero cuando se estudia bajo este aspecto aquel período, más hay que lamentar la ceguedad de soberanos y de pueblos, que aplaudir en ellos discrecion y buen sentido. Comparándolo con el anterior, en lo que se refiere á la cuestion de Oriente, se echa de ménos el generoso espíritu que levantó las cruzadas y aquel sentimiento de solidaridad que animaba á todas las potencias de Europa contra el turco. Las luchas del siglo xvi afirmaron la media luna sobre el Bósforo, y ya veremos como

surgen de ellas fuerzas y garantías para el imperio otomano, que aún subsisten y aún se invocan.

Apénas subió al trono el nuevo Padischah, envió un comisionado á los húngaros reclamándoles el pago del tributo anual. Los húngaros le condenaron á muerte. Soliman marchó sobre Belgrado y se apoderó de esta ciudad, que constituye una posicion muy importante para el imperio otomano y para Hungría (1521).

Selim murió cuando se aprestaba contra Rodas. Su hijo continuó disponiendo la empresa. En 1522 atacó la isla. Defendiéronla sus caballeros heroicamente durante cinco meses, y al cabo, rendida, se la entregaron. La conquista costó á Turquía 180.000 hombres.

La célebre rivalidad de Cárlos V y Francisco I estallaba entre tanto. Francisco I fué vencido y se consideró roto el equilibrio europeo. Francisco I apeló para restablecerlo en beneficio de su corona y de su patria á todo género de alianzas. Por su inmenso poder, por su fuerza, por su proximidad á Alemania, ninguna era tan digna de ser solicitada como la del Padischah. ¿Concibió el soberano frances esta idea en Madrid, llevado del despecho, en su triste prision de la casa de los Lujanes? ¿Se la inspiró su madre Luisa de Saboya á quien debió tambien aquel caballeresco monarca una de las más terribles contrariedades que amargaron su existencia, la felonía del condestable de Borbon? ¿Le aconsejó que la realizara el canciller Duprat? No es necesario esclarecerlo, ni nos incumbe investigarlo. A fines de 1525, del año mismo en que tuvo lugar la rota de Pavía y la prision de Francisco, un gentil-hombre húngaro llamado Juan Frangipani llevó á Soliman una humilde carta del rey de Francia. Suplicábale que atacara al rey de Hungría con el objeto de atraer hácia aquel lado una parte de las fuerzas de Cárlos V y facilitar así las operaciones de las tropas francesas. «Nosotros, terminaba la carta de Francisco, seremos en lo sucesivo el servidor obligado del gran emperador señor del siglo.» Lavallée desliza la insinuacion de que ántes de esta época había solicitado Cárlos V el apoyo de Soliman. No aduce hecho alguno en apoyo de su infundada demostracion. Michelet en su *Compendio de Histo-*

ria Moderna al juzgar estos hechos, y por ellos la conducta de ambos héroes, Cárlos y Francisco, coloca á aquél en un lugar más alto y reconoce que jamás hizo traicion á su noble empeño de defender la cristiandad.

Hé aquí los términos en que contestó Soliman al rey de Francia:

«A tí Francisco, rey del país de Francia.

»Habeis enviado una carta á mi Puerta, asilo de los soberanos, por vuestro fiel agente Frankipan, le habeis encargado que me haga algunas manifestaciones verbales; habeis hecho saber que el enemigo se ha apoderado de vuestro país, que sois su prisionero y que habeis solicitado aquí asilo y socorros para libertaros. Todo cuanto habeis dicho ha sido expuesto al pié de mi trono, refugio del mundo; mi ciencia imperial lo ha analizado en sus pormenores y he adquirido completo conocimiento del asunto.

»No es maravilloso que los emperadores sean derrotados y quedén prisioneros. Tened valor y no os dejeis abatir. Nuestros gloriosos é ilustres antepasados (que Alah ilumine sus sepulcros) jamás se dieron tregua en la tarea de hacer la guerra para rechazar á sus enemigos y engrandecer el Imperio. Nosotros hemos continuado su obra; hemos conquistado en todo tiempo provincias y fortalezas inexpugnables; de dia, de noche ceñíamos espada y oprimía la montura á nuestro caballo.

»¡Qué el altísimo Alah procure la realizacion del bien!... Interrogad á vuestro agente acerca de los asuntos que me ha consultado y de las noticias que os lleva, y quedareis enterado de cuanto os interesa. Sabedlo así.

Escrito etc., Constantinopla 15 de Febrero de 1526.»

De esta manera se dió el primer paso para la alianza del imperio otomano y la nacion francesa, que ha sido un hecho importantísimo en la historia, un hecho que contribuyó en primer término á la decadencia de la casa de Austria, al engrandecimiento de Francia y á la conservacion del imperio otomano. Cuando fué conocida, estalló en formidable clamor la indignacion de la Europa cristiana. Pocos políticos tienen como La Guéronnière el mal gusto de defenderla. Ciertamente que

un bonapartista, partidario de ese régimen, aliado á la compañía de Jesús por el misticismo de una dama preocupada, y á la internacional roja por las simpatías del príncipe Gerónimo, harto puede defender vínculos que siquiera se explican por los intereses nacionales y por las necesidades que su difícil posición habían creado á Francisco I.

Hasta sus propios súbditos acogieron con escándalo la conducta del monarca frances. Un embajador veneciano, del que habla Ranke, citado por Rolin Jacquemyns, declara que «esta amistad no le parecía exenta de infamia (*par che sia d'alcuna infamia*), y que ellos no podían oír sin abochornarse el relato de las crueldades cometidas por los osmanlís en todas las costas de Europa ménos en las de Francia.» Apresurémonos á añadir, dice Rolin, que los franceses en diversas ocasiones han disculpado aquella falta de su política exterior con la protección individualmente asegurada en el imperio turco á los cristianos de todas las naciones, protección formalmente concedida por las capitulaciones de 1535 (de que más adelante hablaremos), y renovadas y aún ampliadas posteriormente con cláusulas relativas á los Santos Lugares y al clero católico.

Pero estas reservas, ineficaces en la práctica casi siempre, no justifican el hecho de que tratamos, que fué, en el fondo, indigno de un príncipe cristiano, y en la forma, una humillación escandalosa del decoro nacional.

Francisco I, que era una especie de caballero andante, un héroe de la Edad Media, y que tenía algo de novelesco y mucho de generoso y de apasionado, negó, lleno de rubor, aquella amistad; pero su negativa fué muy pronto desmentida por los hechos. Soliman, en sus instrucciones verbales al emisario del rey de Francia, le había manifestado que accedía á la solicitud de éste. No se firmó por ambos un tratado, porque las tradiciones no permitían al descendiente del Profeta pactar alianza alguna con los cristianos.

En la primavera de 1526, Soliman, al frente de un ejército de 100.000 hombres, invadió la Hungría por Belgrado, apoderándose de Peterwardein, ciudad de la Esclavonia, situada en la margen derecha del Danubio. Hacia los últimos días de Agosto llegó á la meseta de Mohacz, donde le esperaba con

un ejército de 26.000 hombres el rey de Hungría, Luis II. Dos horas duró la batalla. El ejército húngaro fué destruido; su rey desapareció en la pelea, y la nación perdió su independencia, quedando sometida al turco.

Las tropas de Soliman se extendieron por el país llevándolo todo á sangre y fuego, talando los campos, incendiando las ciudades, asesinando á los habitantes. El número de víctimas que su crueldad ocasionó se eleva á 200.000. Hungría quedó convertida en un vasto y estéril desierto. Soliman regresó á Constantinopla llevando consigo un inmenso botín y un ejército de esclavos, despues de haber ofrecido á los magnates húngaros nombrar rey de Hungría á Juan Zapoly, vaivoda de Transilvania. Pretendiólo al mismo tiempo Fernando de Austria, hermano del emperador. En 1527 éste y su rival apelaron á las armas. Zapoly fué vencido é invocó el auxilio de Soliman que le prometió de nuevo llevarlo al trono de Luis II.

No era este el único motivo que le impulsaba á activar nuevamente la guerra de Hungría (que había continuado, asegurándole la posesion de la Bosnia, la Croacia y la Dalmacia). Francisco I estaba descontento de su resultado, favorable en último término á la casa de Austria, y más descontento aún porque habían adquirido publicidad extraordinaria sus inteligencias con Soliman, y Carlos lo había denunciado como traidor á la cristiandad, originándose en esto el reto personal que le dirigió el rey de Francia. Envió, pues, al Padischah una segunda embajada cuyo objeto oficial, aparente, ostensible, era obtener ventajas para los cristianos, y cuyo objeto privado era, sin duda alguna, obligar al sultan á que de una manera más activa auxiliase los proyectos de Francisco.

Respondiendo al primero de estos objetos, Soliman escribió al monarca frances esta carta que es curiosa por más de un concepto.

«A ti, Francisco, bey del país de Francia. Has enviado al palacio de los sultanes y á mi Puerta de felicidad, que es el Oriente de la buena fortuna y el lugar en que vienen á besar los labios de los reyes y de los príncipes, una carta en la cual hablas de una Iglesia perteneciente de largo tiempo atras á los cristianos de Jerusalem, convertida en mezquita. Conozco exac-

tamente los pormenores de todo lo que dices á ese propósito. La amistad y el afecto que existen entre mi gloriosa majestad y tú, hacen admisibles tus deseos cerca de mi persona, fuente de dicha; pero este asunto no es análogo á las cuestiones de dominio y de propiedad porque se refiere á nuestra religion.

»Por el santo mandato del altísimo Alah, creador del mundo y bienhechor de Adam; por la ley de nuestro profeta, sol de ambos mundos, esta iglesia es desde hace mucho tiempo una mezquita donde acuden los musulmanes á rezar su oracion. Es contrario, por otra parte, á nuestra ley que un lugar que lleva el nombre de mezquita, consagrado para la práctica de nuestras ceremonias religiosas reciba en ningun tiempo destino diferente. Aunque la ley autorizase tu demanda, no podría ser favorablemente acogida por nosotros. Los otros lugares distintos de la mezquita continuarán en poder de los cristianos. Nadie bajo nuestro equitativo reinado molestará á los que habitan en ellos.

»Vivirán tranquilos bajo nuestra proteccion, se les permitirá hacer reparaciones en las puertas y ventanas de los mismos y conservarán seguros los oratorios y establecimientos que en la actualidad ocupan, sin que nadie los oprima ó atormente en manera alguna. Que se sepa así. »

El enviado Rincon que volvió á Paris con esta misiva, llevaba á Francisco seguridades verbales de que muy en breve Soliman invadiría el reino húngaro, para ir con sus armas mucho más allá de lo que había ido en 1526.

En cumplimiento de esta doble promesa, la que había reiterado á Zapoly y la que había hecho á Francisco, abandonó Soliman á Constantinopla á mitad del año 1529 con un ejército de 150.000 hombres, volviendo á penetrar en Hungría. Llegó á Buda, ocupada por las tropas de Fernando, la tomó en muy pocos días y continuando su marcha victoriosa hasta los muros de Viena púsole sitio el 27 de Setiembre. Como las derrotas de Cassovia y de Mohacz, como la entrada de los turcos en Constantinopla, como la conquista de Belgrado, este hecho produjo en la cristiandad profundísima impresion. Los alemanes y los españoles, mandados por el Conde de Salms y

por nuestro valiente general Pedro Navarro, defendieron la capital de Austria. Veinte días permaneció el Padischah junto á sus muros y veinte veces acometió sin éxito la empresa de asaltarlos. Este fué el primer fracaso de las armas de Soliman. Procuró consolarse de él coronando á Zapoly, rey de Hungría y arrebatando á sus ojos riquezas y hombres para volver á Constantinopla con 30.000 esclavos fingiendo haber alcanzado una gloriosísima victoria.

En 1532 invadió por tercera vez la Hungría para vengar su desastre de 1529. La guarnición de la plaza de Guns—compuesta de unos 1.000 hombres,—detuvo, merced á su vigorosa resistencia, durante tres semanas al ejército que mandaba. Este suceso inesperado y la noticia de que Cárlos V hacía inmensos preparativos para defender á Viena, le hicieron marchar hácia la Estiria, asolar esta provincia y volver á Belgrado donde firmó una tregua con Fernando (1533) reservándose siempre sus derechos sobre Hungría.

Miéntas que dos expediciones á Persia engrandecían el imperio otomano por Oriente, sus escuadras luchaban en el Mediterráneo con las del emperador. Mandaba aquellas el célebre Chair-Eddin-Barbaroja y éstas el famoso almirante génoves, Andrea Doria. En 1534, Barbaroja había recibido de Soliman el nombramiento de Beylerbey de Argel, el mando de una flota compuesta de ochenta barcos, y el encargo de devastar y destruir las costas de Italia y de España. «Los caballeros de Rodas, establecidos por Cárlos V en Malta, eran demasiado débiles para purgar el mar Mediterráneo de piratas... Cárlos V resolvió atacarles en su madriguera (1535). Quinientos barcos trasportaron al África un ejército de treinta mil hombres compuesto en su mayor parte de los viejos tercios que habían hecho la guerra de Italia. El Papa y el rey de Portugal contribuyeron á engrandecer esta escuadra; Doria le unió sus galeras y el mismo emperador mandó la expedición con la flor de la nobleza española. Barbaroja no tenía fuerzas para resistir al armamento más formidable que había organizado la cristiandad contra los infieles desde el tiempo de las cruzadas. Fué tomada por asalto la Goleta, Tunez se rindió y veinte mil cautivos cristianos, libertados y devueltos á sus

hogares á expensas del emperador, hicieron bendecir por toda Europa el nombre de Cárlos V (1). » El autor de estas líneas, frances, señala al llegar á ese punto el contraste que ofrece semejante conducta con la conducta del rey Francisco.

En aquel mismo año en que Cárlos castigaba al pirata Barbaroja, Francisco hacía pública su alianza con Soliman.

II.

Lo quiso así para recabar de ella todo el partido posible, en vista del constante engrandecimiento de su adversario. Envió á Soliman un embajador, el caballero Juan de La Forêt, que entabló negociaciones con la Puerta, ostensiblemente dirigidas á alcanzar una capitulacion que favoreciese á los mercaderes franceses; pero cuyo objeto real y cuyos resultados fueron distintos. Las negociaciones produjeron un verdadero tratado, aunque en forma distinta de la establecida para estos actos diplomáticos, porque «el gran señor por un orgullo mal entendido y que se funda en pretextos religiosos, no quiere hacer tratados con los príncipes cristianos, pretendiendo que éstos no deben colocarse á su altura. El nombre de *capitulacion* le agrada considerando que es árbitro absoluto de los actos que otorga y que puede restringirlos, modificarlos, extenderlos y anularlos sin ceremonia alguna, siempre que lo juzgue conveniente.»

El primer convenio entre la Puerta y Francia, base de los posteriores, fué redactado en la forma de un *hatti-Shérif* (órden emanada de la voluntad del sultan) y está fechado en Constantinopla en los últimos dias de Febrero de 1536. Tiene grande importancia histórica y diplomática por lo que ha contribuido á fundar un derecho de gentes entre los musulmanes y los cristianos.

Soliman daba en él á Francisco I el título sagrado de *Pa-dischah*, título que en lo sucesivo ha sido concedido á un solo

(1) MICHELET *Compendio de Historia Moderna*.

monarca, al czar de Rusia en 1774. La Puerta lo rehusó á los emperadores de Alemania, á quienes consideraba como vasallos del imperio otomano, en cuanto eran reyes de Hungría. En 1606 consintió darle el título de *César romano*, pero conservando siempre á Francia puesto y derechos preeminentes. Antes de 1606, en la mayor parte de las treguas concluidas entre la Puerta y el Austria, se lee: «Concedido graciosamente por el sultan, siempre victorioso, al rey infiel de Viena, siempre vencido.»

Hé aquí ahora los artículos más importantes de las capitulaciones:

1.º Existiendo paz y concordia entre el Gran Señor y el rey de Francia, sus respectivos súbditos y tributarios podrán navegar libremente y entrar en todos los puertos de su reino para ejercer el comercio, comprar, vender, cargar, conducir y trasportar por vías fluviales, marítimas y terrestres, de un país á otro, toda clase de mercancías que no sean de ilícito tráfico, pagando los derechos ordinarios, y sin que puedan ser sometidos á ninguna imposicion, tributo ó carga.

2.º Cuando el rey envíe á Constantinopla ó á otro cualquier punto del imperio otomano un cónsul como el que tiene en Alejandría, será recibido, aceptado y apoyado en el ejercicio de su autoridad. Juzgará segun su fe y su ley en las causas, procesos y diferencias, civiles ó criminales, que se entablen entre los súbditos del rey únicamente, sin que ningun juez ó cadi pueda entender, pronunciar y juzgar en lo que él haya juzgado. Los oficiales del Gran Señor harán ejecutar los juicios de los cónsules. Toda sentencia de los cadis dictada en litigio de comerciantes franceses, es nula.

3.º En caso de que el litigio se entable entre turcos y franceses, la querrela de los primeros no podrá ser atendida por los cadis, á ménos que no presenten una prueba escrita por su contrario ó por el cónsul. En ninguna circunstancia serán juzgados los súbditos del rey sin la asistencia de su drogman.

4.º En las causas criminales los súbditos del rey no serán llevados ante el cadi ó juez ordinario, ni juzgados inmediatamente; se los conducirá ante la Sublime Puerta, y en ausencia del gran visir, ante su sustituto para que se discuta

el testimonio dado en contra suya por el súbdito turco.

5.º No podrán utilizarse, contra la voluntad de sus dueños, para el servicio del Gran Señor, los barcos mercantes que pertenezcan á los súbditos del rey, ni su artillería, municiones y equipajes.

6.º En el caso de que un súbdito del rey abandonara los Estados del Gran Señor sin haber satisfecho las deudas que hubiese contraído, no podrá hacerse responsables del pago de las mismas al cónsul, ni á ningun otro frances. El rey obligará al deudor á que satisfaga, á su acreedor con su persona y sus bienes si se encontrara en su reino.

7.º Los mercaderes franceses y los súbditos del rey podrán testar libremente. Los bienes de los que falleciesen *ab intestato*, serán reservados y enviados á sus herederos bajo la vigilancia y la autoridad del cónsul.

8.º Los franceses ejercitarán libremente su culto en todos los Estados otomanos; tendrán el derecho de hacer custodiar por religiosos los Santos Lugares de Palestina. Estos religiosos no podrán ser molestados ni por los edificios que habiten, ni por las iglesias que posean. Los obispos dependientes de Francia, y los demas sacerdotes de la religion *franca* (1), de cualquier nacion que sean, no podrán ser molestados en el ejercicio de sus funciones, cualquiera que sea el lugar que habiten, siempre que se reduzcan á los límites de su Estado.

9.º Los comerciantes europeos cuyos gobiernos estén ligados á la Puerta por tratados de amistad, podrán navegar bajo el pabellon frances en todos los mares y traficar, protegidos por Francia, en todos los países á que alcance el poder otomano.

10.º Los esclavos hechos por ambas potencias serán libres. El Gran Señor se compromete á no reducir á esclavitud súbditos franceses, á condicion de que el rey de Francia observe la más estricta reciprocidad respecto á los súbditos otomanos.

No debemos olvidar que estas capitulaciones eran sólo la parte secundaria de una alianza pactada entre Soliman y

(1) Se aplicaba en Levante este nombre á lo que era propio de franceses, italianos y españoles.

Francisco I, que eran lo ostensible, lo público, lo notorio de esa alianza, que fueron el medio por el cual se notificó á Europa su existencia, pero que á la vez que se consignaban aquellas reglas de buena amistad para el comercio y para el ejercicio del culto cristiano, se convenía secretamente en una acción comun dirigida á perjudicar los intereses de Europa en beneficio de Francia y de la Sublime Puerta.

El caballero Juan de la Forêt pidió á Soliman para su rey: 1.º un millon de escudos de oro; 2.º que la escuadra otomana mandada por Barbaroja atacase á Sicilia y Cerdeña miéntras que el rey reduciría á Génova; 3.º instrucciones para concertar el modo de que la guerra se hiciera ventajosamente para ambas partes.

Señalada la doble naturaleza de este acto; evidente parece que al juzgarle hayan de examinarse con distincion cada una de sus partes. En lo que se refiere á la alianza política creemos haber dicho todo lo necesario para que el lector critique con imparcialidad la conducta de Francisco I.

En nuestro entender apénas hay nada que la disculpe. M. de La Guéronnière en su libro *El derecho público y la Europa moderna* dice que las capitulaciones forman uno de los monumentos más importantes y más gloriosos del derecho público. Esto no es exacto, y nos parece vano intento el de disminuir la responsabilidad que contrajo Francia ante el mundo cristiano por los hechos á que se debe la existencia de aquellos tratados. Francia buscó con ellos en primer término un medio de reponer sus fuerzas abatidas en Occidente. Con decir que esto era necesario para el equilibrio del mundo, no se dice más que una frase brillante. Nadie cree que hubiesen sobrevenido espantosos cataclismos á la sociedad, porque Carlos V hubiera sido aún más fuerte en sus luchas contra Francisco I.

A éste le inspiró sólo en tales pactos un móvil estrecho, defendible bajo el punto de vista frances, indefendible bajo el punto de vista europeo y cristiano. No es exacto que las naciones cristianas vieran su comun salvacion en los privilegios concedidos al reino de Francia. Era esto muy poco para aquello á que las naciones cristianas podían aspirar y que acaso les

hubiera dado Cárlos V, á no impedirlo Francisco I con insigne torpeza. Las capitulaciones han dado el doble resultado de abrir el Oriente con todos sus recursos y fuerzas al genio del Occidente... dice La Guéronnière; pero ¿qué resultados habría ofrecido una campaña activa contra Soliman? Recuérdese la de Túnez.

Es inútil seguir este género de discusion. Los bienes que Europa obtuvo de las capitulaciones valen poco si se comparan con los males que trajo sobre todas las potencias de la cristiandad aquel pacto de las lises y la media luna. No porque creamos esto, hemos de negar interes y mérito á todo aquello que en realidad lo tiene.

Las capitulaciones destruyeron en parte la barrera infranqueable que separaba á los cristianos de los musulmanes. Fué un progreso el establecimiento de relaciones de justicia, de paz, de benevolencia entre ambos pueblos; introdujo en el derecho de gentes una importante reforma, la autorizacion concedida á los franceses de ostentar y conservar bajo el dominio extranjero su nacionalidad, sus leyes y sus costumbres (Lavallée).

Segun este mismo autor, al art. 8.º (libertad del ejercicio del culto cristiano) se le dió gran extension y se interpretó favorablemente consagrando el derecho de proteccion de Francia sobre todos los católicos de Oriente.—Del 9.º (proteccion dada por el pabellon frances á los demas pueblos) se utilizaron todas las potencias cristianas, porque sólo Venecia tenía en esta época tratados de amistad con la Puerta, tratados que colocaban á la Señoría en una especie de vasallaje del Padischah, de quien era tributaria.

Inaugurando una época de relaciones pacíficas entre las naciones cristianas y los pueblos del Islam, sostiene el profesor de Saint-Cyr que contribuyó á amortiguar el espíritu propagandista y conquistador de estos últimos y que fué como un límite para el imperio otomano. Más que nada, sin embargo, limitaron las fuerzas de éste aquellas causas que iban labrando su debilidad y que surgieron durante el reinado de Soliman el Magnífico.

FRANCISCO DE ASÍS PACHECO.



LAMARTINE

SU VIDA Y SUS IDEAS POLÍTICAS.

IV.

EL viaje á Oriente desarrolló y maduró, digámoslo así, de un modo singular el alma del poeta.

« Por su naturaleza poética y religiosa, nos dice M. de Bonchaud, parecía Lamartine como hecho para el Oriente y predispuesto para las grandes impresiones del desierto y de las ruinas... Creía en Dios como ya no se cree en nuestras sociedades europeas, ni fuera ni dentro de las iglesias, en una palabra, como cree el árabe en medio de las soledades; vivía en Dios y veíalo todo bajo el punto de vista providencial, pero sin estrechez de ningún género » (1).

El Oriente engrandeció su genio con las fuertes impresiones que se sienten en sus ámbitos.

El contacto de la naturaleza dió, en efecto, más color y más brillo á su imaginación y el roce con aquellas razas más profundidad á su alma.

(1) INTRODUCTION, pag. XXVI.

En medio de esos pueblos inmóviles y grandiosos, amoldados en el sentimiento de lo infinito, cree encontrar los orígenes de donde partiera su existencia, y se sumerge en aquellas nuevas impresiones con cierta voluptuosidad del sentimiento.

Mas á pesar de todo, el Oriente habrá de serle fatal.

Su hija única, Julia, el mayor afecto de su corazón, sucumbe bajo los rayos de aquel sol implacable, y tamaña pérdida, quebrantando las profundidades de su existencia, desarraiga, por hablar así, todos sus afectos individuales, sin que pueda encontrar el anhelado equilibrio más que en una gran resolución, á saber, en consagrarse exclusivamente á su patria y no pedir cosa alguna más que al amor de las ideas y de los hombres.

« Si algun interes me resta en este mundo, es enteramente filosófico y religioso, pero en el sentido más elevado que el hasta aquí ántes experimentado.»

Estas palabras, dirigidas por el célebre poeta á M. de Vireu (2), dicen más que lo que pudiéramos decir sobre este particular.

Miéntas visitaba las ruínas de Balbeck recibió la nueva de su eleccion, y en la legislatura de 1833 fué cuando empezó á tomar parte en las contiendas parlamentarias.

V.

En esta época reinaba en Francia agitacion política tan grande que traía divididas las Cámaras.

La revolucion de Julio había sido la ocasion de la mala inteligencia reinante entre el gobierno y la nacion, de suerte que miéntas ésta pedía instituciones liberales que pudiesen asegurarle el fruto de las conquistas del 89, á saber, la libertad de imprenta y la libertad de asociacion, la enseñanza popular, la disminucion de los censos, la alta burguesía había llegado á persuadirse que la revolucion no había tenido más objeto que asegurarle el ejercicio del poder.

(1) Setiembre 5 de 1833.

Los partidos se acusan sin cesar de mala fe, pero la humanidad es más sincera que lo que vulgarmente se supone.

Nada hay más sincero que la infatuación.

Llama extraordinariamente la atención, en la lectura de los recuerdos de aquella época (1), la extraordinaria sencillez con que hablan de sí mismos los hombres que ocupaban el poder.

En efecto, allí encontramos los pequeños incidentes que hicieron pasar el Ministerio de las manos de M. de Broglie á las manos de M. Molé, ó de M. Guizot y áun del mismo M. Thiers, sin que por eso sufriese el más mínimo cambio el sistema, siendo tal la gravedad con que nos hablan, que á cada instante nos vemos precisados á interrumpir la lectura para entregarnos á las explosiones de la hilaridad que nos asalta.

Aunque los que así nos cuentan los acontecimientos palpitantes de su época, son hombres honrados, de ingenio y de talento, vivían, sin embargo, en una esfera muy estrecha, en el reducido recinto de una clase ó de un salón, donde no podían ver los horizontes de la vida nacional, y cuyo dintel terminaba el mundo por ellos conocido.

¿Cómo había de haber descontento en el momento que estos seres escalasen el poder?

Claro es que en este caso los mal avenidos habían de ser los que suelen ser apellidados perversos y eternos enemigos de la sociedad y del orden, y que la única política que puede levantarse en contra de la por ellos practicada, ha de ser la de la indignación y la resistencia que, excitadas en las clases medias por el egoísmo y el temor, engendrarán á toda costa la represión.

Así, pues, desde el día siguiente al del advenimiento al poder, el gobierno del mes de Julio, en vez de asociarse á la nación y de procurar satisfacer sus legítimas aspiraciones, volvió á empezar la vida de lucha que perdió á la Restauración y que debiera á su vez dar al traste con todo.

Ya no habrá, pues, como durante el gobierno de 1815, la

(1) MEMOIRES DE MON TEMPS, por M. Guizot.—SOUVENIRS PARLEMENTAIRES DU DUC DE BROGLIE.

sinceridad de los principios y la autoridad de las tradiciones, ni habrá tampoco en el exterior el sentimiento del honor nacional que caracteriza á la vieja Francia.

Su política egoísta, estrecha y cautelosa consistirá en todo y por todo en renegar de su nacimiento y en humillar en el interior la bandera de la Revolución, como en el exterior la bandera de la patria.

Frente á frente del gobierno se eleva la oposición antidinástica: los republicanos y los legitimistas.

En aquella sazón eran los republicanos el partido violento é intransigente en que dominaba la tradición jacobina; no comprendía las grandes libertades de la conciencia y del talento mejor que sus adversarios, y voluntariamente se encerraba en su propio formalismo, como el derecho divino en su inexpugnable ciudadela.

Sus procedimientos, en una palabra, eran la oposición sistemática y ciega, el ataque incesante á todo lo existente.

El partido legitimista, más reservado en sus miras, se unía algunas veces al partido republicano en ciertos votos de coalición; pero vivía, sin embargo, en su propia esfera, y separado de todo por sentirse fuera del movimiento de la nación y desesperado de la popularidad, mientras esperaba el cumplimiento de sus deseos más bien de un milagro del cielo que de la actividad de la propaganda.

Después de estas falanges venía la oposición constitucional, ó como solía más comunmente llamarse, el centro, que de ordinario votaba con el gobierno, á quien empujaba hácia un camino más liberal.

Téngase, empero, en cuenta que este partido era poco numeroso, incierto, tímido en sus resoluciones, sin grandes miras y con poquísimo crédito.

¿Dónde iría á colocarse M. de Lamartine, al entrar por las puertas de la Cámara?

Hé aquí el problema que nadie sabía entonces resolver.

Siendo, en efecto, liberal y partidario de todas las grandes reformas, pero conservador al propio tiempo, á la manera que lo eran los que edificaban para conservar, M. de Lamartine no podía hallar lugar, á causa de sus teorías absolutas y de sus

violentos procederes, en el partido republicano ni en el partido legitimista, que se le presentaba con toda la ceguedad de su fe, ni en la oposicion constitucional, en fin, á causa de las preocupaciones é irresoluciones que caracterizaban á este partido.

«Estoy decidido á no pertenecer á partido alguno, escribía á M. de Virieu en 1830, porque es imposible de lo contrario conservar el buen sentido ó la virtud, cuando á alguno de ellos se asocia el hombre.»

No ser de ningun partido, ó mejor, crear uno nuevo, tal fué la resolucion de M. de Lamartine al entrar en la política activa.

Al año siguiente explica su pensamiento, y al dirigirse á la Cámara nos hace á grandes rasgos el retrato del partido que pretendía fundar.

«El verdadero partido social, dice, es un partido que no haga alianza ni con las pasiones retrógradas de lo pasado, ni con las pasiones subversivas de lo presente, ni con las cobardías de los unos, ni con las iras de los otros, que no se ocupe más que de las ideas, que no vea más que las cosas en sí mismas, y que se eleve sobre las formas y personificaciones del poder» (1).

M. de Lamartine no salió airoso en la consecucion de sus deseos; pero á pesar de no haber conseguido fundar el partido por él en las anteriores líneas bosquejado, permaneció siempre fiel á su programa, y jamás bajó de las alturas á que su gran talento le había colocado en sus aspiraciones, contemplando desde aquellas cimas las ideas, y tratando las cuestiones con tal exactitud de apreciacion, con espíritu tan liberal y sentimiento de los derechos del pueblo tan sublime, como podrán juzgar nuestros lectores por lo que aún nos queda por decir en este punto.

Los límites que nos hemos propuesto no nos permiten hacer un análisis completo de los discursos de M. de Lamartine, y por eso vamos á contentarnos con indicar solamente las

(1) Sesión del 13 de Marzo de 1834.

conclusiones que de ellos se deducen, agrupándolas, para mayor claridad, según las cuestiones de que tratan.

Podemos, pues, reasumirlas en los siguientes capítulos, á saber :

1. Cuestiones de negocios.
2. Cuestiones de filantropía.
3. Puntos especiales de la política interior.
4. Asuntos extranjeros.
5. Dirección general del Gobierno.

VI.

M. de Lamartine tuvo siempre la particularidad de mirar todas las cuestiones bajo el punto de vista de la moral y de la generalidad, de suerte, que tanto en el comercio como en la industria, en el acrecentamiento de las vías de comunicación, en el desarrollo, en fin, de las riquezas materiales, el único punto para él en primer lugar interesante, fué siempre la grandeza moral del país.

Si se opone á la conversión de las rentas (1), es porque aquella ataca el crédito nacional y favorece la especulación que «echa mano del dinero del propietario con la misma ardiente rapacidad con que atenta contra los millones del capitalista.»

Pide la canalización del Sena, entre Ruan y el mar, para acrecentar el poder marítimo de la Francia (2).

Exige la reducción del impuesto de sal (3), porque «en Francia este artículo no sólo es una materia que de suyo se impone, sino también una idea que se agita en todas las mentes, una idea de justicia, una idea de libertad, y sobre todo de igualdad» (4).

(1) Sesión del 17 de Abril de 1838, tomo I, pág. 121.

(2) Sesión del 4 de Marzo de 1846, tomo II, pág. 210.

(3) Sesión del 22 de Abril, tomo II, pág. 221.

(4) «¿Y qué importa, gritaba á este propósito, que vuestro tesoro se llene de millones, si al propio tiempo se llena de murmullos, de privaciones del pueblo, de recriminaciones de los partidos, del desafecto social?»

Propone la creacion de ferro-carriles á expensas del Estado, para evitar por una parte los agios, y por otra para no entregar la utilidad nacional de las grandes líneas á los azares de las combinaciones de intereses privados, siendo así, que el punto de vista internacional tiene en esta materia la importancia que le atribuye Lamartine.

« Si dejais que las líneas se desvíen hácia el Norte, nos dice, si os convertis en feudatarios de Prusia, vosotros sereis los que arrojareis con vuestras propias manos á vuestros enemigos el inmenso apéndice de nuestro suelo, de nuestra riqueza, de nuestra nacionalidad ; objetos los más sagrados y por ellos tan codiciados » (1).

Pide, en una palabra, todas las libertades del comercio como consecuencia de las libertades políticas que á sus ojos son un medio de emancipacion para las clases trabajadoras.

No muestra M. de Lamartine espíritu ménos ámplio en todas las cuestiones de filantropía.

Él es quien expone ante un escogido auditorio la cuestion de la abolicion de la esclavitud (2) y la de la abolicion de la pena capital (3).

Todo el mundo sabe cómo resuelve este problema.

El mismo año proponía á la Cámara el restablecimiento de los asilos para la infancia abandonada (4), apoyándose en la deuda que todos tenemos para con nuestros semejantes.

«En una sociedad, dijo, que carece, tanto de los apoyos que la antigüedad le prestaba por parte de la Iglesia y del feudalismo, como de la mutua asistencia de la democracia, en una sociedad que se aísla en su egoismo... cuando el Estado recogiera y alimentase con el pan público á algunos millares de esos niños, cuyo único patrimonio es la limosna, ¿haría aquél acaso más que cumplir con el más sagrado de sus deberes?»

(1) Sesion del 9 de Mayo de 1838, tomo I, pág. 173.

(2) En los banquetes dados por la Sociedad Francesa de la Emancipacion en 10 de Diciembre de 1840, y en 10 de Marzo de 1842, tomo I, página 258, tomo II, pág. 20.

(3) Discurso en el Hôtel de Ville el 18 de Abril de 1836 y en la Cámara el 18 de Marzo de 1838.

(4) 30 de Abril de 1838, tomo I, pág. 253.

También se nos presenta M. de Lamartine embebido en ese sentimiento profundamente democrático que lleva el nombre de *reciprocidad social*.

Jamás pide para el débil y desheredado la limosna, sino esa justicia superior que en una sociedad propiamente tal, consiste en asegurar la asistencia como interés y derecho recíproco.

Su liberal y generosa alma le conduce de este modo á concebir una especie de *comunidad* en las cosas de la inteligencia que permitiría á cada individuo desarrollar por sí mismo sus facultades, á medida de sus fuerzas y medios.

En uno de sus notables discursos sobre la enseñanza popular, es donde encontramos la expresión más enérgica de esta idea (1).

En 1834, un año después de la ley de M. Guizot, el Gobierno de Julio proponía ya una reducción en el presupuesto de las escuelas (2), y M. de Lamartine reprocha esta parsimonia.

En vez de reducir los gastos, es necesario aumentarlos; es necesario que todos los comunes estén provistos de los correspondientes maestros; que las escuelas normales se multipliquen, que los libros elementales se propaguen, y que un aumento en el sueldo permita á profesores capaces dedicarse á la enseñanza popular.

Y este mismo progreso no representa más que una insuficiente transacción; «en este país tan tímido, tan perplejo, cuando se trata del bien, en este país que de tal modo se disputa á sí mismo los medios de acción, y á quien hay que conseguir la salud con la misma ó mayor dificultad que si se tratase de arrancarle la vida.»

El ideal del orador es aún mayor.

Consiste, en efecto, en un nuevo plan de educación nacional perfectamente armonizado en todas sus partes, y que crearía «una propiedad social á la inteligencia.»

(1) Sesión del 8 de Mayo de 1834 y 24 de Marzo de 1837, tomo I, páginas 64 y 118.

(2) Se trataba de una reducción de 69.500 francos.

Tal institucion, segun él, puede constituir por sí sola la unidad moral del país.

Para asociar los hombres, para crear el apetecido grupo, la nacion, son necesarias ideas comunes derivadas de la misma fuente.

Sin unidad en la concepcion de la enseñanza, añade, tendreis séres extraños entre sí, tendreis individuos, pero no sociedad, ni familia, ni pueblo (1).

«Romped, pues, el estrecho molde de vuestras instituciones dogmáticas, ó mejor dicho, agrandadlo, completadlo.»

«Dad, asimismo, cuerpo y alma á la civilizacion de nuestra época» á fin de que, «esta desigualdad de las riquezas y de las condiciones sociales que en las naciones más liberales, la misma naturaleza hace inevitable, no se extienda al patrimonio intelectual de los niños (2).»

En este mismo discurso es donde M. de Lamartine se muestra partidario de lo que algunos llaman necesidad y conveniencia de la separacion de la escuela y de la Iglesia, de la enseñanza laica de la enseñanza religiosa.

La moral, dice, este primer fin de la educacion, debe tener en la escuela un lugar especial independiente de la enseñanza del dogma que ha de dejarse á la libertad de las familias» (3).

Pocos años después, vemos con disgusto extraviado de nuevo el genio de Lamartine que se empeña en dar nuevo campo á su idea, ensanchándola y llevándola al palenque de la política.

En un largo discurso sobre el Estado, la Iglesia y la Enseñanza (4), pretende, en efecto, demostrar que es impracticable dividir las atribuciones del Estado y de la Iglesia, y que esta falsa transaccion no puede ser más que un camino para la mentira y la anarquía.

Un poder absoluto como el de la Iglesia, no sabrá nunca admitir más que la dominacion ó la libertad.

(1) Tomo I, pág. 69.

(2) Tomo I, pág. 123.

(3) Tomo I, pág. 73.

(4) Sesiones del 26 y 30 de Noviembre de 1843, tomo II, pág. 114.

En la sociedad moderna sólo la libertad es posible.

Digamos, sin embargo, que este genio extraviado creyó pedir por respeto á la religion y á la conciencia la separacion de la Iglesia y del Estado y la enseñanza laica, así que le oimos decir: «No hay más que dos especies de hombres que puedan elevarse contra esta transformación: los que quieren rebajar la religion hasta hacerla desempeñar el papel de instrumento político, y los que quieren rebajar el Estado hasta desempeñar el papel del instrumento de la ortodoxia; los incrédulos de la fe y los incrédulos de la libertad» (1).

VII.

En las cuestiones especiales de la política interior existían también las mismas preocupaciones de grandes libertades y de grandes derechos.

Estamos en plena regencia (2).

El gobierno pide una ley que en todo caso de memoria exija la regencia para el segundo heredero del trono.

El orador se levanta en contra de esta ley, haciendo ver que en semejante caso se «crearía un segundo grado de herencia,» defendiendo, por consiguiente, el derecho que posee la representación nacional para determinar la regencia en cada caso particular de minoría y aprovechando esta ocasión para defender el derecho materno.

Después presenta el gobierno una ley para fortificar á Paris (3), y M. Lamartine desenvaina la espada de su elocuencia para decir: «Estas fortificaciones no podrán prevenir la derrota, pero podrán ser funestas á la libertad... Bloqueado Paris, bien pronto sería entregado por las mismas circunstancias á las más desesperadas y violentas facciones del país!... La imaginación se espanta al querer sondear las simas de este abismo!»

(1) Tomo II, pág. 140.

(2) Sesión del 18 de Agosto, tomo II, pág. 30.

(3) Sesiones del 21 y 28 de Enero de 1841, tomo I, páginas 298 y 325.

¡Qué predicciones! Más exactas serán, sin embargo, las que le oiremos hacer cuando se trate del imperio.

Es necesario recordar que en esta época el partido republicano en masa convertía en armas contra el gobierno de Julio á los mismos recuerdos de la gloria imperial, al propio tiempo que todo el mundo se dedicaba á deificarlos.

Beranger, Víctor Hugo, M. Thiers daban popularidad á esos versos, ya en verso, ya en la célebre *Historia*, de suerte que por una extraña paradoja, á nombre de los más implacables déspotas quedaba la batalla en favor de la libertad.

M. de Lamartine señaló en este período de su época con indecible energía los peligros que semejante error pudiera, sin duda, acarrear contra la patria.

En efecto, en 1836, despues de la refriega de Strasburgo, y en 1840 al ser trasladadas las cenizas del emperador á los *Inválidos*, desarrolló enérgicamente su pensamiento acerca de este asunto.

«En un país enteramente militar como Francia, nos dice, en un país en que nos fascinan y adormecen todos los resplandores de las glorias y alabanzas de un despotismo afortunado, en un país fanatizado por la memoria de un déspota gloriosamente absorbido únicamente por la gloria... en semejante país, en donde la libertad reside más en el fondo, de donde el corazón exhala los deseos, que en nuestras costumbres, no puedo ménos de decir que el despotismo del sable pasaría bien pronto por la brecha que dejareis abierta (1).»

«Voy á hacer, nos dice en otra ocasion, una confesion, aceptando desde luégo todo el peso de una impopularidad que no podrá ménos de ser tan pasajera como un dia... Aunque admirador de ese hombre grande, mi entusiasmo no me priva de ciertos recuerdos y previsiones. Yo no me prosterno ante semejante memoria, no pertenezco á esa religion napoleónica ni á ese culto de la fuerza que de algun tiempo á esta parte se ha pretendido sustituir en el espíritu de la nacion á la religion seria y formal de la libertad. Tan brillantes paradojas no

(1) Sesión del 2 de Marzo de 1837.

son peligrosas en la boca de un filósofo, de cuyos labios salen como un sofisma; pero en la boca de un estadista ese sofisma toma otro carácter, porque los sofismas del gobierno se convierten en los crímenes y desgracias de las naciones. ¡Guárdeos Dios de poner semejante espada en manos de semejante pueblo!»

Veamos ahora cómo el orador se dedica á los negocios extranjeros, cómo atiende á las relaciones internacionales. ¿Cuál será su política?

En 1833 protesta contra la pusilánime retirada de Ancona.

En 1834 pide la intervencion de Francia en España contra los carlistas.

Defiende en toda ocasion la alianza inglesa contra los antiguos odios y rancias recriminaciones.

Esta alianza, sin embargo, no debe, segun sus ideas, separar los intereses de los principios, «sino que, son sus palabras, en todas las regiones de Europa debe hacer pesar el valor de las potencias aliadas en la balanza de los Estados constitucionales.»

Mas sobre todo en la cuestion de Oriente es donde más se manifiestan el valor y la justicia de sus miras.

Siempre se presentó á sus ojos el Oriente como la cuna de la humanidad.

La Europa es el lugar en que aquélla se desarrolla, donde nace la libertad, donde se agiganta la civilizacion.

Ahora bien, el hombre experimenta en ciertas épocas de su desarrollo una como necesidad de volver á la cuna en que lo adurmió la infancia.

Por otra parte faltan al Oriente inteligencias y brazos, en tanto que trabajan á la Europa la lucha de las acciones y el exceso de concurso.

Lleve, pues, la humanidad á sus primeros hogares este exceso de actividad, que de lo contrario se vuelve contra ella misma.

La Puerta tiene bien demostrada su absoluta incapacidad para el Gobierno, luego es necesario reemplazar ese imperio por una accion combinada de las potencias.

Pero á medida que se fuerce á la Puerta á evacuar una pro-

vincia, será menester organizar en ella un protectorado europeo que permita á las diferentes razas la libre asociacion para trabajo fecundo y civilizador (1).

Tales son en resúmen las ideas que el orador expone al final de la obra á que acabamos de remitir en la anterior nota al lector, y que muchas veces despues fueron repetidas en la tribuna, sobre todo en 1839 al estallar la conflagracion entre Turquía y Egipto.

Á sus ojos es una gran ilusion el creer que puede apoyarse un sistema político, tanto en Mehemet-Alí como sobre Ibrahim.

Como el Oriente carece de instituciones, de costumbres políticas y no hay en él más que un amo y muchos esclavos, un hombre grande no es más que una individualidad, un fenómeno, un meteoro que nada funda, y del que podría decirse «que al morir repliega su genio en torno suyo, como repliega su tienda, dejando el lugar por ella ocupado tan desnudo y silvestre como ántes.»

No debe, pues, Francia pactar en manera alguna con Inglaterra para ayudar á ésta en su defensa de Turquía, ni tampoco debe favorecer los ambiciosos planes de Rusia sobre Constantinopla, ni mucho ménos apoyarse en el Egipto y echar cuentas sobre un imperio árabe.

Francia debe empezar por tomar en Oriente una posicion marítima y militar bastante fuerte para que todas las naciones se vean obligadas á contar con ella; de seguida debe negociar alianzas con Austria, en quien no hay que temer excesos de ambicion, y trabajar, de acuerdo con esta potencia, para introducir la política de la civilizacion.

«Á esto se suele llamar, dice despues Lamartine, quimera y sueño, que hace imaginar que un simple protocolo de Francia detendría en dia fatal la invasion de Rusia en el Bósforo, ó que el imperio otomano podría soportar el peso de Rusia en su avance sobre Constantinopla. Empero el sueño, la quimera está en creer, como M. Guizot, que la Arabia va á constituir

(1) Véase el resúmen político de la obra intitulada *Voyage en Orient*.

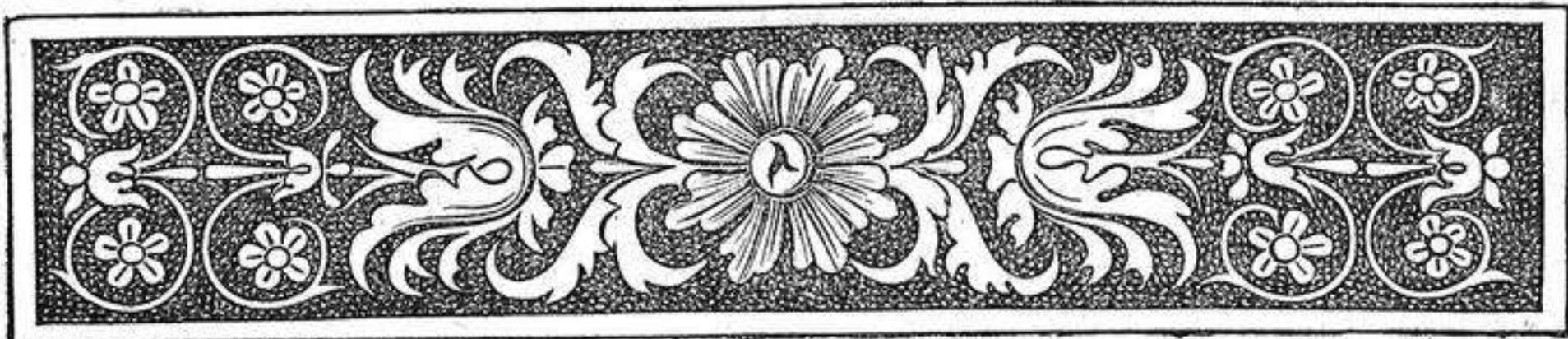
un imperio cuya cabeza esté en Egipto, ó que débiles y diseminadas naciones van á constituir confederaciones sólidas y pujantes contra Rusia. El sueño ¿quereis que os diga dónde está? pues lo teneis en la creencia que coloca á Rusia en Constantinopla, apoderándose de la Persia y el Asia Menor, á Inglaterra en posesion del Mediterráneo y el Egipto, y nos muestra, en fin, á los pueblos cristianos de Asia desgarrados en guerras intestinas y pisoteados bajo los férreos piés de nuevos tiranos (1).

(1) Quisiéramos se nos permitiese añadir á estas profecías las contenidas en las siguientes palabras pronunciadas en época en que no se preveía que la apertura del istmo de Suez había de ser verificada por los franceses. La naturaleza, dijo, es más fuerte que las miserables antipatías; Europa y las Indias comunicarán á vuestro despecho por Suez... Ambos mundos se abrazarán y serán vivificados al darse ósculo de paz en los campos del Egipto.

(Se continuará.)

C. COIGNET.





EL FETICHISMO

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN WESTMINSTER

POR EL PROFESOR

F. MAX MÜLLER.



A metempsícosis ó transmigracion de las almas de los difuntos de unos animales á otros, es creencia generalmente extendida por toda el África.

Ahora bien; considerando el modo de vivir de las serpientes, animales que por lo comun anidan en casas desiertas y deshabitadas, espiando secretamente los momentos de mayor silencio y soledad para salir á buscar alimentos, y comunicando nuevo resplandor á sus brillantes ojos, si en sus excursiones tropiezan con algun inesperado transeunte, fácilmente se caerá en la cuenta del motivo que ha podido inclinar á los negros á tratar al temible y misterioso reptil con especial y desusado respeto.

En tiempos antiguos y modernos ha habido gran número de tribus que se han dado á sí propias el nombre de serpientes (Nâgas), resolucion que hubieron de adoptar, ó con intencion de hacer de este modo ostentacion del incontestable derecho que les asiste sobre el país en que tales tribus habitan, ó

porque, y es razón que apunta Diodoro Sículo, la serpiente fué entre muchos salvajes bandera sagrada que los atraía y juntaba, inspirándoles sentimientos de generosidad, cual á nosotros nuestras insignias.

En sentir del citado Diodoro, puede muy bien suceder que ciertos pueblos escogiesen por bandera la serpiente, en razón de ser este animal venerado por ellos como dios, ó al contrario lo tomaron por dios por tenerle ya ántes de bandera.

Mas sea de esto lo que fuere, es lo cierto que nada más natural para ciertos pueblos, llamados, por estas ó aquellas razones, áun de sí propios culebras, que adoptar como antepasado suyo uno de tales animales, y más tarde, cuando ya el transcurso del tiempo había envuelto su historia en sagradas tinieblas, venerarle como dios.

Para completar el estudio que aquí hacemos de la veneración de que ha sido objeto la serpiente, apuntaremos algunos detalles sobre el culto que se le ha prestado fuera del África.

Apénas nace en la India la poesía épica y las tradiciones populares, ya vemos en todas ellas á la serpiente desempeñando un papel principalísimo.

Si á nosotros en la niñez se nos refieren historias y cuentos en que duendes y brujas realizan portentos, los indios á su vez cuentan ante sus niños grandes hazañas ejecutadas por serpientes.

De esta esencial intervencion que los indios asiáticos supusieron y aún suponen por parte de la serpiente en los grandes acontecimientos primitivos, resultó que en todos los adornos arquitectónicos de los principales monumentos se halla la serpiente en compañía de Gandharvas, Apsaras y Kinnaras.

Igualmente celebradas, aunque por concepto enteramente contrario, son la serpiente del Zendavesta y del Génesis, como también los dragones de la mitología griega y teutónica.

A todas las causas apuntadas podemos últimamente añadir la de que siempre se ha considerado á las serpientes como símbolos de la eternidad, teniendo en cuenta ya el modo curioso con que mudan la piel, ó ya tal vez la facilidad de que disfrutaban de poderse enroscar hasta formar círculo perfecto.

Cada uno de los animales divinizados por los salvajes tiene su biografía particular, siendo no ménos difícil reducir á la unidad los datos que sobre uno mismo se refieren, que compaginar entre sí la vida de tantos Alejandro como han existido en el mundo.

Aunque no en todas las tribus del África, en muchísimas á lo ménos, refiere el vulgo fábulas curiosas en que los personajes son animales, y que ofrecen grandes analogías con las de Esopo. En casi todas supónese que en los tiempos primitivos podían los animales entablar con los hombres conversacion.

Los negros de Bornu creen que el haber los animales perdido la facultad de hablar, fué porque un hombre cayó en la debilidad de revelar á su mujer el secreto de poderlos entender (1).

En ninguna parte, que sepamos, tribútase al hombre verdadera adoracion, en el sentido estricto de la palabra. Podrá, sí, á tal ó cual jefe poderoso rendirse grandísimos y desusados honores, mas esto no deja nunca de revestir otro carácter que el que en Roma presentaban los obsequios tributados á Augusto en los tiempos más brillantes de su imperio, y los que más tarde exigieron las glorias de ciertos emperadores.

Algunos opinan que los negros respetan cual cosas sagradas á los hombres deformes, á los enanos, á los albinos y otros; pero esto no es cierto. Lo que sí les inspiran las personas que de tales defectos adolecen, es extrañeza y circunspeccion para con ellas.

Las almas de los difuntos sí inspiran grandísima reverencia á los negros, que por lo comun guardan con todo cuidado los huesos de los muertos para rendirlos veneracion y respeto (2).

Los Achantis poseen en su lengua la palabra *Kla* para designar la vida del hombre (3). Esta voz puede usarse como del género masculino, y entónces quiere decir la voz que tien-

(1) Koeller, 145.

(2) Waitz, II, 181.

(3) Baseler, *Missions-mag.*, 1856, II, 134, 139. Waitz, II, pág. 182.

ta al hombre para que realice el mal. Cuando se la toma como femenino expresa la voz de la conciencia que nos procura apartar del peligro.

De aquí nace el mirar á *Kla* cual si fuese el genio de las personas, que son de él socorridas cuando por vía de encantamientos le llaman, por más que en seguida exija sacrificios por la proteccion dispensada.

Al morir todo hombre conviértese su *Kla* en *sisá*, pudiendo todo *sisá* volver á nacer.

Expuestas á grandes rasgos las anteriores ideas, preguntamos: Para que un culto cualquiera se eleve á la categoría de religion, ¿basta ser conocido con la imperfeccion con que nosotros conocemos el *fetichismo* africano? Por otro lado, bien examinada la cuestion, ¿no es cierto que en lo poco que sobre las creencias y religion de los negros hoy dia conocemos se encuentran muchísimos elementos pertenecientes sin duda alguna á otras religiones?

Y ya que nos hemos puesto á hacer preguntas, ¿hay alguno que se atreva á demostrar haber existido un tiempo en que los negros fueron fetichistas puros y netos, y nada más? ¿No debe, al contrario, mirarse como certísima la opinion de los que juzgan debe tenerse el *fetichismo* como una creacion interina y transitoria, explicable si se tienen en cuenta antecedentes, pero nunca como un impulso original y primitivo del corazon humano?

Lo más arduo y difícil del problema, sicológicamente considerado, es conciliar entre sí lo racional y aún exaltado de ciertas opiniones religiosas de los negros, opiniones que aún hoy tienen en su abono fortísimos argumentos, con lo tosco y grosero de las formas fetichistas.

Debemos, no obstante, hacer notar que la religion es un convenio entre el sabio y el ignorante, el viejo y el jóven, de manera que cuanto más se eleva el humano entendimiento en la investigacion de los ideales divinos, tanto más indispensables son las representaciones simbólicas, necesarias, sobre todo, para la instruccion de los niños y de la mayoría del

vulgo, que todos reconocemos como incapaces de concebir en sí mismos las abstracciones sublimes y puras de la religion.

No sólo la religion de los griegos y romanos, pero nuestra misma religion cristiana ha usado siempre de símbolos y figuras.

El Paladion de Troya, que se creyó venido del cielo para hacer inexpugnable la ciudad, debemos considerarle como un fetiche, y tanto más cuanto que Odiseo y Diómedes así lo consideraron ántes que la ciudad fuese asaltada.

Segun Pausanias (1), las imágenes de los dioses de Grecia en los tiempos primitivos, fueron piedras rudas y toscas, de las que él mismo tuvo ocasion de ver alguna en su tiempo, que era entrado ya el siglo II de nuestra era. Nos habla, por ejemplo, este autor de treinta piedras cuadrangulares que puestas alrededor de la estatua de Hermes, eran de la multitud llamadas dioses y veneradas por tales.

Los habitantes de Tespia, para los que el dios de los dioses fué Eros (el amor), veneraban con gran respeto una imagen del mismo, consistente en una piedra bastante tosca por cierto (2).

Tambien en Hyettos se conservó por mucho tiempo una estatua de Hércules, que para infundir mayor veneracion se presentaba á la usanza antigua, esto es, lo ménos artística posible (3).

Continuando Pausanias la descripcion que se propone de todos los dioses de las ciudades griegas, refiere haber visto en Sycione una imagen de Júpiter Meiligio y otra de Diana, ambas á dos desprovistas de todo arte, pues la primera era sencillamente una pirámide, y la otra una columna completamente lisa (4).

Por último, en Orkomena entró en un templo de las Gracias, templo que describe con muchos detalles, deteniéndose más que nada en la descripcion de un altar en que recibían

(1) Paus. VII, 22, 4.

(2) *Ibid.* IX, 24, 3.

(3) *Ibid.* IX, 27, 1.

(4) *Ibid.* II, 9, 6.

adoracion las diosas representadas por unas piedras informes, caidas, segun la tradicion, del cielo en tiempos de Eteokles.

De estas imágenes de las diosas nos dice Pausanias que fueron colocadas en el templo viviendo ya él (1).

En Roma pasaba otro tanto. Cuando se trataba de empresas militares, iban los sacerdotes á implorar el auxilio de las piedras, que segun tradicion, habían caido del cielo (2). El símbolo con que se representaba á Marte, era una lanza ó pica.

Disgustado Augusto por la pérdida de dos batallas navales, vengóse de Neptuno cual si fuese un fetiche, disponiendo que la imagen del dios de las aguas no formase jamás parte de las procesiones que en honor de los dioses se tenían (3).

A decir de Suetonio, Neron mostró siempre gran desprecio hácia toda religion, si bien durante algun tiempo aparentó ser grandemente devoto de la *Diosa Siria*. Mas tambien este pequeño afecto religioso tuvo su fin, mostrándose desde aquel punto tanto más encolerizado contra la imagen de la diosa, cuanto expresiva fuera en un principio su veneracion hácia ella.

La ocasion de mudar Neron en su manera de obrar, fué que habiéndole una persona desconocida regalado la imagen de cierta jóven, imagen que poseía la virtud preciosa de pronosticar las conspiraciones tramadas contra la vida del que la poseía, sucedió que á los pocos dias de aquella escena Neron descubrió una de las muchas tramas que contra su existencia se urdieron.

Con esto, dicho se está el extraordinario respeto que Neron mostraría hácia la nueva deidad, para la cual decretó triple culto diario, declarándola enriquecida con la rara propiedad de predecir lo futuro (4).

Si tales casos hubieran sucedido en Timbuktu, en vez de acaecer en Roma, ¿quién no los hubiera tachado de fetichismo?

(1) Paus., IX, 38, 1.

(2) Plin., H. N., 37, 9.

(3) Suetonius, Aug.

(4) Suetonius, Neron., c. 56.

Vengamos ahora al Cristianismo. ¿Quién ignorará los raros y diversos tratamientos de que son objeto las imágenes de los santos en manos de católicos ignorantes y groseros? ¿Quién no tiene noticia de las famosas contiendas que entre sí tienen los campesinos sobre si la Virgen de un pueblo es más milagrosa que la de otro, ó *nuestro Padre Jesus Nazareno* vale más que *Cristo Crucificado*, contiendas que á veces dilucidan en medio de las procesiones con sendos garrotazos?

Vamos á referir varios casos que de seguro excitarán la hilaridad de nuestros oyentes.

Della Valle (1) refiere cómo al embarcarse los portugueses ataban en el bauprés la imagen de San Antonio, dirigiéndose á ella enternecidos con las siguientes palabras: «¡Oh San Antonio! no es enfadeis de estar aquí hasta que nos deis viento favorable para nuestro viaje.»

En decir de Fresiers (2), hubo un capitán español que á fin de obtener viento favorable ató una pequeña imagen de la Virgen María en el mástil de su barco, declarando que la tendría allí mientras no le concediese viento favorable.

De los napolitanos cuenta Kotzebue (3) que si no obtienen de los santos sus peticiones, arrebatan las imágenes y les azotan con toscos cordeles.

Tambien hemos oido decir que los campesinos rusos cubren las caras de las imágenes siempre que han de ejecutar en su presencia algo ménos decoroso; más aún, si una familia posee alguna imagen milagrosa continuamente se ve importunada por las demandas de las demas familias, que suspiran por llevar la imagen á sus casas por si con ella les entra por las puertas la felicidad.

Cualquier persona instruida que ignorante de estas costumbres las observase por vez primera, ¿quién duda sino que las consideraría como restos de fetichismo? Y sin embargo, nosotros que las presenciarnos no nos espantamos lo más mínimo

(1) *Voyage VII*, 409; Meiners, I, pág. 181; F. Schultze, *Fetichismus* pág. 175.

(2) *Relation du Voyage de la Mer du Sud*, pág. 248. F. Schultze, I.

(3) *Reise nach Rom*. t., II, pág. 327.

de ver cómo ha podido prevalecer en la culta Europa semejante veneración tributada á la imagen de la Virgen María ó de cualquier otro santo.

¿Y por qué no hemos de aplicar semejante criterio á los negros del África? Ninguna razón exige que los negros hoy día veneren fetiches diversos de los adorados por sus padres.

Los escritores, por tanto, que tantas razones buscan para excusar el culto ilegítimo que en Europa se tributa á las imágenes, á las reliquias y á todo género de símbolos, debieran muy bien guardarse de considerar como fetichismo é idolatría la religión de los africanos.

Muchos más argumentos pudiéramos traer para explicar y aún excusar lo que se ha dado en llamar fetichismo. En efecto, el fetichismo ó veneración de los objetos sensibles presta auxilio á nuestra debilidad, nos recuerda muchas veces nuestras solemnes obligaciones, sirve no pocas para elevar nuestro pensamiento de los objetos del orden material á los del orden espiritual, y con frecuencia nos da fortaleza cuando en ningún otro objeto la podemos encontrar.

Así es que á nosotros nos parece ese decidido empeño de reprobar el fetichismo y hablar mal de él, aún cuando lo hagan personas sumamente ilustradas, lo más desacertado del mundo.

A muchos de nuestros oyentes habrá sin duda sorprendido que entre los preceptos del Decálogo, código que en la forma más breve y concisa que fuese posible, había de contener las obligaciones más esenciales del hombre, ocupase el segundo lugar la expresa prohibición de toda suerte de imágenes. Hé aquí las palabras del libro de la ley.

«Te guardarás de proporcionarte ninguna imagen grabada que represente objetos que estén en el cielo, debajo de la tierra ó bajo las aguas del mar; no te postrarás ante tales imágenes, ni las adorarás.»

Los que quieran penetrar la sublime sabiduría de las anteriores palabras, que estudien la historia de las religiones antiguas, que lean las descripciones que autorizados escritores

han compuesto de las festividades religiosas del África, de América y de Australia, y que vayan por sí mismos á presenciar la pompa y magnificencia desplegada en nuestras iglesias y catedrales cristianas.

Nadie podrá demostrar que en todos los símbolos y señales externas, en tales ceremonias usadas, exista nada de inconveniente ó desordenado. Señal de ello que aún las almas más rectas encuentran en ellas motivos de esperanza y fortaleza.

La historia, sin embargo, que no pocas veces es maestro más eficaz y poderoso que todos los argumentos, nos enseña con relacion á las religiones una verdad importante, y es la de que la maldicion pronunciada en todos los países del mundo contra los que pretendieron convertir lo invisible en visible, lo espiritual en material, lo divino en humano y lo infinito en finito, tuvo siempre efecto cumplido é inmediato.

Nosotros, los habitantes de pueblos cultos, nos hallamos libres del fetichismo propio de los pobres negros; pero en cambio muy pocos, ó tal vez ninguno carecemos de ídolos entronizados en nuestro corazon, ó de imágenes veneradas en nuestros templos.

De lo expuesto resulta que léjos de ser el fetichismo, segun han pretendido casi todos los escritores de la historia de las religiones, una creencia primitiva, es al contrario, si es que nos hemos de atener á los hechos, una forma secundaria ó tal vez terciaria de religion, esto es, una corrupcion de creencias más primitivas y simples.

Así es que si hemos de dar con las fuentes de las ideas religiosas, las hemos de buscar anteriormente al fetichismo. Los troncos y las piedras no fueron los primeros en revelar á los maravillosos ojos del hombre la esencia admirable del Infinito.

Antes de pasar adelante, debemos dejar consignadas dos conclusiones importantes, que del exámen del fetichismo tal como lo explican sus propugnadores, hemos hecho resaltar con toda evidencia.

Es la primera, que hay poquísimos salvajes, y acaso ningun-

no, de los que pueda auténticamente afirmarse que poseen el fetichismo en toda su desnudez, y ninguna otra religion fuera de él.

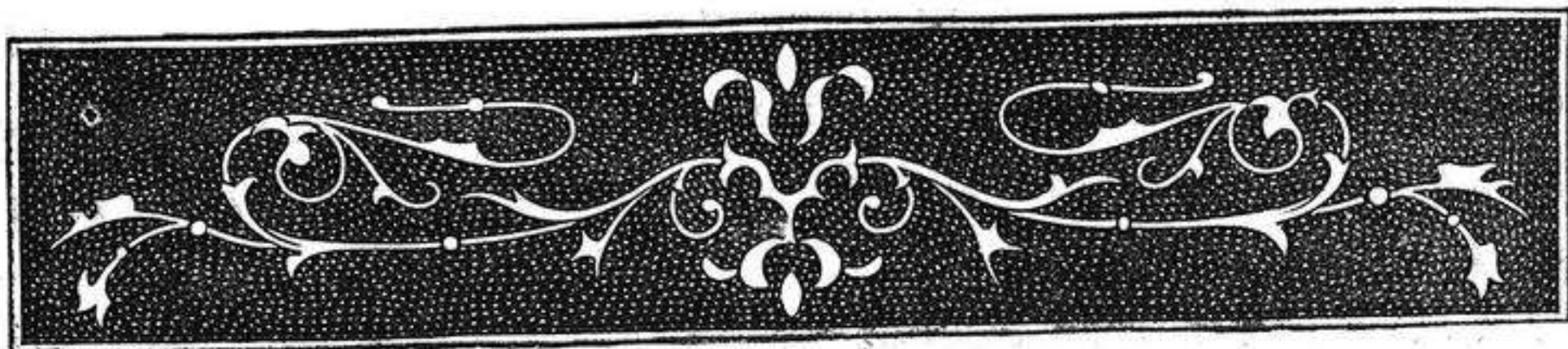
La segunda es que apénas se hallará religion alguna, por muy exaltadamente que defienda sus principios, en la que no sea fácil hallar la planta parásita del fetichismo.

Algunos sinceros creyentes del fetichismo, ó, por mejor decir, ciertos mantenedores de la teoría de Comte acerca de dicha religion, nos han objetado que nuestro parecer no hace más que explicar los hechos, dejando entretanto intacta una teoría formidable que debiéramos haber examinado ántes de afirmar categóricamente, como lo hemos hecho, que el primer impulso hacía cualquier religion lo recibe el hombre del sentimiento del Infinito que por todas partes nos sigue, y no del sentimiento de sorpresa ó miedo excitado en nosotros por los objetos finitos, como las conchas, las piedras, los huesos, en una palabra, los fetiches.

Insisten estos mismos escritores en que cualesquiera que sean los *hechos* de que accidentalmente podemos hoy disponer, en virtud de los cuales resulte haberse el espíritu religioso de la humanidad manifestado como nosotros decimos, y no de otro modo, todavía no *Puede* negarse la existencia de un tiempo, perteneciente al período histórico ó al prehistórico, ó tal vez á la formacion de los *stratus* cuaternarios ó terciarios, durante el cual el hombre hubo de adorar los troncos y las piedras, y nada más.

(Se continuará.)





EL EJÉRCITO INGLÉS EN LA INDIA

El ejército inglés no tiene nada de comun con los de los otros países del globo, y si se le considera especialmente con relacion á Europa, le hallaremos inútil así para planes ofensivos como defensivos. No puede decirse lo mismo, considerado con relacion á las colonias inglesas, y muy principalmente á ese vasto imperio oriental que, con justicia ó sin ella, ha Inglaterra formado, y por cuya defensa debe velar protegiendo los derechos de los indios y los suyos propios contra los enemigos exteriores, no ménos que contra los interiores.

Puede decirse que el ejército de la India se halla hoy abocado á realizar una de las misiones más gloriosas de la historia y que llenará de admiracion á cuantos en los tiempos venideros leyeren la narracion de sus proezas.

Ya sea que volvamos nuestros ojos hácia los dias del gran Clive, el conquistador de Arcot y de Calcuta, el destructor de todas las factorías francesas establecidas á la desembocadura del Ganges, el gran talento colonizador que pacíficamente redujo al dominio inglés á los príncipes de Bahar, Bengala y Oriza, el gobernador honrado que concibió tal

pesadumbre por verse acusado de malversion de fondos, que, aunque los tribunales le declararon inocente, de sentimiento quitóse la vida; ó ya porque pongamos nuestra atención en la gran insurrección india del año 1857, en la que un puñado de ingleses logró sofocar el levantamiento de toda una nación armada y equipada con el armamento que para defensa contra los extraños los mismos ingleses le proporcionara; siempre deduciremos la misma conclusión, á saber, que es muy difícil decidir quiénes han merecido mejor de Inglaterra, los soldados y oficiales con su gran arrojo personal, ó los generales y jefes con sus acertadas combinaciones y constancia en llevarlas á feliz término. Una cosa, sin embargo, hay fuera de toda duda, y es que no hay pueblo alguno que no envidie esta gloriosa página de la historia de Inglaterra.

Antes de pasar adelante, bueno será advertir que el ejército de la India se compone, no sólo de soldados ingleses, sino también indígenas: de éstos habrá unos 130.000, y de aquéllos 60.000, poco más ó menos, formando un total de 190.000 hombres efectivos.

No solamente la historia, pero también el actual estado y disciplina de las dos razas que componen las fuerzas orientales, son completamente diferentes.

Comencemos por exponer el origen del ejército de los cipayos, cuya historia, por más que no comprenda sino ciento veinte años, debe con todo dividirse en dos épocas bien desiguales: una desde 1756 hasta 1857, data de la gran sublevación de los indios, otra desde 1857 hasta la fecha.

Los primeros regimientos cipayos formados durante el período de lucha entre Francia é Inglaterra por la posesión de la India, componíanse en su mayor parte de gente reclutada en aquella región meridional de la India que lleva hoy el nombre de Presidencia de Madrás.

Pocos en número á la sazón, únicamente servían los cipayos de una especie de reserva del ejército inglés en los campos de batalla, hasta que habiendo en repetidos encuentros probado gradualmente su suficiencia para ocupar en los combates más difíciles puestos, lograron se les confiase la custodia del frente y de los puestos más peligrosos. Introducido este cambio, rea-

lizaron los cipayos hechos inmortales y acreedores á una historia particular; prueba son de ello las hazañas del Maduré, el heroico comportamiento en la defensa de Arcot, y el arrojó con que cargaron á la bayoneta en Cuddalore con algunas de las mejores tropas francesas.

Después de conquistada Calcutta, pensó Clive en organizar regimientos cipayos para la defensa del país de Bengala, pensamiento que fué acertadísimo, pues bien pronto demostraron los nuevos reclutas en Plassey y otros puntos no ser en nada inferiores á sus hermanos de Madrás.

Sir John Kaye, autor del importante libro titulado *History of the Sepoy War in India*, se expresa en los términos siguientes acerca de un ejército que por los tiempos en que él escribió estaba recién formado.

«Personas que han tenido ocasion de observar de cerca las mejores tropas de Europa, declaran hallarse el cipayo de Bengala dotado de las mejores condiciones para la milicia: al incorporarle al ejército, pónese sumo cuidado en que aprenda lo más esencial de la disciplina militar inglesa, y en lo demás déjasele amplia libertad para que siga en todo y por todo los hábitos de los de su raza.

Los jefes cristianos se guardan muy bien de imponerles mandatos opuestos á sus creencias ó rechazados por sus costumbres. Vive aparte con los de su raza, adereza aparte sus viandas, come aparte, y todo de conformidad con las costumbres de su tribu.

Ningun europeo tiene reparo en andar en compañía de los cipayos, ni le dan en rostro los collares y pendientes de los indios, las marcas que se imprimen en la frente, ó el desaliño con que dejan colgar hasta el pecho la barba.

A su vez el cipayo trata sin ningun temor á los europeos, no recela que puedan forzarle á que abrace la religion de los blancos, porque á su parecer carecen sus dueños de religion que pueda ser de los indios abrazada.

Con todo lo cual y con carecer de prohibiciones emanadas de los generales, de partes del gobierno que cumplimentar, y de las innovaciones en la ordenanza que tanto embrollan á los pobres soldados, viven felices y contentos, obedientes á los

oficiales que los dirigen y henchidos de fe hacia el país é instituciones que defienden (1).»

Tal era el juicio que al citado autor merecía en sus comienzos el ejército de Bengala.

Durante un período de cuarenta años, que comienza en 1756 y acaba en 1796, siguieron las cosas en el mismo modo de ser que al formarse el ejército recibieron: cada batallón estaba á las órdenes de cinco oficiales ingleses, que para los casos de entidad secundaria comunicaban su autoridad á los oficiales de color.

Mas llegado el año 1796 fué preciso introducir grandes reformas en todas las fuerzas al servicio de la Compañía de las Indias.

Aquellos aventureros ingleses, soldados de buena suerte, que habiendo hecho su viaje á las Indias sin saber cómo, se pusieron á servir á la Compañía por evitar de este modo el proceso que si no se les había de formar, proceso que era conocido con el nombre de «El árbol pagoda en zozobra», por empezar con estas palabras, fueron gradualmente separados de los distintos cuerpos, y sustituidos con sujetos de otro género, todos ellos más ó menos adiestrados para la carrera de las armas en la India.

Numeráronse los regimientos, determinóse el número de dos batallones para cada uno, se introdujo el sistema de pensiones, los grados de oficiales se concedieron á los más antiguos, con todo lo cual empezaron á ser muy apetecidas de los jóvenes las plazas de cadetes como puestos de gran porvenir, y nació el espíritu de emulacion entre los cuerpos; en una palabra, fueron los cuerpos de la India apareciendo con una organizacion cada vez más europea, ganando no sólo en instruccion sino tambien en presteza para la ejecucion de las evoluciones.

Período fué aquel, el comprendido desde la fecha citada hasta los años 12 ó 14 del presente siglo, en el que bien puede decirse que el ejército de la India alcanzó su mayor

(1) *History of the Sepoy War in India*, vol. I, pág. 205.

grado de prosperidad, y para demostrarlo nada mejor que trasladar aquí las palabras de Sir John Kaye sobre los cipayos de aquel tiempo.

«Cuando un cipayo llegaba á ser soldado, no por eso dejaba de pertenecer á la clase de los ciudadanos, sino que manteniendo con su familia todo género de relaciones, y en posesion de cuantos derechos se conceden á la clase de los paisanos, era á la vez, no la deshonra y desperdicio de su casa, sino el mayor sosten y causa de justo orgullo.

De cuando en cuando partía cada cual con licencia á su pueblo, y si esto no podía ser, todos remitían lo mejor de la paga á sus padres, cuyo mayor placer era considerar que la generacion pasada, la suya y la de sus hijos se habían alimentado del rancho de la Real Compañía. De aquí es que muchísimas veces sucedía encontrar en una misma casa ó familia el pasado, el presente y el porvenir del codiciado servicio militar.

Era de ver al antiguo soldado pensionado por sus servicios, sentado á la sombra del banano á la entrada de su pueblo nativo, donde de boca en boca andan las historias de Laurence, Coote y Meadows, las batallas libradas contra los franceses, la larga guerra con Hyder-Alí, el famoso rey de las *Islas del mar de las Indias*, y las contiendas posteriores con sus hijos.»

«Al lado del anciano se halla su hijo, cipayo en actual servicio con licencia en el pueblo, jóven lleno de vida, que refiere como testigo de vista rasgos importantísimos del gobierno de Wellesley el Menor, hermano del «gran general,» de Harris y Baird, tal vez de «Bekrun Saib», y sin duda alguna de «Lich Sahib» (1), el hombre generoso y abnegado que cuando escaseaban en el campo las provisiones, montaba á caballo y recorría todas las líneas comiendo un puñado de judías secas.

En medio del padre y del hijo está el nieto, tierno aún y delicado, pero de mirada brillante y perspicaz, que bebiendo á sus padres las palabras, alimenta en su corazon la esperanza de que ha de llegar un dia en que tambien él ha de manejar las

(1) Aludimos á «Lake Sahib,» por otro nombre Lord Lich.

armas con brío, y ha de seguir en sus pasos á algun aguerrido general.

Nadie crea imaginadas nuestras pinturas, pues el cipayo tiene verdaderas causas de justo orgullo en los hechos realizados por sus manos de color, y las clases á que pertenece se regocijan al verle tan bien relacionado con la casta blanca ó superior.

Tenían entónces los indios el servicio por cosa tan gloriosa, que el ser dimitido de él se consideraba como castigo terrible ó como desgracia irreparable» (1).

Desde 1810 á 1822 fué bastante poco lo que se movió la cuestion de hacer que las tropas indígenas de la India fuesen tomando aspecto más europeo, pues la fatal manía de uniformar los del Indostan con los ingleses, nació mucho más tarde en los agitados cerebros de ciertos generales y gobernadores militares, que llevaron las cosas hasta un punto que rayó en lo ridículo.

Es cierto que la oficialidad de los cuerpos indígenas aparecía con grandes diferencias de raza, nacionalidad y creencias; mas en cambio poseía grandísimas virtudes, como la gran confianza hácia sus jefes, que supo inspirar á la tropa el interes que por la India se tomaban, cual si fuese su patria, y el exacto cumplimiento de la ordenanza, como único medio de distinguirse.

Los naturales del país miraban, sí, á los conquistadores ingleses como poder dominante, mas en cambio se hallaban muy convencidos de que jamás fueron mejor gobernados que bajo el pabellon británico.

Así marchaban sin novedad digna de mencionarse las cosas, como no sea el fraccionamiento del reino de los Máratas, suceso que hizo cayese en poder de Inglaterra muy gran parte de la península regada por el Ganges.

Siendo muy delicado afirmar que un ejército ó un pueblo en masa han sufrido deterioro en sus respectivas virtudes, no haremos uso de esta frase más que con relacion á la mision especial que debe cumplir el ejército de la India.

(1) Kaye, *History of the Sepoy War in India*, vol. I, págs. 254, 255.

Si los colonos de Australia ó los cultivadores del café en Ceilan hubieran de seguir un modo de vivir idéntico al de Londres, no hay duda que serían muy poco idóneos para sus especiales trabajos de agricultores; pues hé aquí un ejemplo evidente de lo que hubo de suceder á las fuerzas militares de la India.

El segundo cuarto de este siglo fué un período de reforma en lo tocante al gobierno civil de las Indias, mas un período que ejerció perjudicial influencia en los oficiales ingleses de los cuerpos cipayos. Más generalizado el trato con Inglaterra, mediante el comercio, hiciéronse generales los hábitos de la metrópoli.

Los capitanes ó subalternos ingleses comenzaron á cuidar ménos de los indígenas puestos á su cargo, y á no tener noticias de ellos sino en las paradas ú otras ocasiones solemnes.

Oigamos otra vez la autorizada palabra de Sir John Kaye: «La sociedad, dice, entró de lleno en las costumbres europeas á causa de lo mucho que se facilitó la comunicacion con Europa. Los libros, las noticias, y sobre todo las señoras inglesas, hacían con toda libertad y rapidez el viaje á las Indias, con cuyos hechos impresionóse tanto la imaginacion de los oficiales cipayos, que despojándose de los pocos restos de orientalismo con que se hallaban aún revestidos, se dieron á esperar con más ansia que nadie el correo de Europa, en que con sólo un mes de retraso se les daban noticias sobre la gran revolucion que esta parte del mundo acababa de experimentar, á leer con avidéz insaciable los libros de amena literatura, que las sociedades de librereros hacían llegar y poner en circulacion casi tan pronto como en Europa, y á gustar de las hermosas jóvenes inglesas, el carmin de cuyas mejillas, formado al calor del sol de Occidente, les hizo mirar con empacho y horror las mujeres de su país y la literatura patria, que en prolijas composiciones se ocupa de ellas, y con mal aliñada palabrería las describe» (1).

Además del acantonamiento reglamentario, hubo otras va-

(1) Kaye, *History of the Sepoy War in India*, vol. I, p. 260.

rias causas que poco á poco entibieron el afecto recíproco entre los soldados indígenas y los oficiales ingleses.

Desde 1822 hasta 1838, época en que estalló la primera guerra contra el Afghanistan, quedaron efectivamente incorporadas á la India inglesa muchas y muy grandes provincias, para cuyo gobierno, como se necesitasen administradores civiles y no hubiese personal para satisfacer ni aún la mitad de las plazas que habían de cubrirse, fué necesario echar mano de los oficiales más inteligentes del ejército indígena para encargarlos de muchísimos puestos administrativos y políticos.

Más aún: el aumento de territorio pidió se emprendiesen nuevas obras públicas y fuesen elegidos inspectores especiales que las cuidasen, cargos que recayeron sobre oficiales de los regimientos cipayos. Con esto, y con haberse de crear un inmenso estado mayor, dicho se está no haber quedado en los cuerpos oficial alguno de talento, que, con sufrir un exámen sobre cualquiera de las lenguas del país, luégo era nombrado para cargos gubernativos, siendo casi motivo de reproche para cualquier militar al servicio de la Compañía de las Indias, quedar en aquellos tiempos al frente de los cuerpos.

Los que quedaban sin empleo miraban sus puestos militares como perjudiciales y pesados, anhelaban seguir igual camino que sus afortunados compañeros, colocados en puestos más lucrativos, y creían más digno de estima ser guarda-almacenes ó cajeros de los diversos cuerpos, que no correr con el cargo de la instrucción militar de los indígenas.

No eran tan escasos de luces los indios que no cayesen en la cuenta de la revolución que se estaba efectuando. Toda la antigua confianza é intimidad entre los oficiales y soldados, desapareció casi por completo. Además de lo dicho, introdújose en el Indostan, copiándolo de la ordenanza de la guardia de á caballo inglesa, gran parte del modo de proceder de unos jefes para con otros; así es que los coroneles de los cuerpos cipayos dejaron ya de ser omnipotentes; desaparecieron entre ellos aquellas apuestas sobre la respectiva sabiduría y experiencia que tan buenos resultados produjeran, y se vieron precisados á dar parte de cualquier plan que se apartase de lo ordinario, primero á los jefes de brigada, y despues, por medio de éstos,

al general de division residente en Calcutta, en Madrás ó en Bombay.

Para más empeorar la situacion de las cosas, fueron casi invariablemente encargados del gobierno de las colonias generales del ejército, cuya mayor parte ignoraba por completo las costumbres del país, y el estado del ejército cipayo (1).

No parecía sino que alguna maligna y oculta influencia trabajaba por hacer que el ejército indio se disgustase del presente é inutilizase para el porvenir.

La mayor parte de los que leen la historia militar de la India, se figuran que el motin de 1857 fué sin precedente, juicio que es verdadero si se atiende á su universalidad é importancia, pero que tomado en absoluto se aparta mucho de la realidad, y pruebas son de ello otras insurrecciones, desercatos á la legítima autoridad é intentonas para minar el poder de los comandantes militares, acontecidos en varios puntos de las dos Presidencias de Madrás y Bengala, y de que vamos á citar algunos ejemplos.

En 1822 amotinóse en Arcot el regimiento 6 de caballería de Madrás, y en 1827 se negó el 47 de infantería indígena á embarcarse en Barrackpur con direccion á Rangoon.

Por no aumentársele la paga, como exigía, sublevóse en 1844 en Umballa el 64 de infantería de Bengala, y el 34 de la misma resolvió en Ferozepur no marchar á Sindhia, como se le ordenaba.

Tambien en 1845 levantóse contra la disciplina militar en Jubbulpur por segunda vez el 6 de caballería indígena de Madrás, y el 47 de infantería de Madrás se resistió á partir hácia Sindhia.

Desde 1849 hasta 1850 muchos regimientos de infantería india de Bengala, residentes en el Penschab, ó se mostraron

(1) Ejemplo es de esto el ya difunto general Anson. Cuando en 1855 se le encomendó el mando del ejército de Madrás, hacía casi veinticinco años que estaba de cuartel, en cuya situacion no desempeñó ningun cargo militar. Nunca jamás había estado en Oriente, y á pesar de todo, á los dos años de residir en Madrás quedó encargado del gobierno general de las Indias, empleo que comenzó á desempeñar precisamente cuando estalló la gran insurreccion de 1857.

abiertamente en rebelion, ó estaban muy preparados para hacerlo; véanse si no las palabras con que Sir John Kaye habla del viaje de Charles Napier, comisionado por el gobierno inglés para averiguar el verdadero estado de las guarniciones y campamentos militares de las provincias septentrionales de la India en 1849.

«En Delhi, dice, encontró el general en jefe signos inequívocos de la existencia de una conjuracion universal en que entraban casi todos los regimientos, resueltos á no servir en el PENCHAB á ménos que les fuesen aumentadas las pagas.»

«Hubo un regimiento que prevenido para que se pudiese en marcha hácia más allá del Sutlej, declaró su resolucion de no moverse; mas aunque á duras penas, se le redujo al órden con la promesa de una licencia temporal, que en un principio fué rehusada, y que concedida, movió la gente á dirigirse á su destino. Napier dió cuenta de ser general el descontento, fundándose para ello en una relacion de veintidos regimientos que se hallaban preparados á dar el grito; así es que cuando dicho general penetró en el PENCHAB, no mostró gran sorpresa al encontrar allí la revolucion, aunque en estado de suspension, y dispuesta á estallar con más furia despues de aquella suspension temporal (1).»

Los ejemplos citados prueban con exceso nuestro aserto de que la gran rebelion de 1857 no fué la primera en órden de tiempo intentada por el ejército cipayo, sino resultado de otros muchos ensayos anteriores á ella.

No siendo nuestro intento describir las vicisitudes de aquella insurreccion formidable, insurreccion que nacida en Meerout, en Bengala, hizo bambolearse el dominio inglés en la India, pues los revoltosos llegaron á apoderarse de plazas tan importantes como Delhi y Lucknou, aunque despues las perdieron y dieron al gobierno británico, que asumió desde entonces para sí la exclusiva direccion de las colonias, ocasion de afianzar más su dominio y ensancharlo con nuevas adquisiciones, nos ocuparemos en el número siguiente de la nueva orga-

(1) Kaye, *History of the Sepoy War in India*, vol. I, p. 312.

nizacion del ejército establecido luégo que la rebelion fué sofocada, y que con leves cambiantes es la que hoy está vigente.

II.

Hoy dia, lo mismo que en 1858, divídese el ejército indígena en tres grandes divisiones, cada una de las cuales toma su nombre de las tres Presidencias de Bengala, Madrás y Bombay.

La primera de estas divisiones compónese de diez y nueve regimientos de caballería, cuarenta y nueve de infantería indígena, cinco de indios Goorkas, cinco de caballería del Pénchab, cuatro de infantería del Sikh, seis de infantería del Pénchab, dos de caballería de la India Central, y el numeroso contingente del Hydrabad.

Con muy contadas excepciones, todos los cuerpos citados han cambiado de nombre posteriormente á la gran rebelion. De la caballería, en especial, se puede decir que ha sufrido un cambio completo.

Abolidos los once regimientos de dragones indígenas que tanto se parecian ya á los europeos, fueron en su lugar sustituidos con lo que dió en llamarse «Caballería irregular», compuesta de regimientos armados, equipados y montados á la antigua usanza, modificacion que si bien produjo mejoras, no obtuvo los aplausos de personas caracterizadas y entendidas.

No fueron menores los cambios introducidos en la numeracion de los regimientos de infantería indígena de Bengala. El que hoy se llama núm. 1 llamábase ántes de la gran rebelion núm. 21; el que en otro tiempo se llamó 31, hoy se llama 2.º; y así de todos los demas.

El ejército de Madrás consta de cuatro regimientos de caballería indígena, y cuarenta y uno de infantería, en tanto que el de Bombay no tiene más que tres de caballería india además de los jinetes Poona y los escuadrones Scindos y treinta de infantería.

La division que ha sufrido más cambios es la de Bengala. La antigua costumbre de no alistar en las filas más que individuos pertenecientes á las castas más elevadas, costumbre que por mucho tiempo se siguió cual inquebrantable ley, está ya al presente completamente derogada.

Para tomar esta resolucion contribuyó el que en los dias aciagos de la revolucion, hará como treinta años, época en que la India estuvo tan próxima á su completa independencia, casi todos los soldados de alguna distincion se adhirieron al partido de la rebelion.

Desde la época citada no sólo han podido entrar al servicio real los indios de baja esfera, sino que aún los salvajes pertenecientes á tribus en un principio hostiles y opuestas al servicio se han alistado en él, acogiéndolos los ingleses con mucho más cuidado que á los Brahmines y Radpoots, de entre los cuales solían ántes reclutarse casi exclusivamente todos los regimientos indios.

La mayor alteracion que se ha introducido en el ejército inglés indígena es el haberle dotado de oficialidad europea.

Cualquier mozalbete que llegase á la India en los tiempos pasados era luégo aplicado de abanderado á un regimiento, en el que permanecía alistado hasta obtener el grado de mayor.

Hoy dia las cosas pasan de modo muy diverso. La única puerta para entrar en el ejército de la India es el pertenecer al ejército inglés. Si un oficial pretende servir en el ejército de la India, debe ántes sufrir un exámen, y en seguida entrar de alférez de caballería ó infantería de línea.

Pasados en el servicio dos años, puede ser definitivamente aplicado al ejército, si el cuerpo á que pertenece estaciona en la India, sufriendo de antemano un exámen previo en cualquiera de las lenguas indígenas, con cuyo requisito le destinan á un regimiento indígena para hacer en él la práctica para estado mayor.

Todo oficial que se porte bien en las prácticas, recibe siempre nombramiento para el cuerpo á que ántes perteneciera, entrando luégo á formar parte del estado mayor de la Presidencia en que presta servicio.

Una vez verificado este cambio, todo oficial está ya apto para desempeñar cualquier cargo en la India, si bien la mayoría de los oficiales pertenecientes al estado mayor prefieren, para hacer mejor carrera, ser destinados á los distintos regimientos cipayos.

Sin duda ninguna que el sistema adoptado es de suyo bueno, y tiende á producir utilísimos resultados en la India.

Efectivamente, no sólo se obtiene por el medio indicado que la oficialidad se componga de lo más selecto que en el ejército inglés llega á la India, sino que además la ordenanza militar peculiar de los indios, que ántes andaba despreciada, olvidada y áun detestada, hoy dia se encuentra en plena observancia, por cuidar de ello excelentes oficiales, á quienes el Estado ha dado ese cometido, despues de haberlos suficientemente probado en los diversos servicios á que los sometió mientras fueron candidatos para el estado mayor.

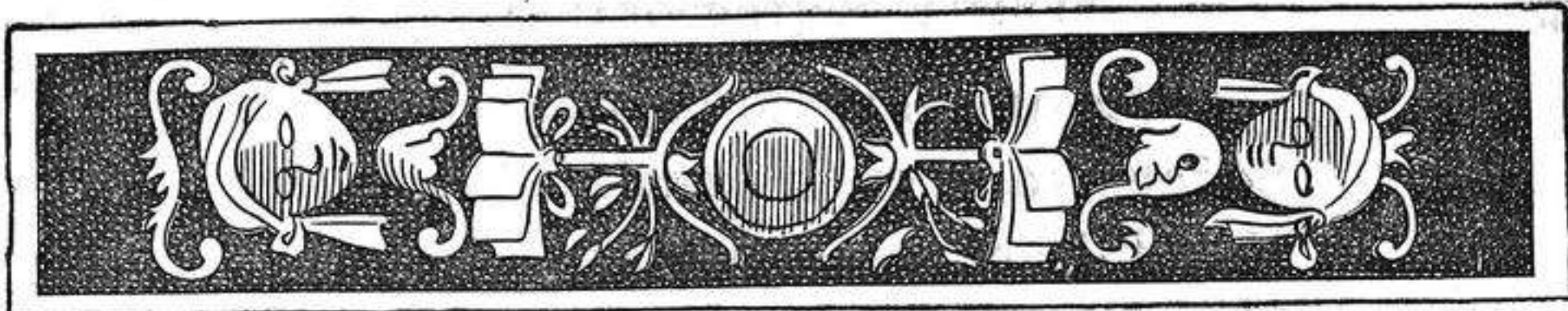
En una palabra, que en el dia forman la oficialidad de la India personas en su totalidad muy á propósito para el ejercicio de su profesion.

Una sola cosa falta al sistema hoy dia adoptado, y es que el tiempo lo sancione. Antes de que el mando de las tropas inglesas recaiga completamente en personas escogidas y las más á propósito para el caso, habrá sin duda de transcurrir una generacion por lo ménos.

Inglaterra, no obstante, no debe cejar, por más que se le presenten dificultades grandísimas y al parecer invencibles, cuales son las que luégo veremos.

(Se continuará.)





UNA GUIRNALDA.

TEJO, niña, una guirnalda
Para que ciña tu frente,
Que, aunque de mí tan ausente,
Vives en mi corazón.

Y porque en él vives, hallo
Menor pena en mis dolores,
Y nacen las pobres flores
Que te ofrece mi canción.

Jamás las sienas ciñeron
Donde la dicha se asienta,
Sino sienas que atormenta
Un prolongado pesar.

Y á ti, vida, más que á nadie,
La flor que enlace conviene,
Que más que tú nadie tiene
Motivos para llorar.

Ántes que al suelo bajáras
Soñaba yo en tu inocencia,
Y endulzaba mi existencia
Tan sólo el pensar en tí.

Mas ahora, cuando veo
Cuán acerba fué tu suerte,
Sin querer, pido á la muerte
Sacie sus iras en mí.

Te contemplaba vagando
En el pensil de tu vida,
Y luégo en brazos dormida
De inextinguible placer.

Cuando ya abiertos tus ojos
Perdió el pensil su fragancia
Y en las huellas de tu infancia
Al dolor ví preceder.

En vano entónces un ángel
Al mundo tendió su vuelo
Imágen de aquel que el cielo
Para guardarte te dió.

Tú le tendiste los brazos
Y hermano le apellidaste,
Mas apénas le abrazaste,
Volando al cielo tornó.

¿Y arrodillada en el mármol
Que sus despojos encierra,
Aún esperas que á la tierra
De nuevo quizá vendrá!!

¡ Pobre huérfana ! recelo
Sea tu sueño como el mio,
Cuando en mis penas confío
Que mi vista te verá.

Muchos pesares abruman
Con sus tormentos al alma...
En el cielo está la calma
Y allí sólo la hallaré...

Mas entre todos te juro
No es el menor el que siento
Cuando, sin verte, presiento
Que al sepulcro bajaré.

Ignoro dónde la muerte
Habrá de cavar la fosa
En que mi vida enojosa
Niegue á mis ojos la luz.

¡ Ay de mí ! Quizá ni aún puedas
En la laude solitaria
Verter por mí una plegaria
A la ennegrecida cruz.

Estas flores que te envío
Son hijas ¡ ay ! del quebranto,
Y es muy fácil que en tu llanto
Otras mejores te den.

Si así fuere, te suplico
Las esparzas en la losa
Donde tu padre reposa...
Donde yace el mio tambien...

Y, si al cruzar por la tierra
Que á mis plantas se derrumba
Te encontrares con la tumba
Del que te manda este dón,
No me niegues pida en cambio
Que, doblada la rodilla,
Envíes con fe sencilla
Por mi alma una oracion.

ENRIQUE DANERO.

Madrid, 13 Marzo 1879.





ANALISIS Y ENSAYOS

ZIZIM.

UNE REPOSE A M. DE KERATRY à propos de son ouvrage intitulé «*Mourat V, prince—sultan—prisonnier d'Etat,*» por el doctor L. Capoleone.

EN 1877 pareció un momento que volvíamos á la primera época de la dominacion turca. Un sultan era destronado, muriendo poco despues, de manera que autorizaba las más terribles sospechas; otro le sucedía que era declarado al poco tiempo incapaz de reinar y víctima de un reblandecimiento de la médula, producido por el alcoholismo. Este sultan, Amurates ó Murad V, cayó tambien inmediatamente, sucediéndole Abdul-Hamid.

Un escritor frances, el conde Kératry, impresionado por tales acontecimientos, escribió el libro á que se contesta en este folleto del doctor Capoleone. El libro de Kératry formula las más terribles acusaciones, y el doctor, médico de Murad V, las replica. La disputa es curiosa, tan curiosa como acerba, porque ambas partes se lanzan los más violentos cargos. La posteridad debe esclarecer qué haya en su fondo. Hoy nos faltan medios para apreciarlo exactamente. ¿Po-

demos deducirlo por conjeturas fundadas en los antecedentes que nos suministra la historia? ¡Ah! Entónces aún serían débiles las censuras de M. de Kératry.

Recordemos alguno de esos antecedentes. En la historia de Turquía abundan los príncipes desgraciados que, víctimas del odio de sus deudos más íntimos fueron convertidos en héroes de una leyenda de persecuciones y de sufrimientos. Si Murad V fuera lo que algunos escritores han supuesto, podría bajo muchos puntos de vista ser comparado á Zizim. Referiremos la historia de Zizim, que es de donde puede resultar la semejanza.

El imperio turco no empezó á decaer hasta el tratado de paz de Carlowitz hecho en 1699. Antes de esta fecha corre el período más floreciente de aquella dominacion. En él ocupa un puesto señalado Bayaceto II, que sucedió á Mahomet I, reinando desde 1481 á 1512.

Rápida había sido la victoria de los turcos. En 1353 aún no habían puesto el pié en Europa; en 1453 eran dueños del imperio griego; en 1480 llegaron á ocupar una parte de Italia, á Otranto; en 1522 se apoderaron de Rodas; en 1526 dominaban gran parte de Hungría y en 1529 acamparon junto á los muros de Viena: mandaba entónces el Padischah Soliman en treinta reinos y era dueño de ocho mil millas de costa; escribía á Francisco I, rey de Francia, llamándose emperador de emperadores, príncipe de príncipes, encargado de distribuir las coronas del mundo, sombra de Dios sobre la tierra, soberano del Mar Negro y del Mar Blanco, de Asia y de Europa (1).

Mahomet II murió en 1481. Le sucedió su hijo Bayaceto II, reinando hasta 1512. Su imperio comprendía la península tracio-helénica hasta el Danubio en Europa y el Asia Menor, imperio fortísimo aún en relacion con los de la cristiandad por la concentracion del poder absoluto en manos del Padischah y la superioridad de la infantería otomana sobre los ejércitos de las demas naciones.

Encargábase, pues, de la direccion de los negocios Bayaceto, en una época floreciente. Acaso por esto mismo—que en la historia se ha repetido muchas veces ese singular espectáculo,—á su advenimiento comenzaron á manifestarse algunas de las causas que más cooperaron años adelante á la decadencia del imperio otomano.

(1) ROLIN JACQUEMYNS. *Le droit international et la question d'Orient*

Bayaceto tenía un hermano llamado Djem y conocido en la historia moderna de Europa, en la que hizo un papel importante, por Zizim. Zizim ocupaba un alto empleo de provincia y quiso reemplazar á su padre en el trono. Opusieron á ello los genízaros y su actitud y la rápida llegada de Bayaceto á Constantinopla impidió que Zizim consiguiera su intento. Los genízaros sublevados habían saqueado mientras tanto la ciudad. Al acercarse Bayaceto pidieron que se les amnistiara y que se les hiciera un rico presente por el advenimiento al trono del nuevo sultan. Los genízaros eran ya una fuerza formidable y además habían sostenido el mejor derecho del nuevo Padischah. Bayaceto tuvo en cuenta ambos motivos y transigió con ellos. Desde entónces hasta 1774 todos los sultanes les pagaron al ocupar el solio una especie de tributo.

Zizim se sublevó en Karamania al frente de las tropas de su gobierno. Bayaceto marchó á su encuentro, dispersó á los revoltosos y le obligó á refugiarse en Egipto. Antes de su derrota una sultana de su familia intentó reconciliarlos invocando los vínculos que los ligaban. Bayaceto pronunció entónces una frase digna de copiarse: «No hay, dijo, parentesco entre los príncipes.»

«La primera derrota de Zizim tuvo lugar en 1481, en 1482 la segunda, y entónces, cediendo al consejo de un príncipe asiático que le auxiliaba, Kasin-bey, trató de llevar la guerra á las provincias europeas de Turquía, comenzando con tan extraño propósito una serie de aventuras asaz curiosa.

Para llevarlo á cabo solicitó el auxilio de las potencias de Europa, enviando comisionados entre otros soberanos al gran maestro de Rodas. La sorpresa de los caballeros fué extraordinaria; se convocó á toda la órden para deliberar y se convino en recibir á Zizim, que llegó en Julio de 1482 y que obtuvo entusiasta acogida. La Orden concluyó con él un tratado muy ventajoso para el caso de que Zizim ocupara el trono de su hermano.

Bayaceto no perdía el tiempo. Envió negociadores á Rodas, que pocos dias despues de ese convenio pactaron con los caballeros otro en que el Padischah se obligaba á vivir en perpetua paz con la Orden, y á pagarle una pension de 45.000 ducados anuales. La Orden, de su parte, se obligó á guardar prisionero á Zizim.

En cumplimiento de este pacto, y bajo el pretexto de que no estaba seguro en Rodas, los caballeros le hicieron salir para Francia,

acompañándole y escoltándole, ó mejor aún, vigilándole para que no se escapara. El Papa, el rey de Hungría, y el emperador, protestaron contra esa perfidia, y reclamaron la libertad de Zizim, del que querían hacer un elemento perturbador del imperio otomano. El gran maestro de Rodas desatendió todas estas reclamaciones.

Como prisionero, despues de haberle separado de su comitiva, los caballeros de la Orden le llevaron á Niza, y de Niza á Chambery, á Puy y á Bourganeuf. Durante siete años estuvo cambiando constantemente de residencia, y siempre guardado y vigilado con extraordinario rigor. En 1489 el gran maestro lo entregó al Papa Inocencio VIII, y muerto éste, Alejandro VI, Borgia, que le sucedió, ofreció al sultan guardar á su hermano por 40.000 ducados anuales, ó desembarazarlo de él por completo, por 300.000, dados en una sola vez. Se discutían estas condiciones cuando Cárlos VIII, rey de Francia, penetró en Italia. Los pueblos le saludaban con el título de defensor de la Iglesia y libertador de la fe. Se conmovió Europa y despertó el Oriente. Los griegos tomaron las armas, y los turcos evacuaron las posiciones que ocupaban en Albania. El Papa, la República de Venecia y el rey de Nápoles, solicitaron contra Cárlos VIII el auxilio de Padischah. Alejandro VI, sitiado en el castillo de Sant-Angelo por los franceses, entregó á Zizim, pero lo entregó envenenado, y murió en Nápoles en 1495. Los venecianos arrestaron los comisionados que enviaban á Cárlos VIII los griegos y albaneses, les cogieron sus papeles y los entregaron á Bayaceto. Descubierta aquella conspiracion, fueron muertos 40.000 cristianos. La responsabilidad inmensa de esta catástrofe fué de las naciones de Occidente; la venalidad del Papa y de los caballeros de Rodas, el egoismo de Venecia y de Nápoles, y la mala política de Cárlos VIII, contribuyeron á que se perdiera aquella ocasion de quebrantar el imperio otomano. Un esfuerzo colectivo de Europa hubiese quizás destruido la obra de Mahomet II. Rolin Jacquemyns, dice: «La responsabilidad de toda Europa respecto á los pueblos cristianos de Turquía, comenzó desde esta época.»

El desventurado Zizim fué enterrado en Gaeta. Años despues se trasladó su cadáver á Brusa. En Francia se conservó durante mucho tiempo el recuerdo de sus novelescas desgracias, embellecido por la historia de los amores del regio cautivo con la bella Elena, hija del castellano de Sassenage.

La historia se rige por leyes ineludibles. Bayaceto pagó bien caro su odio á Zizim. Bayaceto era un príncipe pacífico. Los historiadores de su pueblo le han llamado el *Sofi*, el sabio. Muy pocas veces combatió á la cabeza de sus tropas. Los genízaros le acusaban de debilidad, y todos los buenos creyentes de no haber utilizado circunstancias muy propicias para el engrandecimiento del imperio. Su hijo Selim alentaba á los descontentos. En Abril de 1512 estalló la rebelion. Los genízaros sublevados penetraron en el serrallo.

—¿Qué quereis? les preguntó Bayaceto.

—Nuestro Padischah es ya viejo y está enfermo, le contestaron; queremos que le reemplace el sultan Selim.

—Bien está, les contestó el emperador. Pues que lo quereis, sea. Le cedo el imperio y que Dios bendiga su reinado.

El Coran decía: «La sedicion es peor que la muerte.» Fundándose en este precepto, Bayaceto I al subir al trono ordenó la muerte de su hermano Yacub (1389), cuya popularidad le inspiraba recelos. Mahomet II había encontrado aquel precepto deficiente y había dicho en la ley fundamental promulgada durante su reinado (*Kanum-Namé*): «La mayor parte de los legistas han declarado lícito que cualquiera de mis hijos ó de mis nietos al ocupar el poder supremo, haga morir á sus hermanos para asegurar el reposo del mundo.» Bayaceto II, fiel á esta doctrina, manifestó en sus guerras con Zizim que «entre príncipes no hay parentesco,» y Selim I al ocupar el trono presentóse dispuesto á utilizarla declarando que: «Para gustar los placeres del gobierno, es preciso reinar sin temores.» Esta era la teoría y su tradicion. Veamos ahora la práctica.

Selim, al otro dia de abdicar su padre, le hizo emprender el camino de Demotika, su país natal. Murió ántes de llegar á dicho punto.

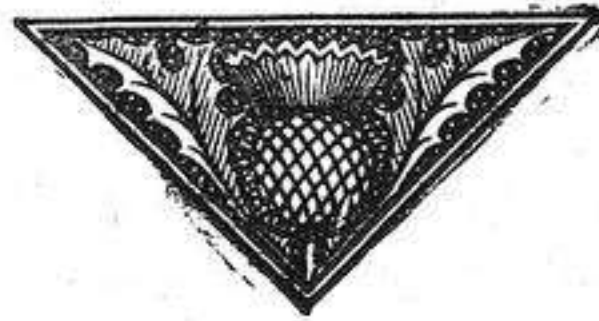
Los dos hermanos mayores del nuevo Padischah no quisieron reconocerle y fueron muertos. Cinco sobrinos del sultan perecieron en Brusa por su órden. Uno de ellos era muy niño. Lloraba á los piés del verdugo y pedía perdon. Selim mandó ejecutarlo.

.....

Las afirmaciones de M. Kératry y las respuestas que da á esas afirmaciones el médico Capoleone en el folleto que nos ha inspirado estas líneas, llevan al ánimo la sospecha de si el desventurado Amurates V figurará en la historia de una manera análoga á Zizim. Sea lo que quiera, es verdaderamente incomprensible que eso pueda su-

ceder en Europa y en nuestro tiempo. El mundo acogerá con escándalo y admiración tales dudas, que no se compadecen ni con la cultura general del tiempo en que vivimos, ni con lo que todos tenemos derecho á exigir de sociedades y poderes constituidos regularmente.

O. R.



Madrid 15 de Marzo de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.